



elic

Estonian
Literature
Centre



9 NOVELAS DE ESTONIA

Antología de fragmentos escogidos





9 NOVELAS DE ESTONIA

Antología de fragmentos escogidos

Diseño: Einike Soosaar
Fotografías: Jüri J. Dubov, Dmitri Kotjuh,
Gabriela Liivamägi, Teet Malsroos, Lilian Merila
Foto de cubierta: Sven Zacek

Todos los derechos reservados.

© Traducción al español Consuelo Rubio Alcover
Centro de la Literatura Estonia, 2022

Estonia es un pequeño estado del norte de Europa cuya lengua oficial es el estonio. En este libro hemos reunido una selección de textos tomados de nueve novelas en lengua estonia, traducidos al español. Se dirige en primer lugar a los editores que deseen familiarizarse con obras de la literatura estonia a fin de publicarlas, pero también al lector medio que solo busca una primera toma de contacto con las letras estonias.

Para cualquier pregunta relacionada con los derechos de traducción de la presente recopilación, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia y se pongan en contacto con Kerti Tergem **estlit@estlit.ee**

Pueden hallar más información en lengua inglesa sobre todos los libros y autores incluidos esta publicación en el sitio web del Centro de la Literatura Estonia
www.estlit.ee

Las traducciones del estonio al español recogidas en este libro han estado a cargo de Consuelo Rubio Alcover **crubio76@hotmail.com**



LEELO TUNGAL	8
La camarada niña y las personas mayores	
PEETER SAUTER	24
La muerte en Bulgaria. Todo incluido	
MEELIS FRIEDENTHAL	42
Abejas	
ANDREI HVOSTOV	54
La pasión de Sillamäe	
DAVID VSEVIOV	88
Historia de una vida. Las dos primeras semanas	
REIN RAUD	114
La reconstrucción	
MARTIN ALGUS	122
Algo verdadero	
MAARJA KANGRO	148
La niña de cristal	
URMAS VADI	154
Neverland	







LEELO TUNGAL

(1947)

La camarada niña y las personas mayores

Relato autobiográfico contado con humor y calidez, a través de los ojos de una niña estonia cuya madre es acusada de alta traición al régimen soviético y deportada en 1950 a un campo de prisioneros de Siberia. Despierta y pícara, la pequeña crece junto al padre, maestro de escuela, creyendo que si se porta bien su madre regresará a casa. La novela ha sido llevada a la gran pantalla con gran éxito.

Traducciones: alemán, finés, húngaro, letón, lituano, ruso

Leelo Tungai

“La camarada niña y las personas mayores. Otro cuento de una infancia feliz”

Seltsimees laps ja suured inimesed, Tänapäev 2008, 215 p.
páginas 7–19

SER UNA NIÑA BUENA SERÍA ESTUPENDO

Algunos niños son buenos y modélicos desde que nacen. Los niños buenos nunca llevan los calcetines caídos y llenos de bultos, no se les suelta la cinta del pelo, tampoco se les mete roña entre los dedos de los pies ni se ponen jamás las sandalias al revés. Un niño modélico no tiene miedo a la oscuridad ni a las tormentas, a los gavilanes ni a los bueyes de los koljoses, ni tampoco a los hombres de uniforme. Un niño modélico no se echa a reír con la boca llena de sopa, no rebaña el plato de cereal en el desayuno ni pospone lo de ir hacer pis hasta el último minuto. En general, nunca da lugar a que la gente pase vergüenza ni se sienta triste.

Ser una niña buena sería estupendo.

Si yo fuera una niña buena y modélica, mami no me habría abandonado, eso está clarísimo. Ella siempre me perdona las trastadas que hago, pero esta vez me he pasado de la raya. Porque de verdad, a mí me suceden todo el rato historias que las niñas buenas y modélicas no podrían ni imaginarse.

Cuando ayudo a mami a secar los platos y los cubiertos siempre se me escurre entre los dedos la taza más bonita y más fina, no falla. Y no solo eso: es que va y siempre me pasa después de haberla enjabonado, enjuagado y hasta secado perfectamente. Basta que haya un solo charquito en mitad del camino para que yo acabe con los pies empapados; si resulta que a la puerta de la sala hay dos hombres con pistolas

y abrigos largos, es seguro que yo me meteré entre ellos y me tropezaré con sus botazas, y si en mitad del cuarto hay una pila de papeles y libros, me caeré de morros sobre ella. Cada vez que me ve así, a mami se le inundan los ojos de lágrimas.

“¡Que alguien encierre en algún sitio a esa mocosa!” chilló el hombre del abrigo de cuero negro, señalándome con un dedo rollizo.

Mami me tomó en brazos y me apretó fuerte contra su pecho. Le brillaban los ojos porque los tenía húmedos y yo me puse a llorar bajito. La barriga me dolía en serio, porque al caerme me había golpeado contra el canto afilado de algún libro, aunque la verdad, ese dolor no era ni la mitad de espantoso que la voz de aquel hombre tan feo. Mocosa es una palabra fea —¡seguro que iba por mí, qué horror!—. A las personas mayores todo les está permitido: resulta que unos hombres a quienes no hemos visto en la vida se presentan en nuestra casa, arrancan los cajones del escritorio, desparraman los papeles por el suelo, revuelven los libros de las estanterías y los dejan por ahí tirados, y mami no les dice ni una mala palabra, ¡suspira y ya está! Mientras que si yo dejo mis juguetes desperdigados por el suelo antes de irme a dormir, si me entretengo enredando en los cajones de mami y papi o hago dos o tres dibujos en algún libraco aburrido, ¡menuda regañina me cae por portarme mal!

El hombre del abrigo negro se había quedado allí plantado con aires de jefe, con una mano metida en el bolsillo y la otra apuntándome directamente: “¡Lleaos de mi vista a esta granuja!”

“¡Vete a la otra habitación y sé buena, va!” me dijo mami, dando un respingo y echándole una mirada furiosa a aquel tipo desconocido. “¡Todo va a ir bien, ya lo verás! A veces surgen malentendidos...”

Me llevó al dormitorio y encendió la lámpara del techo. Mami sabe perfectamente que la oscuridad me da un miedo horroroso. Aunque aún era de día, me parecía que el cuarto estaba en tinieblas. Por detrás de los visillos nos estaba mirando

muy fijo un sauce blanco viejo y sin hojas, que a veces me gastaba la broma pesada de pegar mucho su cara arrugada al cristal.

“¡Quédate ahí un ratito mirando unos libros, va, o si no haz un rompecabezas!” me dijo mami antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

“¡Anótenlo!” oí que ordenaba una voz áspera al otro lado de la puerta. “Incluyan también la fecha de hoy: ¡el doce de abril de mil novecientos cincuenta y uno!”

Fue rarísimo aquello, ¿cómo pudo mami obedecer a aquel tipo asqueroso y abandonarme toda triste en el dormitorio? Esta vez el asunto era serio, ya no cabía ninguna duda: costara lo que costase, tenía que convertirme en una niña buena.

Pero a ver, ¿puede querer alguien ser mala? Yo, desde luego, no: intento hacer cosas buenas todo el tiempo y solo se me ocurren buenos propósitos, pero con todo y con eso, la mitad de mis planes acaban siempre en agua de borrajas.

Una de mis fechorías mañaneras estaba a la vista de todos: había cogido unos rotuladores y llenado la puerta que separa el salón y la cocina de dibujos de princesas. Lo hice por adornar, pero como la superficie de la puerta resultó ser más rugosa de lo que parecía a primera vista, las princesas me salieron más bien como ogros cavernarios. Además, cuando quise limpiarlas con un trapo de secar los platos solo conseguí empeorarlo más... Parecía que alguien hubiese lanzado contra la puerta un tintero lleno y luego un cuenco de sémola mezclada con mermelada de frambuesas. No es de extrañar que mami se enfadara y que se pasase un buen rato echándome la bronca. Aunque no estuviera nada bonito por su parte comparar la puerta y mis dibujos con una pocilga —¿acaso los cerdos saben dibujar con rotuladores?—. Más tarde mami se irritó todavía más, porque se dio cuenta del desbarajuste que habían armado Sirka y Tuiam moviendo de su sitio las sillas del dormitorio, y además vio la colcha de la cama de mami y papi hecha un gurrúño. A mí se me había olvidado por completo que en la época de celo no se les puede

permitir entrar en casa, pero vamos, ¿quién se iba a imaginar que la pequeña Tuim podría subirse a la cama de un salto, con esas patitas zambas que tiene?

“En fin, esperemos que la diferencia de tamaño entre los perros salchicha y los sabuesos sirva de algo” dijo mami, suspirando y como si hablase para el cuello de su camisa. Aunque por la cara que puso me quedó claro que tanto la puerta como la luna de miel de los perros daría aún mucho que hablar en nuestra familia.

Pero mira por dónde, con la visita de los hombres armados, mami se olvidó tanto del romance perruno como de la puerta coloreada de lila.

En mi mesita de noche había amontonados varios libros de historias para leer antes de dormir y un rompecabezas. Al principio me divertía bastante con ese juego, pero luego entendí el truco para acoplar todas las piezas. Al principio encajaba la cabeza del perro en el cuello de la gallina y la cola del caballo en el trasero de la vaca. Así que cuando por fin conseguí componer un perro entero, con su cabezota y todo, ¡menuda sensación de triunfo! ¡Justo la sensación que deben de tener las niñas buenas y modélicas! Pronto comprendí que si reordenaba las piezas fila por fila, me salía una composición nueva el doble de rápido. Aunque bueno, lo de hacer las mismas figuras una y otra vez tampoco puede mantenerla a una ocupada eternamente... Por muy boquiabiertas que se quedasen las comadres del pueblo viéndome completar el rompecabezas, algo dentro de mí me decía que al tipo del abrigo negro y chirriante mis composiciones con gallinas y vacas lo dejarían frío. A él, alguien habría tenido que aclararle que en casa a mí nadie me llama “mocosa”, sino en todo caso “nuestro rruiseñor particular”, “la pequeña filósofa”, “la alegría de esta casa” o “una niña excepcionalmente espabilada”. Bueno, muchas veces también decían lo de “niña mala”, pero aun en esos caso el tono de voz era completamente distinto, nada que ver con lo de “mocosa”. Así que allí me quedé, sentada en la cama de mami y papi, columpiando los pies y cavilando sobre qué sería correcto hacer a partir de ahora.

Desde la habitación de al lado llegaba el estrépito de una conversación: el hombre desconocido hablaba muy fuerte y con un tono enojado y mami le contestaba con calma, elevando la voz solamente un poquito más de lo que tiene por costumbre. Porque mi mami es soprano, ¡así que puede cantar con una voz tan clara que te pone los pelos de punta! Yo, por mucho que lo intente, no consigo que me salgan de la garganta esas notas tan altas.

Pero sí, igual a fuerza de cantar conseguía que aquel tipejo mocosito entendiera que en esta casa vivía un pequeño ruiseñor, ¡ni hablar de una granuja! Las canciones suelen poner de mejor humor a la gente mayor, y yo me sabía muchas letras —en fin, no enteras, pero por lo menos el principio de todas las canciones de mami sí me lo sabía—.

“¿Dónde está mi jardín de túnica blanca,
dónde florece mi manzano predilecto?
Amigo mío, qué bueno es saberlo,
¡que tú me esperas en este mayo bello!”

Con esos versos empecé. Era una canción preciosa, pero tan triste que se te encogía el corazón al oírla. Las canciones de papi eran mucho más animadas. Por ejemplo esta:

“¡Como si fuera agua bebo champaña
y sobre mis rodillas está Juana!”

O esta otra:

“El samovar zumbando hervía,
¿te acuerdas, preciosa mía?
Nat-acha, Nat-acha, ¡lejos se te llevó el destino!”

Justo ese trozo, el de Nat-aa-acha, era el que a mí más me gustaba; me encantaba berrearlo a pleno pulmón.

De repente resonó un chasquido y la puerta se abrió, tan bruscamente que la manivela chocó contra la pared, y el hombre del abrigo negro se abalanzó sobre mí. Me agarró por los hombros y me sacudió tan fuerte que hizo que me saliera agua de los ojos y de la nariz.

“¡Condenado monstruo de mocosa! ¡Cierra de una vez ese pico o te vendrás con nosotros! ¡Malditos *kulaks*, hay que arrancar a su semilla de cuajo, para que no se propague!” dijo

el hombre a grito pelado, y yo me percaté de que tenía los dientes podridos. Su abrigo negro chirriaba y despedía una peste asquerosa. Era igual de feo que el personaje de la muerte que sale en el cuento “El mochuelo”. Pero lo más horrible de todo fue que, al soltarme, gritó algo para que lo oyesen en el cuarto de al lado... ¡EN RUSO! ¡Era el colmo! ¡Todo aquello solo podía significar cosas malas, lo peor de lo peor! No entendí nada de lo que dijo el hombre, eso por descontado, pero su acento ruso sí que lo distinguí a la primera. Porque era el idioma que hablaban los hombres de negro que se llevaron a la abuela Mari... Aquella historia había pasado hace siglos, yo ya ni siquiera me acordaba de la cara de la abuela ni de las de aquellos hombres, pero de cómo sonaba el idioma que hablaban sí me acordaba muy bien. Muchas veces esos hombres de negro venían a acecharme en sueños —cada vez que venían me daban un susto de muerte y solo me libraba de él yéndome a la cama de mami y papi y quedándome allí acurrucada entre ellos dos—. Las personas mayores los llaman *deportadores*, pero para mí son hombres de negro sin más: ¡ahora habían vuelto a aparecer, pero esta vez eran de carne y hueso! Vistos desde lejos casi podían confundirse con hombres armados corrientes y molientes, estilo los amigos cazadores de papi, pero al cabo de unos instantes yo tuve claro que no lo eran, que eran hombres de negro.

¡Me contuve para no ponerme a chillar, lo juro! Solo quería salir corriendo, irme adonde fuera, lejos de aquella cama, de aquella habitación, de aquel mundo en el que en cualquier momento los hombres de negro podían presentarse sin más, tanto en sueños como en la realidad de carne y hueso, ¡hasta abandonar mi cuerpo zarandeado quería!... ¿Por qué no puede una persona transformarse en pura voz y salir volando por los aires así, hecha una voz pura?

Me desperté en mi cama, con un regusto extraño a medicinas en la boca. Sobre la piel de tejón de la alfombra había tirada una maleta y mami estaba acabando de llenarla. La pesadilla se había terminado... o igual no,

igual continuaba, porque desde el cuarto de al lado seguía llegándome un ruido de conversaciones en aquel idioma forastero. Por lo menos ahora tenía a mami al lado, y papi también había llegado ya a casa, así que no había motivos para estar tan asustada.

Me pusieron unas medias secas y otros pantalones —ay, qué vergüenza, pero ya no había remedio: a lo hecho, pecho—. Papi me trajo el abrigo y el gorro, que estaban en el recibidor, pero mami se empeñó en ponérmelos ella: “Puede que sea la última vez” dijo, y luego sacó del armario mi manguito. Mami y yo tenemos dos idénticos, con un forro gris muy tupido de pelo de oso, aunque el mío es mucho más pequeño y yo nunca llevo dinero en el bolsillito.

“¡Todo esto es demencial!” dijo papi con desprecio. “¡Ese policía ni siquiera sabe hablar como una persona normal! ¡Pero se habrán equivocado con cualquier tontería, ya lo verás! ¡Mañana te tendremos en casa de nuevo!”

Para cuando mami le respondió ya habíamos llegado a la carretera principal. Allí estaba esperando un coche raro, que podía confundirse con un camión pero que en vez de remolque llevaba una especie de casa verde oscura.

“¡Sí... desde luego que es absurdo!” aseguró mami mientras miraba el coche de hito en hito y sacudía la cabeza. “¡Un coche con celda incorporada, con barrotes en la ventana! No sé con quién me pueden haber confundido, la verdad. Si mañana no he vuelto, el lunes llamas al departamento de educación para decirles lo que ha pasado.”

Los hombres de negro caminaban pisándonos casi los talones, con sus fusiles colgados de la espalda, sin pronunciar ni una palabra. Ni siquiera el hombre del abrigo de cuero chistaba apenas, solo repetía bajito, para sus barbas, un juramento: “¡MI-dito dem-nio!” o algo por el estilo. A mami había venido a despedirla mucha gente y por eso los abrazos y los apretones de manos duraron bastante rato. A nuestra vecina Armida las lágrimas le corrían mejillas pecosas abajo como si fueran riachuelos, y mami, sin venirse abajo, le

dijo con su voz extraordinaria: “¡Venga, que tampoco es mi entierro, qué sentido tiene llorar tanto! ¡Quién nos dice que mañana no estamos otra vez en la vaquería de Klaara con los bidones, pidiendo leche!” Al oír esto, Armida se puso a sollozar de nuevo como una magdalena, hasta que al final llegó el tío Artur y la regañó muy severo poniéndole la mano en el hombro: “¡No montes tanto escándalo, mujer!”

A papi y a mí, mami nos tuvo abrazados todavía más tiempo.

“¡Sé buena!” me gritó desde lo alto de la escalerilla de hierro, justo antes de entrar por la puerta de la celda. “¡Sé buena niña, que así mami volverá pronto! Tal vez mañana mismo, o si no pasado mañana... Lo importante es eso: que seas buena y que obedezcas a papi, ¿vale?”

Aún nos quedamos un buen rato allí parados, mirando cómo el camión se alejaba. El sol ya estaba escondiéndose, rodeó uno de los costados el edificio de la escuela luego se metió por detrás de la arboleda. En el aire había un olor bueno, a gasolina y a resina de arce.

“Mami se ha dejado el sirope hirviendo en el fogón” dije bajito. Me había percatado de repente. Pero al oírme papi no respondió, giró la cabeza para otro lado.

Y no es de extrañar, ¡quién iba a querer hablar con la niña más mala del mundo! ¡Después de haber ensuciado las puertas, dejado que los perros se metieran en casa, lloriqueado como una condenada y para rematarlo haberme hecho pis en los pantalones! ¡En el fondo debería estar contenta, papi podría haberse marchado con los hombres de negro dejándome allí tirada!

Pero todavía tengo una duda: ¿cómo se enterarían los hombres de negro de que la peor niña del mundo era la hija de mami y no de otra mujer? ¿Y cómo podíamos comunicarles que yo —mañana por ejemplo, o pasado mañana— me había transformado de pronto en una niña buena y modélica? Porque las madres de niñas buenas y modélicas jamás se marchan, no dejan a sus hijos ni a sol ni a sombra, mucho menos en manos de los hombres de negro...

JUGANDO A SER AMOS DE CASA

La gente mayor es lista y sabe desenvolverse, de eso no hay ninguna duda. Saben leer libros, tocar instrumentos, segar el cereal, hacer excavaciones y encender el fuego en la chimenea. Lo de atar los cordones de los zapatos y las cintas del pelo lo hacen en un santiamén, igual que lo de abrir y cerrar las presillas y las cremalleras de la ropa. Entre ellos son capaces de usar palabras tan difíciles que a veces no se entiende ni jota de sus conversaciones, aunque hablen todo el rato en estonio. Hasta es posible aprenderse de memoria algunas de esas palabras que suenan tan elegantes —por ejemplo “arrestar”, “enekadeuve”¹ y “amnistía”— aunque sus significados nunca queden demasiado claros. A mí me gusta pronunciar las palabras más rebuscadas, a veces murmurando para mis adentros y otras veces canturreando a todo volumen. “Enekadeuve, enekadeuve, yupi, olé, yupi, olé”, pongamos por caso, queda muy bonito entonado con la melodía de “El bosque de Väandra”. Cuando me lo inventé y se lo canté una vez a mami y papi, los dos se partían de la risa, hasta lloraron y todo. Se reían porque les hacía gracia mi ocurrencia, claro, así que no me lo tomé a mal como otras veces, por ejemplo cuando me caí en el barreño de la colada jugando a caminar hacia atrás. Porque mira, sí: las carcajadas de las personas mayores pueden ser a veces asquerosas —¡hasta si son tu padre y tu madre y te llaman “la alegría de la casa”!—. Haz la prueba si no, ¡a ver cómo te sienta ser la alegría de la casa, pero tendida de espaldas en mitad de un revoltijo de sábanas y calada hasta los huesos de agua con detergente! El primer impulso que tuve fue reírme yo también, y no sé muy bien por qué, sería por educación, pero luego me empezaron a escocer los ojos y se me puso un nudo en la garganta...

¹ NKDV (transliterado del acrónimo ruso, Naródný Komissariat Vnútrennij Del): comisariado de la extinta URSS que se ocupaba de la seguridad del estado y de la vigilancia policial entre otras funciones atribuidas tradicionalmente al Ministerio del Interior.

¡Brrr, qué malos recuerdos me trae aquel remojón en el barreño! Me ha venido a la mente justo esa historia porque cuando entramos en casa después de despedir a mami, nos encontramos el suelo de la cocina igual de inundado que aquel invierno, cuando papi me tuvo que rescatar del fondo del barreño... solo que además mucho más sucio. Entre el barrizal de huellas de botazas se distinguían también una barbaridad de pezuñas de perros... Sirka y Tuiam habían vuelto a entrar en casa después de pasar otra noche de bodas en el jardín, y tenían un gran alboroto montado en el salón.

“¡Maldita sea, lo que nos faltaba!” exclamó papi a la vez que sacaba a Tuiam y a Sirka a rastras de allí y se los llevaba al cuarto trasero.

“Pues eso, bichito” dijo muy serio, poniéndome una mano en el hombro. “Que tú y yo vamos a tener que jugar a ser amos de casa hasta que mami vuelva. A ver si conseguimos ordenar todo esto hoy mismo, ¿te parece?”

Lo primero que hicimos fue fregar juntos el suelo de la cocina, después colocamos los libros en las estanterías del salón y los papeles en los cajones del escritorio. También habría hecho falta arreglar el ropero del cuarto de atrás —al registrarlo, el hombre del abrigo negro había desordenado toda la ropa de cama y las mantelerías— pero papi pensaba que no había prisa con eso, así que se limitó a sacar de allí la pila de trapos y los puso encima de la mesa, más que nada para evitar que Tuiam pudiese hacerse con sábanas y arañarlas.

El cuarto de atrás es donde mi mami guarda la vajilla y los cubiertos y también los trapos y las prendas de ropa que no usamos con frecuencia. En ese cuarto no hay estufa; por eso en invierno no se puede pasar mucho tiempo allí dentro.

En realidad todas las habitaciones de la casa están bastante frías, así que sin calcetines de lana solo se puede estar en ellas en verano. En nuestra cocina, como nunca paran de silbar los fogones, sí que es posible quitarse los calcetines y quedarse descalza —pero oye, ¿a quién le apetece molestarse con eso!—. El suelo de la cocina lo tenemos

cubierto con una moqueta de rayas, igual que el del salón, y en el dormitorio, al pie de las camas, hay pieles de tejón que han ido trayendo papi y Tuiam de sus expediciones de caza. Al lado de las ventanas se nota especialmente el fresco —jugando, es el Polo Norte de mentirijillas—. En otoño hay que colocar las contraventanas, pero aparte mami también rellena las rendijas del ventanal con algodón y pega papeles encima con cinta adhesiva, pero da igual, basta acercar las manos al papel para notar cómo las bocanadas del viento se van colando dentro de casa.

En la caseta del retrete hace todavía más frío, pero yo no voy, porque tengo mi orinalito debajo de la cama. Antes de ir al retrete, mami se pone el gorro y la bufanda, pero papi siempre vuelve de allí voceando: “¡He aquí el hijo del gran botánico y genetista ruso Michurin, térmicamente aislado!” o “¡Llegando está de puntillas el bravo indio Águila Culofrío!”.

Normalmente mami le responde que ojalá las cosas se arreglen pronto, y que ella no ve la hora de que todo esto acabe para que podamos mudarnos de nuevo a nuestro piso.

Porque en nuestro piso, que está en el edificio de la escuela, sí que se está calentito y hay mucha luz. Las estufas de la calefacción son blancas y relucientes, las paredes están pintadas de un color claro, las ventanas son grandes y el retrete está tan aseado que hasta los alumnos pueden usarlo. Solo que ahora, en nuestro piso vive la señora Liudmila. La señora Liudmila sustituyó a mami en el cargo de directora de la escuela, porque tiene mejores conocimientos para dirigir la institución hacia el radiante futuro del estalinismo. Y es que la señora Liudmila vino desde Siberia — el mismo sitio adonde se llevaron a la abuela Mari—. Escuchando las conversaciones de la gente mayor, yo deduje que cuando la abuela Mari regrese de Siberia también la pondrán a dirigir una escuela. Pero mami me sonrió con lástima y me dijo que aunque la abuela Mari va a regresar sin duda, está claro que a su edad no dirigirá ninguna escuela —cuando la deportación tenía ochenta y cuatro años, ya andaba un poco dura de oído, y quién sabe si ahora seguirá viendo y oyendo o...—. “Mira, la abuela no está

muerta y con eso ya ha demostrado tener agallas de sobra, iba en un vagón de ganado durante aquel viaje en tren larguísimo y ahora está en el koljós de Chadrino, ¡por lo que dice en sus cartas incluso le quedan fuerzas para hacer las faenas del campo!”

Mientras estuvimos limpiando la casa yo no perdí de vista a papi en ningún momento, pero aun así los pensamientos se me escapaban adonde mami.

“Papi, esos hombres de negro con los que se marchó mami, ¿eran los mismos de la abuela Mari?”

“No, ¿de dónde te has sacado eso?” me contestó papi con tono de pocos amigos. “¡Eran otros, totalmente distintos! Y además mami va a volver pronto, enseguida, así que no te preocupes, ¿estamos? Mira, tienes que comprender que a la abuela Mari se la llevaron a Siberia porque era el ama de una granja importante. Y además no la deportaron a ella sola: a esas tierras tan frías se han llevado a muchos estonios, por ser dueños de grandes granjas, de fábricas o de edificios de viviendas de lujo. En los tiempos que corren son cosas que están mal vistas... pero mami no ha hecho nada, aparte de dar clase a niños toda su vida; ella no es propietaria de tierras ni de casas ni de riqueza de otro tipo. Nada más la tengan delante las autoridades competentes, dirán: ay, perdónenos, disculpe, ¡hemos cometido un gran fallo! ¡Ahora mismo le ponemos un coche para que regrese usted a su casa de inmediato! Mami va a volver, ¡y no veas lo triste que se pondrá si ve que no hemos resuelto este desaguisado!”

“Resuelto este desaguisado” repetí yo palabra por palabra. ¡Qué bien sonaban las expresiones de papi!

“¡Pues eso quisiera yo, un poco de guisado! ¡Tengo el estómago vacío!”

Papi se acordó de pronto de que no se había llevado nada a la boca desde muy temprano por la mañana. Trajo una jarra de leche del cuarto de atrás, cortó varias rebanadas gruesas de una hogaza y las untó con el sirope del cazo.

“No tengo ni la más remota idea de lo que mami se proponía hacer con este sirope, pero oye, ¡que lo decida ella

mañana!” murmuró, como disculpándose. “Aunque yo creo que unas cucharaditas sí podemos cogerlas, después de un día duro como el de hoy. Porque lo que es guisado de col o gachas, hoy por lo menos, nada de nada...”

Papi y yo somos los dos iguales, unos tragones de cuidado, pero el tema del azúcar está complicado últimamente, por eso mi mami hace sirope. Conseguir la resina del arce no es nada fácil: lo primero, papi y yo tuvimos que perforar el tronco de varios árboles, luego papi vació varias ramas para hacer unos tubitos que clavamos con un martillo dentro de esos agujeros. En esos tubitos papi grabó unos surcos con la navaja, de manera que el jugo del arce iba deslizándose por ellos y caía directo en unos contenedores de plástico que habíamos colgado de los tubitos de madera. Cada tarde, cuando papi llegaba de la escuela, nos acercábamos todos al bosquecillo y vertíamos el líquido de los contenedores dentro de un cubo más grande. La resina del arce tiene muy buen sabor, un poco como el gustito de la nieve solo que más dulce. Y si mami lo tiene varias horas hirviendo en la hornilla, toda la cocina empieza a oler fenomenal —como si se acabara de derretir allí mismo una montaña de nieve y encima hubiesen crecido líquenes—. Lo que sucede en realidad es que el agua se evapora y el azúcar de la resina se queda dentro del cazo. El jarabe se agarra al fondo del cazo, pero queda muy poco cada vez, ¡tan poco que es difícil creer que al principio el cacharro estuviera lleno hasta el borde de jugo! Eso sí, ese culín sirope es dulce y viscoso como la miel, solo que tiene un color bastante más claro.

“¿Quieres una rebanada de pan para una sola mano, o para dos?” me preguntó papi poniendo cara de listillo. “¿No has oído nunca esa historia tan vieja, la del amo que le da a elegir a su criado entre la rebanada de una o dos manos? El criado, como es de suponer, se apresura a decir muy ansioso que la de dos manos —es de suponer que será el doble de grande, ¿no?—. Pero mira por dónde: el amo le cortó una rebanada fina, finísima, prácticamente transparente. “Aquí la tienes: ¡una rebanada de pan que debes agarrar con dos manos, porque

si no se te partirá por la mitad!” le dijo el amo, a la vez que cortaba otra rebanada bien gorda y hermosa y se la servía en su propio plato. “Así son las rebanadas de una sola mano, ¡las que no se te rompen si las coges con una sola mano!”

A mí el criado me daba algo de pena, pero me reí en plan jiji-jaja con papi —por cierto, las rebanadas que él cortó de la hogaza eran todas hermosísimas, de las de una mano, y el sirope te dejaba en la boca un regustillo dulce muy rico—.

Con papi era mucho más fácil ser buena que con mami: mami seguro que me hubiera reñido por derramar gotas de sirope sobre el hule de la mesa, pero papi no les prestaba ninguna atención a las gotas de sirope ni a las de leche, y eso que al beber me cayeron varias en la pechera del suéter. Él se limitó a decirme: “Esta historia me la contó a mí mi abuela. ¡Se sabía muchísimas parecidas!”

“¡Cuéntame alguna historia más, de las de tu abuela!” le supliqué, pero papi miró en ese momento la hora en el reloj de pared y se sobresaltó: “¡Caramba, si ya deberías estar en la cama hace siglos! ¡Qué va a decir tu mami si se entera de que nos hemos quedado aquí de charla hasta la medianoche, contando historias del año catapum!”

Para las personas mayores es lo más normal del mundo: ¡justo cuando la cosa se pone de veras interesante, deciden mandarte a la cama! Y en eso papi era tan duro de pelar como mami. Por mucho que le di la matraca no cedió, y además se puso a murmurar entre dientes: “Inútiles el llanto de la esposa, los lloros de los hijos: ¡hasta la última moneda se bebió!”

Me dejó tan de piedra con esa cantinela que le pregunté: “¿Es que vas a empezar a beber cuando me vaya a la cama?”, a lo que papi respondió muy divertido: “¡Es otro de los dichos de mi abuela! ¡Era hija del posadero de Rannamóis y por eso creció rodeada de refranes, oyendo hablar a la gente del pueblo!”

Yo traté de despistarlo para que siguiera hablando del asunto y se volviera a liar con el tema de su abuela, pero el truco me salió mal y papi no cedió: “A lavarse las manos y la

cara y a ponerse el camisón, ¡andando!” ¿Ya no te acuerdas de lo que te ha mandado mami, obedecer y portarte bien?”

Llegados a este punto ya no había nada que hacer...

Mientras me ayudaba a ponerme el camisón, papi me dijo: “¡Si te portas bien, mañana podemos ir al cumpleaños del abuelo de Jógisoo!”

“Pero...”

“¡Nada de peros!” replicó papi, y me aupó a la cama.

“¡Tápate con la manta, apoya la cabeza en la almohada y a dormir!”

“¿Las niñas buenas tienen que acostarse con los botines de fieltro puestos?” pregunté, hablando muy rápido para que papi no tuviese tiempo de interrumpirme.

“¡Ay, señor!” exclamó papi, y me miró los pies con gesto desorientado. “Con los botines de fieltro puestos... ¡y los chanclos de goma encima! ¡Ay, señor!”

Me quitó los botines y se los llevó a la estufa: “¡Mañana por la mañana estarán secos!”

Al darme el beso de buenas noches, papi me preguntó con un poquito de vergüenza: “Escucha, ¿verdad que serás una niña buena y no le dirás a mami lo de los botines?”

Yo asentí con la cabeza, sintiéndome generosa. ¡En serio, con papi era mucho más fácil portarse bien que con mami!”

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



PEETER SAUTER

(1962)

La muerte en Bulgaria. Todo incluido

Retazo palpitante de la vida real donde la pareja protagonista, que lucha por separarse y fracasa invariablemente, emprende un viaje de vacaciones fracasado. Jack Kerouac palidecería de envidia al leer esta novela, nominada en 2022 para el mayor galardón a las obras prosísticas en estonio.

Peeter Sauter

“La muerte en Bulgaria. Todo incluido”

Surm Bulgaarias. Kõik hinnas, Kultuurileht 2021, 152 p.

páginas 5–14

“¿Qué cojo?”

“Lo que tú quieras.”

“No sé. Dime tú.”

“No sé.”

“¿Pero qué cojo? ¿Nada?”

“Coge comida.”

“Ajá. ¿Pero qué?”

“No lo he pensado.”

“Cojo un par de bebidas y vuelvo a casa. Ahí pensamos que queremos. ¿Vale? Soy un puto desastre.”

“Coge bebidas. Me visto y voy para allá. ¿Estás en el Máxima?”

“Sí, sí.”

“Voy para allá.”

Me quedé esperando. Con las bebidas en el carrito.

Julia vino. Estuvo pensándose delante de la vitrina de la carne. Mucho rato. Yo estaba de pie. Apoyado en el carro. Mirando a la gente. Moviendo el carro hacia delante y hacia atrás.

Un niño aburrido que toquetea los columpios en un parque infantil. No quiere columpiarse, no sabe hacer nada. Toquetea los columpios y ya.

La gente cogía cosas, rebuscaba. Las devolvía a su sitio. Unos cachos de jamón envasado los miraron muchas veces. Llegó una mujer con la espalda muy tiesa, se quedó con el más caro y continuó avanzando.

Dos bolsas grandes de plástico del Máxima llenas a reventar.

Anochece, hacía bochorno, yo resollaba caminando entre los bloques de una residencia de estudiantes.

Unos rusos estaban plantados frente a un bloque de pisos, haciendo piña. Bebían vodka sin ruido, con concentración. Un par de ellos con deportividad, a pecho descubierto. *Goly tors*. Militares. Una pequeña unidad del ejército.

No quise seguir mirándolos. No me planteé si eran padre e hija o marido y mujer. Habían tomado una decisión. O perdido el interés. Qué decisión, ni idea.

Por la escalera, en los rellanos, hacía más frío. Había corrientes de aire. Apeataba a comida rusa, a col con... Yo subía y jadeaba, me paraba. Tuve que descansar a mitad:

“No sé qué me pasa. Vejestorio total.”

“Será el verano. Poco fuelle. Si quieres te cojo una bolsa.”

“No, no podrás, pesa. No es por la bolsa. No sé por lo que es. Pasa tú delante. Te sigo.”

Julia pasó. Yo respiraba mal, iba arrastrándome. La puerta estaba entreabierta. Traspasé el umbral de la cocina con las bolsas, las solté allí y me arranqué los zapatos. Me senté en el sofá. Julia abrió una lata de Karl Friedrich que había sacado de la nevera. La puso sobre la mesita baja, delante del sofá: “¡Un Karl frío, un Karl frío!”

“Sí” respondí ahogándome, con el aliento cortado. Miré la cerveza con ternura.

Le di un sorbo.

“Ojalá todo incluido signifique que las copas del bar son gratis. Las veinticuatro horas. Que uno puede venir aquí para reventarse la salud. Las relaciones también, claro.”

“No tiene por qué” contestó Julia, montando bastante escándalo con las bolsas en la cocina. “En internet ponía que las ofertas de los hoteles búlgaros cambian sin parar, todo el rato.”

“Pues lo que faltaba. ¿Por qué lo elegimos?” Di otro sorbo. “A Bruno en Turquía... le daban copas a cualquier hora. Y a los Reps en su hotel de Egipto. Tenían que ir a pedir que les llenasen el vaso cada vez, por separado. No te dejan llevarte la botella a la mesa. En hoteles de cinco estrellas. ¿Cuántas estrellas tenía este?”

“No me acuerdo. El hotel más barato con todo incluido.”

“Yo tampoco me acuerdo.”

VERISMO

Tuve que hacer los preparativos. Antes de salir de viaje. Pero aún quedaba muchísimo tiempo, una eternidad. No me acuerdo. Meses. Medio año. ¿Más?

El coche estaba viejo, había que repararlo.

Viljar me dijo: “Igor puede hacerlo. Igoriok. Viene a Rakvere a comprarme materiales.”

“¿Materiales?”

“Lo habitual. Masilla y eso.”

“Experto en masillado.”

“Trabajos de chapa. Para finlandeses. Pon que un finlandés se compra un coche de coleccionista, pues Igor se lo pone a punto. Soldaduras y tal. Saabs, Citroens.”

“Clásicos tochos americanos.”

“Si caben en un garaje soviético...” respondió Viljar partiéndose de la risa.

“¿Cobra mucho?”

“No lo sé. Tampoco le va a llevar mucha faena. Y no eres finlandés. No hay pasta.”

“Y tú qué sabes. Si la hay o no la hay.”

“Venga, va. Lo he dicho por decir.”

“Ya, ya.”

“Tenía interés.”

“¿El tipo de Rakvere?”

“De Kiviõli.”

“No he ido hace siglos. Pero estuve una vez. Tendría que llegarme hasta allá con dos coches.”

“Llévate a Julia, Romeo. No, escucha, primero vete tú y le enseñas el coche. Si vas expresamente te dará un presupuesto más alto.”

“Es verdad.”

“Ve y enséñaselo. Dile que te lo estás pensando.”

“Vale. Una aventura.”

Una aventura. Nunca pasaba nada. Salimos de viaje al cabo de tela de tiempo. Una meta. Iba pensando en temas para hablar con Igor. Para mis adentros, sin agobiar a Julia con mis neuras.

Julia se vino. Aunque no habría hecho falta.

Arrancamos. Callados los dos. Mejor así.

No sé de qué iba hablando. No soporto el silencio. Pretendo subirme a la cabeza de Julia y colarme allí dentro, en su cerebro. Julia no lo soporta. Necesita silencio.

Al principio lo soportaba. Hace siglos.

Cuando está pedo sí habla. Eso no mejora nada en realidad. Pelea al canto.

Nos ponemos pedo a diario. Habiendo dinero. Bajamos juntos por la calle del pedal. Siempre, con Julia.

Si no hay dinero, todavía peor. Un silencio feo, deprimente. No he dado con el truco. Para provocar un buen silencio.

¿Está perdida toda esperanza? No lo sé. No me lo planteo.

¿Cuánto tiempo llevamos juntos? No lo sé. Cinco, seis quizás.

Igoriok tiene un Niva. Un tipo simpático. Un mujik. *Chista russki*² de los pies a la cabeza. Bebe vodka, aficionado a la pesca. Va a pescar con el Niva. Habla de su *baba*. De su hijo Janek. Así lo llamó: Janek, Janeku. De dónde se sacó

² *Ruso puro, sin mezcla* (en adelante, todas las traducciones son de la transliteración del ruso que se intercala en el texto original estonio.)

nombre es de cajón. Los tanquistas³. Puede que haya un perro por algún lado. Miró mi viejo Subaru: “Psst, mucha faena. Cambiar los pasos de las ruedas. Todos. Vaciarlo entero. Llamaré a Janek. Veremos si quiere hacértelo. Él puede, eso seguro. Yo te lo sueldo. Las partes donde se pueda soldar, donde haya algo de relleno. El chasis está destrozado.”

“Chapa japonesa. Nada de acero para echar mano. Se funden camiones rusos y listo.”

“*Kaneshna*. Mira, mi Niva tiene la misma edad. Montado por mí. Desde cero. La carrocería lo resiste todo. Tira que da gusto. Con él a todas partes. Un tanque.”

“Dentro caben cuatro tanquistas.”

“Cuatro tanquistas. Bueno. *Rasumejetsa*⁴.”

“¿*Skolka*⁵?”

“¿*Skolka*? Sí que preguntas directo. No lo sé. No lo he abierto aún.”

“¿*Skolka sim*⁶?”

“¿*Skolka sim*? ¿*Abizhat priejal shto-lí*? Soy rápido. En un mes lo hago. Mejor pregúntame *skolka rublei*⁸.”

“¿*Nu skolka*?”

“*Atkuda ja snaju. Nie pasmatrel*⁹.”

“*Ja dumal ty priama snajesh*¹⁰.”

³ *Cuatro tanquistas y un perro* fue una teleserie polaca muy popular la segunda mitad de los años sesenta del siglo pasado en la antigua URSS. El filme se basa en el libro de Janusz Przymanowski y cuenta la historia de un joven que se une a una brigada de artilleros durante la Segunda Guerra Mundial, con el fin de vengar la muerte de su padre y liberar a su patria de los nazis.

⁴ *Es de suponer*.

⁵ ¿Cuánto?

⁶ ¿Cuántos inviernos? (El autor juega aquí con un giro idiomático ruso, *skolka let, skolka sim!* que se emplea para saludar a alguien después de mucho tiempo, algo así como “hace siglos que no nos hemos visto” pero que literalmente significa “cuántos veranos, cuántos inviernos.”)

⁷ ¿Has venido a ofender o qué?

⁸ Cuántos rublos.

⁹ *Y yo qué sé. No lo he mirado.*

¹⁰ *Pensaba que me lo dirías de inmediato.*

“*Dumal-pridumal*¹¹. Unos tres papeles te llevaría. Si me lo hubieras dicho con antelación, habrían sido dos y medio.”

“Tres papeles y... ¿los materiales?”

“*Nu vot...* Y yo qué sé los materiales que voy a gastar. Los compro yo mismo. Voy a Rakvere. Con el Niva. ¿Tienes idea de cuánto *beriot bensin*¹²?”

“Quince.”

“Antes costaba quince. Lo apañé. Ahora cuesta catorce.”

“Vale. ¿Cuándo te traigo el coche?”

“¿Que cuándo me lo traes? Te llamo yo. Y te lo traes enseguida. Enseguida. Si no se te colará alguien. Ya sabes, *ochered*¹³.”

“Vale, me llamas y te lo traigo. Dejo el coche en Rakvere. Te lo puedes traer tú mismo. Vamos, Julia.”

“No, espera. No voy a traerme tu coche. Tú me lo traes. No conduzco coches de otros.”

“Vale, te lo traeré. O Viljar te lo traerá. Tú lo conoces.”

“*Snaju, snaju*¹⁴.”

“*Pashl*¹⁵, Jul”, dije, acordándome de repente de que Julia tiene algo de sangre rusa. Lo mismo se atrevía a contestar en ruso. Daría buena impresión. Tema de diplomacia.”

Julia, callada. No tiene pronunciación *chista-ruski*. Puede incluso que le estuviera dando vueltas al tema antes que yo. En el fondo lo del nombre ruso, Julia, no va ninguna parte.

“*Ni kuda ty nie paidiosh. Pastoi, padashdi*¹⁶.”

Igoriok levantó la persiana del garaje, que chirrió lo suyo. Dentro había una caja de conservas. Un Citroën 2CV. Pieza de coleccionista. Una caja de conservas de las de posguerra. Año 1950. La chapa reparada, impecable. Masillado, sellado. Moverse, ni un milímetro, pero menudo estilazo.

¹¹ *A ver que me lo piense...*

¹² *gasta en gasolina.*

¹³ *hay cola.*

¹⁴ *Lo conozco, lo conozco.*

¹⁵ *Vámonos.*

¹⁶ *Pero adónde vas, hombre, quédate ahí y espera.*

Están locos estos finlandeses. Un *poro*¹⁷ loco. Quería hacerle un regalo a su amante. De verdad la impresionó.

“Vale, sí, muy bonito. Convincente. Vamos, Julia.”

“Alto ahí, capitalino. Te voy a enseñar una cosa.”

Igor trajo un álbum. Un *Dembelski albom*.

Se restregó la mano en los pantalones. Éramos unos elegidos, estábamos viendo una reliquia. Igoriok no permitía que nadie tocara su álbum. Fue volviendo las hojas una a una. Con cuidado de no pasarlas demasiado aprisa.

“Mirad. Así era antes. Aquí está desarmado, con todo fuera. Imaginaos el curro. Soy un maestro, *salatymi rukami. Nje subami, a rukami, panimajesh*¹⁸.”

“*Uvazhaju, master, u nas vremeni niet. Zhdut*¹⁹.”

“*Vremeni niet*” repitió Igor, y cerró el álbum *Dembelski* con ira fingida. “*Yesli mashinu jochesh, krasivuju, naidi vremia. Pasmatri*²⁰.” Volvió a abrir el álbum: “Aquí está lo que hice. Del viejo Citroën no quedó nada. Aquel tipo, el finlandés rico, se lo llevó a su novia. Para el cumpleaños.”

“Ahora ya no es una lata de conservas, es una bombonera.”

“*Pravilna skasal*²¹, Peter. *¿Ty Petya, da*²²?”

“*Vsegda byl*²³.”

“*Eta confetka. Mmuh. Shal byl atdat*²⁴. Espera, que te lo enseñe otra vez. Cuando yo te diga, tú me pagas. Tarifa estonia, no finlandesa. Lo tengo decidido. Tres de los grandes, vale, pues tres de los grandes. Choca esa mano, va. No lo voy a subir. Yo trabajo así, con precio cerrado. Has sabido negociar, te llevas el precio tope.”

¹⁷ *Poro* significa reno en finés. Los estonios se refieren así a veces a sus vecinos del noroeste.

¹⁸ *Tengo las manos de oro. No los dientes sino las manos, ¿me entiendes?*

¹⁹ *Qué bárbaro, maestro, pero no hay tiempo. Ya nos vamos.*

²⁰ *Si quieres tener coche y lo quieres bonito, busca el tiempo. Mira.*

²¹ *Correcto.*

²² *¿Eres Petya, no?*

²³ *Siempre lo he sido.*

²⁴ *Una golosina. Muá. Una pena tener que devolverla.*

Estuvimos un cuarto de hora más viendo fotos. Al cabo de un mes le llevamos el coche.

La reparación se demoró medio año. Janek no tenía tiempo para poner el coche a punto. Igor no hace esas cosas. No se ocupa de temas eléctricos. Se mezclaron otros rollos, *rybalkas*²⁵, problemas en la familia, el Niva que se averió y también, o al menos eso me pareció, una cierta tristeza, la melancolía. Hubiera tenido que llevarle el clásico “Los cuatro tanquistas y los perros” grabado en VHS. Muchos tanquistas y muchos perros juntos, ese plan.

El tiempo pasaba, y a causa del retraso el precio subía. No la tarifa de Igor. La tarifa del maestro artesano era invariable. *Ved mujik chestnoi*²⁶. Pero ahora ya no se lo debía a Janek, sino a distintos mendas subcontratados, y además cada vez hacían falta más materiales. Rumiaba para mi colete si el Subaru seguiría en Kiviõli o habría emigrado hecho pedazos al otro lado de la frontera. No paraba de rumiar sobre cómo conseguir el dinero. El que le debía a Igor.

Igor me entendía perfectamente. Me invitó a pasarme por el taller, para que viese que el coche seguía ahí y que había avanzado en la reparación. Así me daría cuenta del curro que suponía. Un curro horroroso. Fuimos. La carrocería desmontada, el chasis nuevo soldado entero. Nada que objetar. Varias largas jornadas de trabajo. Le di la tabarra a Igor para que me acabara ya el coche. No quería acabar viajando en avión, dejarme lo del coche a medias.

Igor no estaba de acuerdo: “*Sakonchish, sakonchish*²⁷, es imposible. Tendría que dejarme sin hacer la mitad de las cosas.”

“Pues las dejas. Vendré y sacaré de aquí el coche. Llevas trabajando cinco veces el tiempo que acordamos. Y llevo pagado cinco veces más de lo convenido.”

²⁵ *Excursiones de pesca.*

²⁶ *Un hombre honrado de verdad.*

²⁷ Terminar, lo que se dice terminar...

“Sabes por qué. Yo quería dejártelo niquelado, pensaba que se trataba de eso, ¿no?”

Cual billetera ambulante, fui a llevarle el dinero a Igor. El tiempo corría a la par que el dinero y cuanto más tiempo pasaba, más pasta podía pedirme. No era cosa de sacar del garaje un coche desguazado. Igor es un *mujik chestnoi* y me iba a cobrar tres papeles por la faena, según lo convenido. Pero en la factura no podía incluir todo el servicio como gastos extras. Sería malvenderse.

“No puedes arrancarlo e irte de aquí conduciéndolo. Tráete un remolque. Le estoy dando una mano de pintura. No es cosa de estropearlo. ¡Sabré yo que me ha costado! ¡Sudar sangre!”

Pagamos lo que debíamos. No me acuerdo de cuánto. Había que hacer pagos adicionales todo el tiempo. En total más de cinco papeles. Para algunos eso no es dinero. Para mí, un dineral. Uno lleva grabado en la frente el dinero que tiene, es increíble. Lo normal es que te lo cobren todo, íntegro. Tal vez un poco más. Ganas más pasta, pagas ese pico que faltaba y se acabó.

Contraté un remolque. Ya solo me importaba recuperar el coche. No le pusieron el relleno. Habría que armarlo de nuevo, sí, pero ya en Tallin. No me iba a marchar conduciendo el coche, había que joderse. En lugar de al volante de mi antiguo vehículo, saldría de allí con un remolque. No, por lo menos Igoriok me había instalado el asiento del conductor. La pintura aún se estaba secando en Rakvere y hasta allí fuimos con el remolque, desorientados vivos.

Conduje hasta Tallin con la mitad del Subaru. Riéndome. De los imbéciles. De mí mismo. Pero qué se le va a hacer. La cosa no tiene remedio. Igoriok es mucho más eficaz que yo en su trabajo. Parcheando coches viejos, cobrando un precio justo. No dejando que lo presionen para terminar más rápido la faena. Hay que hacer las cosas a conciencia y si surgen complicaciones es lo que hay. Se pide más dinero. El cliente no vuelve. Pero qué más les da, un montón de chatarra que se quitan de encima. Qué razón tiene Viljar, los mecánicos

se dejan la faena bien preparada. Para que el cliente vuelva a aparecer pronto por la puerta.

No, Igoriok es un tipo legal, merece un respeto. Lo único, puto carajo, es lo del pago. No voy a pagarle el precio del pescado cuando aún ni ha salido de pesca. ¿Adónde iba, por cierto? Ah, sí, ya, al lago Peipus. Entre ida y vuelta, el Niva traga un huevo. Y para parchear el Niva hacen falta materiales. No pondrás bozal al buey mientras trilla. Independientemente del régimen político. El coche de un mecánico tiene que estar siempre impecable. No hay zapatero descalzo.

Estuve rumiando sobre el dinero para ir a Bulgaria, de dónde sacarlo.

“Julia, no tenemos dinero para lo de Bulgaria.”

“Ya lo sabía. Lo supe en cuanto fuimos a lo de Igor. Que en eso se te irían todos los ahorros. Estaba claro.”

Rumié en silencio. Qué fuerte. Como si no le hubiese dado a Julia todo lo que tenía. Eso y todavía más. Cada vez más presión para ganar pasta.

“Pero en Bulgaria está todo pagado. Todo incluido en el precio, milady.”

“Igual que aquí. Milady, a santo de qué. Mejor estate calladito.”

A duras penas conseguí acabar varios encargos. Con suerte igual me entraban en cuenta unas perras antes del viaje o durante el viaje. De los nervios. Dejar cosas a mitad. No quiero. Quiero tranquilidad, la conciencia limpia. Vacaciones, descansar. No quiero seguir aplazando trabajos atrasados. Seguiría dándoles vueltas. No podría beber en paz. Cuantos más días pasan, más cuenta me doy de que acabarlo todo es imposible. Todos los artículos. La traducción. Por no hablar de los textos que me había prometido a mí mismo. No quiero llevarme el ordenador, estar machacando teclas en el hotel. Julia lo odia. Había que descansar. El ordenador no me lo llevo, significa nervios. Qué jodienda de vacaciones. Los últimos días me los he pasado enteros de los nervios. ¿Por qué? ¿Por mi relación? ¿Por la salud? Respiro mal todo el rato. ¿Me falta el aliento porque mi relación

se va a tomar por culo o mi relación se va a tomar por culo porque me falta el aliento? Julia no soporta que le den la paliza con movidas feas de salud, que se le quejen. Nadie lo soporta. Para qué lloriqueas y te quejas. Pues eso.

No habíamos comprado el viaje. Era el premio de un sorteo. Un vale para una escapada, modesta. Aparte de Bulgaria no había nada más donde elegir, para dos personas. A menos que quisiéramos pagar la diferencia. Había que meterlo todo en el precio. Hubo que conformarse con lo barato. Bebemos mucho de todos modos, qué más da. La cuenta del bar saldrá más cara. Regalo de Tiit. Tiit se ríe cuando oye que es Bulgaria. Que a otro sitio dos personas no podemos ir. Y sin Julia yo no me voy. Solo, tal vez a Nepal. A un lugar bello. Para contemplar siete ochomiles nevados desde Katmandú. Una repugnante boina de gases tóxicos entre ciudad y ciudad. Infierno y paraíso.

¿Y en Bulgaria, qué? ¿El infierno y el paraíso? En cierto modo. Si estoy con Julia, el infierno y el paraíso. No hace falta que me vaya a Nepal. ¿Tienes idea de cuántos ochomiles caben en Julia? Es brutal. Le daba vueltas para quitarle hierro. No me gasto nada en mí mismo. Un regalo para Julia. Un collar para la amada. Qué pasa, si al final resulta ser el regalo de separación. Un hombre bueno y justo. Pero solo para mí mismo. Por desgracia. Lo de Bulgaria lo habíamos reservado en invierno, con medio año de antelación. Julia estuvo hurgando en internet. A ver qué había. Estábamos sin pasta, ni un céntimo. Y era la mejor oferta. Habría habido que pagar más. Nadie iba a poner más dinero. Evitaba cualquier movimiento para no dar oportunidades. La separación me acechaba. Me fui complicando la existencia. Cada vez más, apretando al máximo. Hasta dónde pretendía llegar, ni yo mismo lo sé. A la separación definitiva. Ya la había pospuesto demasiado. Separarme no quería. Yo no era fuerte. Julia sí. Y yo lo sabía.

“Bulgaria. Va, Bulgaria” decidí ese invierno. “No he ido nunca. Pero solo tiene sentido si conseguimos entendernos.

Con trifulcas, un tormento. En una habitación de hotel no hay escapatoria. Y coger otra habitación está descartado.”

Me había pasado ya una vez. Que la mujer se me fugara en un viaje. En Praga, en Liverpool, en Grecia, en París. Y luego vete detrás de ella, como cuando se te escapa un animal de compañía. Calientate la cabeza con si la ha descuartizado un lobo o si a la susodicha se la ha tragado la tierra.

Igual este asunto nos benefició. Estuvimos medio año sin discutir gran cosa. De otro modo habríamos suspendido lo de Bulgaria. Habría tirado los billetes a la basura. O me habría ido yo solo en avión.

Ya no quedaba nada bueno. Hacía siglos que ya no vivíamos como pareja. Julia no lo encuentra aceptable, es impensable para ella. ¿Que cómo vivíamos? Como compañeros de cuarto en un campamento deportivo. Alojados en una residencia de estudiantes. El piso de Julia había sido en tiempos un cuarto del pensionado para ferroviarios.

Por fortuna no hubo necesidad de salir muy temprano. Estuve paseándome entre la cocina y el baño, con una camiseta estirada y unos calzoncillos deformes del mercadito de la estación del Báltico.

Me sentaba en el retrete, gemía. Sabía que Julia no soporta la ropa interior tan ancha ni tampoco los suspiros en el baño. Julia es elegante y discreta. Cuando uno está en el wáter no se puede oír nada. Da igual si es un cuesco discreto o el chorro del vómito contra la taza.

He llegado a la conclusión de que para la cadera de quienes soportamos dolores de estómago, de próstata y neuralgias varias, la ropa interior rusa de lana de la talla 7XL, que te cubre hasta el pecho y la mitad de la rodilla, es la mejor. No tienes el raíl de tranvía de la goma comprimiéndote el estómago y te queda un hueco entre las piernas, las bolas tienen aire.

¿Agredía a Julia con mi presencia zarrapastrosa y primitiva? No le gusto de todos modos. Y vamos, no voy a esforzarme

ahora por gustarle. Qué sentido tiene acicalarme y tirar la casa por la ventana una noche, con tal de echar un polvo después de medio año. Si luego vamos a estar otro medio sin hacerlo. Si luego no dejamos de fulminarnos con la mirada. Tremendo deseo de revancha. Ni pizca de sentido. O puede que pese a todo sí. Individuación y escapada en la crisis de la mediana edad, vestido con calzoncillos del mercadito de la estación del Báltico. Gimoteos de llorica. De quejica llorón.

Cuando la crisis se me pase será un alivio. ¿Y luego? Luego, pues habrá eso. Nada, nadie, ningún sitio adonde ir.

“Julia, ¿qué quieres que me ponga? ¿Quieres elegir la ropa? Si vamos a salir juntos por ahí.”

Julia se estaba maquillando al otro lado del banco de la cocina. “Me da igual.”

Julia no habla mientras se está maqueando. No se la puede interrumpir. No se le puede hablar. Todavía peor si se está maquillando y vas por detrás y le acaricias la espalda. Una vez cometí ese error. La raya del párpado salió torcida, el rímel se le corrió todo. De un Van Dyck salió un Picasso. Imperdonable.

“Me pondré los pantalones cortos. Podrás soportar mis piernas peludas y curvadas. ¿Podrás? La curva de la polla no se puede cambiar. Es un caso perdido. Qué voy a ocultar ahora.”

“Te he dicho que me da lo mismo.”

“Pues nada, la camiseta un poco más atrevida pero encima la chaqueta grande, porque le caben dentro varias cervezas” dialogué conmigo mismo. No esperaba ninguna respuesta, ni desde luego la obtuve. ¿Por qué nos marchamos, si la cosa está como está? ¿Para que mejore o tal vez acabe de joderse, para salir al menos del círculo vicioso y pasar página? Da igual qué venga luego. Ya nos enteraremos. ¿Nos marchamos para separarnos? Algo es seguro, salimos de casa. ¿Ahí dentro, con tanta rutina, no sabemos cómo? No hay valor. Para romper con la rutina.

Julia tiene su piso y yo mi estudio. Vivimos en el estudio o en el piso y si la bronca es monumental separados. Todo bien.

Valor no le falta a Julia. Para echarme a la calle. El piso de Julia es suyo y solo suyo. Yo me tengo que ir cada vez. Si se me

ordena. De mi estudio Julia se va cuando se rebota y le da por ahí. A menudo. La vida me lo ha enseñado.

A Julia le es difícil decir vete, vete y no vuelvas. No hay que ser mala gente. Tiene autocontrol, consigue dominarse. Puede que acabe pasando. Una metedura de pata fatal, ojalá. Con una tercera persona o no sé, como sea. Algo que la cabree lo suficiente, que provoque la separación. ¿Lo estamos buscando? Un poco como en la gallinita ciega. Asómate, mira si hay alguien ahí fuera, si hay alguien en el jardín buscas un hueco y zas, te la metes en casa. O a una tercera. A una cuarta, a una quinta. Va de metértela en el dormitorio. Cualquiera sirve para eso.

¿Buscamos la desgracia que nos ayude a salir de la desgracia? Pues sí, seguramente. Ninguno de los dos tiene ni idea en qué acabará esto. Nos iremos enterando. Un poco como cuando vas de caza. Saber a quién cazar. A uno mismo.

Estaba vestido y como no se me ocurría otra cosa me tumbé con la cerveza en la mano. Julia se asomó a la puerta y se quedó mirando un buen rato. No estaría mal ir preparándose, ¿no?, en vez de estar ahí despatarrados. Al final tuve que preguntarle, “¿qué pasa?”. Julia se marchó a la cocina. Iba diciendo algo. Hablando por teléfono.

Fui de puntillas a la cocina. No quería malos rollos. Pero era absurdo ir y decírselo así, venga, vamos a poner de nuestra parte para que no haya malos rollos. Debería ser capaz de crear yo el buen rollo, sin involucrarte a ti para nada. ¿Pero cómo?

Me bebí la mitad del botellín de cerveza de un trago, abrí la puerta de la nevera. Tres botellines. Miré la hora en el reloj de la cocina. Me da tiempo a atizarme otra. ¿Me cojo una de las que quedan para el taxi? No la cojo. No me apetece tener que esconder una botella. No me apetece tenerla con el taxista. Aunque tampoco me apetece estar sobrio en el aeropuerto.

“Te oído al teléfono antes. ¿Has llamado un taxi?”

“Sí.”

“Demasiado pronto. ¿Qué vamos a hacer allí esperando tanto rato?”

“Quiero ir con calma.”

“¿Cuándo llegará?”

“En diez minutos.”

Hay tiempo de acabarse las cervezas.

“¿Qué te dijo el taxista, del precio?”

“Cinco cincuenta.”

“¿Tienes suelto?”

“No.”

El día anterior había sacado un billete de cinco del cajero. Pensé que hasta al aeropuerto no me llevarían más. En ciudad te cobran cinco por viaje. O menos. Pero es igual, siempre se dan cinco euros. No me acordaba de cuánto costaba antes la carrera al aeropuerto. No quería tener euros en el bolsillo. En Bulgaria hay levas. Cambié trescientas levas, doscientos euros o así. O igual cuatrocientas. Más o menos un dos por uno. No habrá nada que comprar. Me imagino. Comida y bebida no hacen falta, baratijas no quiero. Y aun así me escarbé en el bolsillo, rasqué toda la calderilla que llevaba y la guardé en la hucha de la salita.

Fui a la salita, me acerqué al alféizar de la ventana y cogí la hucha de piel. No pesaba apenas. La sacudí. Nada de ruido. La abrí. Vacía.

“Iba metiendo céntimos sueltos, muy de vez en cuando. Un buen puñado. Varios euros.”

“Ya lo sé. Fui a comprar. No quedaba dinero. Los cogí.”

“No daba para lujos. ¿Qué compraste?”

“No me acuerdo. Cava.”

“Puede ser. ¿Tienes céntimos? Yo tengo cinco euros.”

“No.”

“¿Nada de nada?”

“Voy a mirar.”

Julia fue al recibidor y rebuscó en su bolso: “Aquí no hay céntimos.”

“Hay que decirle al taxista que pare en un cajero.”

“En el aeropuerto hay.”

“Dentro. Y el taxi esperando, el taxímetro en marcha.”

No pillaba lo que estaba pasando. No era la cogorza, ni la excitación, ni el comecome de los nervios en el estómago.

Joan Madou fue a París con Raszinsky para separarse. Una separación en París no está al alcance de todos. Hay separaciones en Bulgaria. Una vez fui a París persiguiendo a una mujer que al llegar a París me dijo que quería separarse. Movidas parisinas. Igual me lo pienso mejor.

PRESTO

Pagué al taxista y esperé a que me diera el cambio. El taxista lo intuyó. Rápido, qué nervios. Seleccionó la calderilla despacio. Cuatro y medio. La vuelta de diez. Yo estaba idiota perdido. Embotado. Sé hacer mejor las cosas. Seguí esperando con toda mi cabezonería, sin inmutarme. Amigo taxista, no me la darás con queso. Ya lo decís los rusos, nadie enseña a follar a su viejo.

“Julia, ¿puedes traerme un carrito? ¿O lo traigo yo?”

“Ya lo traigo yo.”

Dejé que el taxista me sacara las bolsas del maletero. Un inútil rematado, ya digo. Un puto desastre. Solo tuve que empujar las bolsas para auparlas de la calzada a la acera. A Julia no se la veía. Vi la fila de carritos al otro lado de la calle, pegada a la pared. Los carritos ahí al lado y Julia desaparecida. ¿En los lavabos? Qué más daba. Yo de aquí no me muevo.

Julia llegó con el carrito, igual lo había conseguido dentro sin necesidad de moneda, por el olvido de alguien. Venía con la cabeza baja, tercamente concentrada en el suelo. No me dijo ni palabra. Pues vale, no importaba. Agarré las maletas y las puse en el carro. El armatoste negro abajo, la maleta más limpia de Julia arriba.

“¿Hiciste el check-in en casa?”

“No.”

“Pues habrá que hacerlo en la sala de ordenadores. La última vez nos lo pidieron.”

“No sé para qué. Ya lo harán ellos, cuando entreguemos las maletas”. La respuesta le salió cortante, brusca.

Miré de reojo a Julia. No me atreví a seguir interrogándola, por no liar más el tema y empeorarlo. Julia no soporta los interrogatorios. Julia de pie, parada en mitad del hall. Lágrimas en los ojos, brotando como ríos. Un pañuelo de papel arrugado en la mano.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



MEELIS FRIEDENTHAL

(1973)

Abejas

Novela sobre la soledad del alma humana y el mal de la melancolía en el siglo XVII. La acción se desarrolla en una ciudad universitaria de la Europa del Barroco, donde todos los sonidos y los olores, la humedad y la oscuridad se perciben con una intensidad física. La novela fue distinguida con el Premio de Literatura de la Unión Europea en el año 2013.

Traducciones: albanés, búlgaro, checo, croata, danés, holandés, húngaro, inglés, italiano, letón, lituano, macedonio, noruego, serbio

Meelis Friedenthal

“Abejas”

Mesilased, Varrak 2012, 211 p.

páginas 3–12

Llovía sin parar. La lluvia había podrido las cosechas en los campos, enmohecido las paredes de madera de las casas, embebido de algas y humedad las cubiertas de los barcos. Laurentius, que en los últimos meses solo había comido pan picado y vivido en casas putrefactas de mohos, llevaba además una semana tapándose con una manta húmeda. La bilis negra se iba acumulando dentro de él igual que la hojarasca se acumula en torno a la estaca clavada en mitad de un río. Abandonó por fin la barca, que se balanceó más con ese saltito, y pisó por fin el muelle, sus viscosas tablas clavadas sobre varios pilones hincados en el limo del fondo. Con la cara llena de salpicaduras por culpa del viento, que soplaba en ráfagas racheadas desde un cielo bajo, trató de comprender qué tierra era aquella, la razón de haber venido hasta aquí por voluntad propia. La lista de arena visible en la orilla, llana y blanca y punteada aquí y allá por los plumeros de juncos, las nubes grises e indistintas: todo le recordaba mucho a otro puerto, aquel desde el que había zarpado. El mástil del buque correo se elevaba idéntico contra el gris del cielo y las colgaduras de lienzo sujetas sobre él también parecían idénticas, igual de grises y feas que en el lugar donde había iniciado su viaje. Al lado de un largo puente que se extendía en dirección al mar podía distinguirse un malecón, medio soterrado ya bajo el agua embarrada, y agazapada sobre él una vieja garita de vigilancia que debía de llevar bastante tiempo sin utilizarse. En todos los puertos había edificios así de ruinosos y esa imagen,

pese a ser desoladora, infundió en Laurentius una difusa sensación de seguridad. También aquí se remodelaban los puertos y se hacían reformas de ampliación para que cupieran barcos de mayor tamaño, también aquí se abandonaban las garitas de los vigilantes.

Suspiró y toqueteó nervioso el paño chorreante, intentando tapar mejor la jaula.

No tuvo que esforzarse en exceso para reunir sus bártulos —un arcón hecho de tablas de roble aseguradas con clavos le había bastado para acomodar todo lo que juzgaba imprescindible para la vida académica—. Ahora ese equipaje estaba en la aduana, junto con el resto de las mercancías que habían viajado en la bodega, aunque seguramente podría recuperarlo esta misma noche. La carga del barco, incluidos los equipajes de los pasajeros, era sometida a un registro minucioso para consignar en un formulario cualquier bien sujeto al pago de aranceles. A decir verdad no estaba preocupado por eso, pues no llevaba nada de valor. Los libros que había seleccionado eran pocos y contaban con una autorización oficial; medicamentos, había cogido los mínimos. La jaula de la cotorra era otro cantar, un quebradero de cabeza. Antes de emprender el viaje ya se lo habían advertido, que el transporte de aves podía no resultarle fácil, e incluso podían acabar dándose circunstancias que abocaran al animal a un destino funesto. Pero tampoco quería renunciar a la compañía de su amiga y optó por asumir el riesgo. En estos momentos su mayor preocupación era resguardarla del frío, encontrarle cobijo en un sitio caldeado.

Laurentius se enjugó el agua de lluvia que rezumaba y le entraba en los ojos, desafiando el ala ancha de su sombrero, echó un vistazo a su reloj de bolsillo por encima de la solapa del abrigo y buscó con la mirada a alguien que pudiese guiarlo hasta una taberna y tal vez más tarde a la aduana para recobrar el arcón. La jaula no se atrevía a confiársela a nadie. Era necesario que actuar rápido, las carreteras ya estaban en bastante malas condiciones y bajo ningún concepto deseaba

demorar más la siguiente etapa del viaje, que debía llevarlo más allá de los confines de esta ciudad. Los chaparrones otoñales, cada vez más frecuentes y más virulentos, iban reblandeciendo el firme de los caminos ya de por sí llenos de baches, haciéndolos progresivamente intransitables. El aire se iba embebiendo lentamente de hielo. La cotorra podía resfriarse. Tenía que encontrar de inmediato un carricoche o una vagoneta que hiciera la ruta hasta Tartu.

“¡Eh, oye!”

En el muelle calado de lluvia había varias personas desperdigadas, curiosos que habían acudido para ver atracar los barcos a pesar de la horrenda meteorología. No debían de albergar apenas esperanzas de ser contratados, por eso no reaccionaron al principio a los gritos de Laurentius.

Unos marineros descargaron los bultos y los depositaron en la aduana, tras lo cual varios porteadores, hombres a sueldo de los mercaderes, se pusieron manos a la obra. Con la negligencia que engendra el hastío fueron subiendo a los carros baúles escurridizos y sacas caladas. Mientras, los funcionarios iban marcando las mercancías.

Laurentius volvió a vocear.

“¡Eh, tú, el de ahí, oye!”

Cuando advirtió que uno de los mirones, que iba vestido con un tabardo delgado y raído, levantaba la vista y lo observaba distraído, Laurentius agitó el brazo para llamar su atención, pensando que tal vez el tipo no entendía su lengua. El hombre en cuestión parecía un personaje de los que había visto en Holanda, en los cuadros de ciertos oscuros artistas del medievo: por debajo del sombrero de fieltro aplanado, hecho un higo, asomaban unos pelos de color indeterminado como si fueran los soldados de un regimiento; tenía la nariz tumefacta y enrojecida, y por debajo de los rastros de barba rala se adivinaba una mandíbula desfigurada por las cicatrices de alguna plaga. Laurentius tuvo la sensación de que al hombre le hubiese venido como anillo al dedo llevar colgado del cuello el cartel “Degradación”. En todos los puertos había gente así

merodeando. Por lo general uno no se equivocaba tomando sobre ellos decisiones instintivas, basadas en el aspecto físico. Ahora bien, esos mismos sujetos siempre contaban con información valiosa sobre las mejores fondas y posadas de la ciudad, así que podían resultar muy útiles. Timadores había siempre, eso desde luego; se trataba de procurar que lo timasen a uno menos, en vez de más.

“Llévame a una fonda decente” solicitó Laurentius, lacónico y muy pendiente a la vez de los movimientos del hombre, que había echado a andar sin decir ni una palabra. Ojalá, por lo menos, entendiese su lengua —o por lo menos alcanzase a conjeturar el significado de sus palabras—.

Laurentius levantó la jaula con tiento, se la apretó contra el pecho y fue tras los pasos del hombre, que ya se encaminaba a la ciudad. El ave, desasosegada, no paraba de lanzar chillidos.

“Chitón, Clodia, va, cállate.”

Siguieron avanzando y adentrándose en una tiniebla que se tupía por momentos. Laurentius hacía lo posible por evitar que la jaula se le columpiase demasiado. Las murallas de la ciudad, rectas y gruesas, hechas de recios sillares, se dibujaban amenazadoras contra el fondo del cielo al lado de los redondos torreones de las fortalezas medievales y cuatro altas iglesias, mientras que a los edificios más bajos se los iba tragando una niebla pegajosa enmarañada de nubarrones. El hombre que lo iba guiando parecía saber perfectamente cuál era su destino final y avivó súbitamente el ritmo de la marcha. En su interior, por el contrario, se desperezaba con fuerzas renovadas el antiguo mal. Esta humedad, que se cernía pertinaz sobre la ciudad y todo lo envolvía, le provocaba un malestar que no recordaba haber sentido en los últimos años. El exceso de bilis negra que fermentaba en sus tripas solía trastornarle el cuerpo a finales del invierno, le causaba flojera e insomnio, aunque aquel verano las lluvias habían empezado a caer antes, hacia San Juan, de modo que ese tumulto incesante llevaba muchos meses ya adherido a sus tripas, a su corazón y a su cerebro como un sudario. Casi acababa de poner los pies en tierra

firme y ahora, cuando caminaba por fin sobre los adoquines lisos y bruñidos por el roce de pisadas, el efecto se sumaba al bamboleo del barco y lo hacía sentir una urgencia, la necesidad de apretar el paso para dejar atrás el lodazal. Cada paso que daba era una lucha.

“Eh” musitó entre sí. “Un poquito más.”

Escrutó la espalda encorvada y andrajosa que lo precedía y pensó que acaso debería mandar a otra persona a recuperar su arcón. Los individuos así, pescados al azar en los muelles del puerto, eran una fuente asidua de complicaciones. Probablemente el posadero pudiera ayudarlo. Se concentró tratando de recordar qué monedas circulaban en Tallin, las respuestas de los distintos pasajeros a los que consultó a bordo, aunque al final concluyó que seguramente no iba a conseguir de momento ningún informe del todo fiable. *Ars apodemica*, un tratado sobre el arte de viajar, omitía casi cualquier pormenor referido a Estonia y a Livonia —más bien contenía directrices generales acerca de qué tener especialmente en cuenta y cómo evaluar el entorno con lucidez—. La descripción de las ciudades y los paisajes de estas latitudes estaba completamente ausente en los escritos apodémicos: por afición se viaja a otros lugares, al sur. A sitios con cultura e historia. Por mucho que lo intentara no conseguía rememorar ningún dato concreto. Tenía la cabeza embotada.

“En fin” se dijo Laurentius al final, resignado. “Con la sexta parte de un öre debería tener suficiente.”

Rodeados ya de una oscuridad profunda, se detuvieron al final bajo una farola amarilla que les reveló la visión inesperada de una fonda de aspecto aseado, situada a escasa distancia de las puertas de la muralla. El hombre alargó el brazo y extendió hacia él la mano. Laurentius depositó en ella una monedita que había estado buscando a escondidas en su bolsillo y hurtó la mirada. El hombre reconoció al instante el dinero que le había dado y esbozó una sonrisa amplia.

“Maldita sea” pensó Laurentius. “Le he dado demasiado.”

Empujó la jaula para encajarla por el hueco de la puerta.

“¿Desea alguna cosa más?” inquirió el tipo zarrapastroso, en un alemán muy correcto que lo sorprendió.

Laurentius vaciló. Esperó ansioso a que el hombre hiciera por fin ademán de marcharse: si un tipo se te pega y no te suelta, a buen seguro será un maleante, lo tenía comprobado.

“Tengo que ir a Tartu” dijo, sorprendiéndose a sí mismo. “Y lo más de prisa posible.”

Ya mandaría a otra persona a recoger el arcón, pero no había nada malo en explorar un poco el camino. En algún momento debían de pasar por allí coches de caballos, y en el barco le habían dicho que un grupo hacía la ruta hasta Tartu casi semanalmente. Incluso le habían mostrado sobre el mapa dos itinerarios distintos —ambos requerían varios días de viaje, dependiendo de las condiciones de los caminos puede que más—.

El hombre le echó otra ojeada a la jaula de la cotorra y se retiró con una reverencia en la que Laurentius leyó cierta sorna.

Se encogió de hombros, transportó la jaula hasta la mesa más cercana a la lumbre de la chimenea, quitó de encima el paño húmedo y observó cómo la cotorra se acomodaba en la percha.

“Dime, Clodia, ¿estás preparada para otro viaje?”

El calor que irradiaban las brasas tuvo un efecto benéfico en él, sanó su mal humor además del cuerpo aterido de la cotorra. Reunió un puñado de semillas que tenía guardadas dentro de un papel en el bolsillo y las esparció por el fondo de la jaula. Como no tenía claro que en estas regiones se pudieran conseguir semillas de girasol, se las había traído. Como de costumbre, se arremolinaron en torno a la jaula todos los ociosos del local y se pusieron a contemplar el colorido espectáculo del pájaro.

“¿De dónde procede?”

“¿Qué come?”

“¿Y también canta?”

Laurentius daba explicaciones. No había duda de que, por un lado, haber traído consigo a la cotorra era engorroso e incómodo —no solo para el propio Laurentius sino para ella, que estaba

sufriendo lo suyo, puede que más—, pero por otro lado era estupendo tenerla porque le servía para entablar relaciones con otras personas. Clodia le había sido de gran ayuda en el barco.

“¿Es usted estudiante, verdad?” preguntó alguien que se estaba levantando de la mesa.

“Sí” respondió Laurentius. Le daba la impresión de que el hombre llevaba bastante rato observándolo con fijeza. Él percibía estas cosas con gran agudeza, sabía mantener los ojos bien clavados al suelo para no acabar respondiendo sin querer a las miradas de cualquier cotilla que le saliera al paso. Lo había entendido muy pronto, de adolescente: son situaciones que al final siempre se lían. Al principio la gente desconfía de él, luego el interlocutor se esconde los dedos detrás de la espalda y los cruza mientras le habla, dobla la esquina de la calle y vuelve sobre sus pasos, lo esquiva del todo. Por eso lo más seguro es bajar los ojos y no despegarlos del suelo.

“Pues yo no le recomendaría a usted ir a Tartu precisamente ahora.”

Por debajo de la pátina de cortesía del hombre rezumaba la ironía. El tuteo que se gastaba también lo fastidió un poco.

“¿Y eso?” trató de objetar Laurentius. En el fondo conocía a la perfección los argumentos que podían disuadirlo de hacer un viaje a Tartu.

“Malos tiempos. Para empezar, los catedráticos se toman sus obligaciones con mucha lasitud en estos momentos. El verano ha sido lluvioso, no se puede evitar el hambre, los precios suben.”

“Es así en todas partes.”

Laurentius calibró con un veloz vistazo a aquel hombre, su pose imponente y un poco despectiva, y del corto espadín que llevaba colgando del cinto dedujo que debía de tratarse de un aristócrata. Era lo más probable. Había oído rumores acerca de la gente de su clase; por lo visto Tartu les resultaba particularmente antipático, a saber por qué.

“Pues precisamente tengo beca para Tartu.”

“Ah” repuso el hombre, batiendo la mano en el aire.

Laurentius abrió la puerta de la jaula con cuidado y tomó a la cotorra entre los dedos. El animal lo conocía bien y captaba sus estados de ánimo, del mismo modo que él contaba con la seguridad que le aportaba el comportamiento de Claudia y su presencia. Con su respaldo amistoso y sus consejos.

El pájaro se acomodó en una graciosa postura sobre la mano de Laurentius, cubierta de pellejos apergaminados, endurecidos por las tinturas y los ungüentos, y se puso a picotearle con mimo la uña del un dedo. Los mirones se retiraron un poco, como si temiesen que el pájaro pudiera atacarlos en cualquier momento. Casi se diría que había sacado de la jaula a un demonio diminuto. Laurentius le hizo una tierna caricia y sintió el calor de su cuerpo en la mano —la sangre escondida debajo de las plumas y la piel y la vida que fluía por debajo—. Llevaba cuidando a aquel pájaro mucho tiempo, tanto que no se recordaba sin él. Siempre había padecido por culpa de la bilis negra, que se acumulaba en exceso en su organismo, y por eso su padrino, el pastor Theodus, le había regalado la cotorra. Era una idea que había tomado prestada de Plutarco, que en el Banquete de los Siete Sabios mencionó a las aves como un remedio eficaz para combatir el mal que afligía a Laurentius. El gorjeo sanguíneo del ave y su alegría lograban en efecto equilibrar el humor de Laurentius y lo ayudaban a enfrentarse mejor a la enfermedad. También había que alabarla por lo bien que había resistido los chaparrones del verano anterior.

“Este animal no sobrevivirá si lo metes en un viaje a Tartu” aseguró el aristócrata, poco dispuesto a hacer concesiones.

“Supongo que haría falta encontrar un carronato cerrado que saliera para Tartu lo antes posible. Hacer el trayecto a pie lo he descartado desde el principio.” confesó Laurentius.

Era muy consciente de que la mayor parte de los estudiantes viajaban a pie y de que solo unos pocos se permitían el lujo de pagarse un coche de caballos, aunque dadas las circunstancias actuales, esa parecía ser la mejor solución.

El hombre del espadín lo miró directo a los ojos y e hizo una mueca de desdén.

Laurentius, por su parte, apartó raudo la cabeza y miró hacia otro lado, soltó una carcajada y acarició con ternura a Claudia. “Ya la tengo diez años, sé lo que puede aguantar y lo que no. El frío lo soporta muy bien.”

“Pues no se ponga en camino en compañía de cualquiera, en estos tiempos locos lo pueden asaltar fácilmente y robarle.”

“Ya lo sé. Tampoco pueden quitarme mucho.”

El reloj de bolsillo con incrustaciones que llevaba escondido prefirió no sacarlo a colación. Aquel objeto refinado y bastante caro se lo había regalado también su padrino Theodus y era una pieza única, hecha por un artesano inglés.

“Yo le quitaría el abrigo, y al sombrero no le haría ascos. En cuanto a la vida, siempre es posible quitarla.”

En el timbre de voz del hombre no se advertía amenaza alguna, más bien estaba haciendo una constatación de índole práctica. Tal vez le hubieran robado el sombrero en algún momento y lo hubieran dejado tirado en la cuneta de algún camino, medio muerto. La vida es frágil y se aferra al cuerpo como un milagro, como los pájaros al cielo, como las estrellas a la infinita esfera supralunar.

Laurentius trató de dar a su discurso un tono doctoral. “Si desde el principio no me pertenece, nadie puede quitármela.”

“¿También ha estudiado usted en otros lugares?”

Laurentius asintió.

“Pues en Tartu se las tendrá que ver con una panda de cuidado. Allí van a juntarse los peores calaveras y borrachines del estado sueco. Y ojo, que a los suecos se los conoce por su afición a la bebida.”

Al oír aquello, Laurentius frunció el ceño. Aquel diálogo empezaba a resultarle molesto y se puso a mirar a su alrededor en nerviosos círculos, como si explorase la estancia. Dónde se habría metido el patrón para alquilarle un cuarto esa noche, para pedirle que averiguara en su nombre la manera de llegar hasta Tartu. No tenía ninguna gana de empezar a discutir

ahora, con un completo desconocido además, los detalles de su formación académica y de su futuro.

Aun así no pudo pasar por alto la crítica que acaba de oír. “¿Habla usted por experiencia propia?”

El hombre se rio con franqueza y se sentó al lado de Laurentius. “En cierto sentido tiene usted razón, desde luego. No es asunto mío. Pero salta a la vista que usted no es sueco. ¿Cuál es su procedencia?”

Laurentius empalideció y se apartó instintivamente. Por supuesto que llevaba razón. Es violento que lo aborden así a uno y lo interroguen sobre temas comprometidos. Las guías de viajes recomendaban expresamente evitar tales coyunturas. “Discúlpeme. En ningún momento he pretendido ser grosero.”

“Disculpas aceptadas.”

“A pesar de todo me gustaría hacer el viaje a Tartu lo antes posible. Las condiciones de las calzadas empeoran cada día que pasa y según mis cálculos no tardaré menos de una semana en llegar”. Laurentius maniobró con el brazo, extendiéndolo hacia la pequeña jaula, y la cotorra, dócil, se encaramó de un salto a la percha.

“¿Dónde está el patrón del local?”

“Yo soy el propietario” declaró el hombre del espadín. “El posadero se ha marchado al centro para hacer unos recados.”

“¿El propietario?”

“Oiga, ¿por qué está usted tan empeñado en ir a Tartu?” insistió el aristócrata, que no cejaba. Parecía estar ya bastante achispado y que ese estado otorgaba a su voz un tono de jovial arrogancia. A Laurentius todo aquello lo incomodaba. “¿No estará usted metido en algún lío? En Tartu suelen terminar quienes no consiguen que los admitan en otro lado, aparte de los que no tienen dinero. Usted no parece estar en ninguna de ambas categorías.”

“Tartu pasa por ser una ciudad plenamente consagrada a las musas.”

“O sea, ¿va allí para cultivar el espíritu? Aunque en fin, basta, no voy a escarbar más en sus secretos.”

“¿Qué quiere decir?”

“Le vaticino muy pocas oportunidades de cultivar el espíritu durante este otoño y el invierno próximo. Y por el contrario bastantes experiencias que nada tendrán que ver con ese objetivo, por supuesto.”

Laurentius se levantó del asiento y empezó a pasear en círculos por la estancia, se sacó el reloj del bolsillo y le echó una ojeada fugaz. No tardó en arrepentirse de haberse sacado el reloj en un sitio público, pero ya no había marcha atrás. Con movimientos algo torpes se lo volvió a meter en la faltriquera.

“Hala, ya está” murmuró para sus adentros.

Aún tenía un ratito para pasearse con calma por el centro de la ciudad. Era llamativo que aquel hombre se empeñara en no entender algo obvio, que después de haber venido hasta Estonia, él no iba a cambiar sus planes en función de los comentarios intercambiados en una hospedería. Semejante táctica, echarse atrás por miedo, era propia de gallinas, gente sin respeto por la disciplina intelectual. Él tenía ese respeto. Era necesario tenerlo.

“Sintiéndolo mucho, me veo obligado a marcharme. Mis disculpas.”

“De acuerdo, váyase. Pero le advierto de que acabará lamentando esta decisión.”

“¿Puedo dejar aquí la jaula?”

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



ANDREI HVOSTOV

(1963)

La pasión de Sillamäe

Memorias de infancia con un toque insólito, al estar ambientadas en una ciudad étnicamente dividida que fue además centro neurálgico de la industria militar de la URSS. Una ciudad clasificada que no existía oficialmente. Un libro con abundante testosterona: los vaqueros, el sexo, el vodka y el rock and roll siguen siendo importantes, incluso si uno crece en una ciudad soviética chiquita y excéntrica.

Traducciones: finés, ruso

Andrei Hvostov

“La pasión de Sillamäe”

Sillamäe passioon. Petrone Print 2011, 304 p.
páginas 7–16 y 49–59

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

A veces me entran ganas de meter a mi hijo en la máquina del tiempo y de llevármelo a observar mi juventud y mi infancia. En ocasiones este deseo ha llegado a ser muy fuerte, porque —es curioso confesarlo ante mí mismo— mi hijo no sabe quién soy. Me parece que se trata de una mala tradición: yo también tengo más o menos claro el árbol genealógico materno, cuyas raíces estonias, humildes y rurales, se hunden en la tierra de la sureña región de Võru, y por el contrario, sé notablemente poco acerca de la familia paterna —esta procede de más allá del lago Baikal, de una aldea de cosacos que dista cien kilómetros tanto de la frontera de China como de la de Mongolia. Yo no he ido nunca. Solo puedo basarme en relatos entrecortados, en ciertas suposiciones y en vagas conjeturas.

Conozco incomparablemente mejor el mundo de mi madre que el mundo de mi padre, y ahora se repite la misma historia con mi hijo—él ha estado, es cierto, un par de veces conmigo en mi ciudad natal, Sillamäe²⁸, pero esta ciudad sigue resultándole incomprensible, y sus habitantes son para él gente remota—. En el fondo de mi alma tengo la sospecha, o no, la convicción, de que no acaba de entender el vínculo con sus parientes de allí.

Ojalá yo mismo lo entendiese.

Los silencios relativos a estos vínculos familiares vienen a añadirse a las dificultades para comprender de dónde vengo. La época soviética, que en lenguaje más coloquial la gente llama “la época rusa”, es un fenómeno muy misterioso e inconcebible para la generación a la que yo llamo “de los niños de la república libre”. Ellos son personas cuya autoconsciencia se despertó ya en la era postsoviética.

Justo por esta razón he ideado este truco de la máquina del tiempo. Mi hijo y yo vamos a dar un gran salto, digamos que treinta años atrás.

Si queremos realizar este viaje a los lejanos años ochenta, en primer lugar hay que esforzarse mucho por pasar inadvertidos. Es sumamente importante confundirse con la masa que nos rodea. No podemos llamar la atención de ningún agente del

²⁸ Ciudad del noreste de Estonia, situada en el condado de Ida-Viru (Viru oriental). Durante el siglo XIX adquirió gran fama como enclave turístico y atrajo a muchos veraneantes y artistas de Rusia, del Báltico y de Escandinavia. Más tarde se industrializó rápidamente para desarrollar una actividad productiva que se centró en un principio en el tratamiento de la pizarra bituminosa y en la generación de energía eléctrica. Después de la guerra, el descubrimiento de uranio en la zona supuso un punto de inflexión en la historia de la ciudad, que fue una de las dos “ciudades cerradas” de Estonia (la otra era Paldiski): desapareció de los mapas oficiales, quedó dedicada por entero a la actividad militar (relacionada en este caso con la energía atómica) y sus habitantes tenían prohibido relacionarse normalmente con gente forastera. Se dice que la primera bomba atómica soviética fue construida con uranio extraído en Sillamäe. Hvostov dedica el segundo capítulo de este libro íntegramente a su ciudad natal, donde todavía vive su padre.

orden, ni dar motivos para que nos pidan los papeles, porque eso sería catastrófico. Para empezar, no tendríamos en regla nuestros documentos de identidad, pero eso solo sería un problema a medias.

Al haber aterrizado en el año 1980, lo que convertiría nuestra situación en verdaderamente peligrosa sería no poder dar datos sobre nuestra residencia habitual o sobre el lugar donde estamos empadronados. Yo no puedo decir que vivo en la calle Gagarin de Sillamäe, en el bloque número cinco, puerta dos. Si van allí a comprobarlo, verificarán que sí, efectivamente, en la dirección citada vive un individuo con ese nombre, pero que se trata de un joven de diecisiete años. Mientras que el detenido por sospechoso, un sujeto de edad indeterminada, es con toda seguridad considerablemente mayor. Pese a lo cual, existe un parecido entre ambos sujetos.

Después de eso empezarían a ocuparse de mi caso en algún departamento de los servicios de seguridad de la URSS especializado en fenómenos anormales e inexplicables. El expediente X de la KGB. Seguro que existía algo así.

Pero de mi hijo no habría ni rastro. Incluso si les revelara su actual dirección postal de Tallin, el funcionario de los servicios de inteligencia que mandasen a comprobarlo se daría cuenta rápidamente de que no existe tal vivienda en el edificio aludido (este no fue construido hasta 2003, y para ello hubo que añadir una planta a una casa de madera situada en un extremo del parque de Kadriorg²⁹). Una vez se asegurasen de que no hay ningún rastro del chico en cuestión que pueda relacionarlo con la Unión Soviética, empezarían a ocuparse de su caso en el departamento de los servicios de seguridad encargado de atrapar a los espías procedentes del extranjero. Evidentemente,

²⁹ El parque y el palacio de estilo barroco petrino, situados en la ciudad de Tallin, cerca del camino de Pirita, a orillas del mar Báltico, fueron construidos como regalo para la zarina Catalina (su nombre original fue Catharinethal) después de las campañas de la Guerra del Norte. Actualmente, el distrito de Kadriorg es uno de los más prósperos de todo el país.

aunque empleasen métodos coercitivos, allí tampoco conseguirían obtener ninguna explicación satisfactoria sobre la procedencia chico. Y finalmente nos encerrarían a los dos en un hospital psiquiátrico, donde nos inyectarían ciertos preparados para ayudarnos a recordar quiénes somos y de dónde hemos venido.

Si yo saliera de la máquina del tiempo a mediados del año 1980, conocería estos peligros y podría sentir miedo, porque he vivido esa época. ¡Yo recuerdo cosas! Es una época que sigue viviendo dentro de mí. Soy un *homo sovieticus*. Todos lo somos, incluso mis coetáneos que hoy en día niegan con vigor pertenecer a esa categoría.

Si mi hijo, por otro lado, cayera en ese ambiente tras retroceder treinta años en el tiempo, llamaría instantáneamente la atención. Vendría a ser como el niño de una tribu de la selva amazónica, que hasta ahora hubiera vivido en la edad de piedra y que se encontrase de pronto en una ciudad moderna. Se pasearía sin sentimiento de culpa, ignorante de las reglas de la sociedad en la que acababa de aterrizar.

Para minimizar los riesgos, yo haría que la máquina del tiempo se materializase en Tallin, porque además tendría prohibido terminantemente llevar a mi hijo a mi ciudad natal, la Sillamäe de principios de los años ochenta. Sillamäe estaba ubicada en una zona fronteriza de la Unión Soviética y en ella se hallaba una fábrica secreta perteneciente a unos terrenos reservados a la industria atómica de la URSS. Los forasteros llamaban la atención de inmediato en nuestra ciudad. Aunque era una ciudad de aproximadamente quince mil habitantes, bastante grande para Estonia, una población de este tamaño no ofrece grandes posibilidades a quien quiera confundirse con la masa.

Vayamos, pues, a la capital de la República Socialista Soviética de Estonia, Tallinn.

Año 1980. Regatas olímpicas, revueltas de jóvenes, en Polonia se organiza una gran huelga en los astilleros de Gdansk, de la que se habla en público y de manera bastante

abierta, cosa sorprendente. El punk vivía su momento de gloria. Fue una época interesante.

“Hijo, ¿no se te enciende una bombillita al escuchar esa fecha?”

Se queda pensando. Parece que se esfuerza, pero al final sacude la cabeza.

“En Moscú hubo unos juegos olímpicos” lo ilustra. “Bueno, en realidad, se quedaron a medias, porque mandaron tropas rusas a Afganistán y la mitad del mundo decidió boicotear los actos de los juegos. Pero en Tallin sí que se celebraron las regatas. ¿Eso lo habías oído?”

La cara del chico no habría sido distinta si le estuviese hablando de la vida y milagros del continente de Gondwana hace varios cientos de millones de años.

“Pero, ¿de las revueltas de los jóvenes sí que habías oído algo, no? Todo empezó con el concierto de la banda punk Propeller, ¿eso te suena?”

Lo estoy desafiando. Durante un tiempo, mi hijo se dedicó a rascar las cuerdas de una guitarra, se juntaba con un grupete que carecía de nombre y de estilo definido, porque su nivel no alcanzaba ni para definir si eran rockeros, punks o representantes de alguna otra corriente musical más intelectual.

“A los Propeller los conozco. Son viejos punks”.

“¿Y algo más de esa época?”

Sacude la cabeza.

Antes de irnos habrá que darle una larga charla sobre los acontecimientos de esos años. Para que se entere un poco de la pasión revolucionaria en Gondwana.

Pero vamos a regresar al asunto conspiratorio. Miro a mi hijo y sin darme cuenta me echo a reír por lo bajini, porque me viene a la cabeza todo lo que oí y leí una vez, hace siglos, la historia de cómo el fundador del estado soviético, Lenin, tuvo que utilizar pelucas y bigotes postizos para dar gato por liebre a la policía secreta del zar.

Nosotros no somos comunistas clandestinos, sino unos simples e inocentes expedicionarios del tiempo. Y sin embargo,

si queremos que el viaje tenga éxito, es existencialmente imprescindible transformar al chico antes de introducirnos en la máquina del tiempo, para que se parezca a mí mismo en el año 1980.

En primer lugar, desde luego, está la ropa. Es básico. El refrán estonio según el cual “ningún hombre se echa a perder por la ropa que lleva” pierde en estos momentos toda su vigencia.

Todo el vestuario del chico es rematadamente inapropiado —darse una vuelta por el Tallin de 1980 con las camisetas, los pantalones y las zapatillas de deporte que él suele llevar sería lo mismo que ir arrastrando un paracaídas y encasquetarse unas orejas de Mickey Mouse en la cabeza—. Se notaría a la legua: un disidente de América.

Esto no significa que en mi juventud la gente no llevase nunca ropa extranjera bonita y que les sentara bien. No, de vez en cuando se veían prendas así, e incluso había gente que tenía más de una. Más bien se trataría de una cuestión de conjuntos y de proporciones.

¿Y con eso quiero decir que...?

La vestimenta del ciudadano soviético se componía de elementos muy aleatorios. Supongamos que algún afortunado pudiera presumir de pantalones de primera calidad. En ese caso, no irían acompañados de unos zapatos, de una chaqueta o de un abrigo de la misma calidad. El resto de prendas podían ser, y por lo general eran, verdaderamente horribles. O bien, si por casualidad era buenas desde el punto de vista de la calidad (todos “productos de importación”), faltaría necesariamente armonía en los colores. La ropa conjuntada en cuanto a calidad y en cuanto a colores era precisamente lo que distinguía, desde una distancia de un kilómetro, a los turistas finlandeses que se paseaban por las calles de Tallin de los residentes en la capital.

Pues bien, sacamos todo el contenido del guardarropa del chico y empezamos a hacer combinaciones. Él quiere llevarse algo de su propia ropa al pasado, pero ese “algo” tiene que consistir en prendas que desentonen entre sí.

Nuestro principal quebradero de cabeza es que hoy ya no se encuentra en ninguna parte calzado tan horrendo como el que se usaba en la época soviética. Puede ser que en el mercado de la Estación del Báltico haya alguna birria *ad hoc*. Vamos a ver. Me decanto por unos zapatos de piel gris, con las punteras levemente desgastadas.

Mi hijo empieza a refunfuñar, dice que no se los va a poner, que salta a la vista que están diseñadas para gente mayor.

¡Genial!

“Hijo” le digo, palmeándole el hombro, “no te quejes, que yo a tu edad solo tenía un par de zapatos y me los ponía en verano, en otoño, en invierno y en primavera. Me los ponía hasta que se desintegraban. En invierno, con la nieve y el barro, bastaban diez pasos para que se me calaran totalmente. Con esos zapatos iba yo al bar, a la playa, al bosque, a la discoteca y al teatro”.

“Bah, yo también he ido todo el invierno con las mismas zapatillas de deporte” declara el chico, beligerante.

“Conozco bien esas zapatillas, son las que tenían una mujer semidesnuda pintada en la suela y un letrero en un lado, *I'm the boss* o algo por el estilo. Las has llevado todo el invierno porque querías llevarlas. Pero yo llevaba esos zapatos horribles y llenos de agujeros en invierno porque no tenía nada más que ponerme. ¿Ves la diferencia?”

“Ehh, bueno...” divaga el chico. Eso quiere decir que lo entiende, pero que no quiere reconocer la pertinencia de mis palabras. Gracias a Dios hay algunas cosas que no cambian, independientemente de la generación.

En cualquier caso, tenemos el calzado listo para meternos en la máquina del tiempo.

Seguimos. Ahora los pantalones. “¿Quizá esos rojo cereza?” propone el chico. “Combinan bien con los zapatos grises”.

“¡Justo por eso no sirven! Haría falta algo marrón o negro” lo alecciono. “Y a ser posible, que no te caigan demasiado bien”.

“¿Y si buscamos algo en la tienda de artículos militares?” salta el chico, encantado con su idea genial. “Allí hay muchas cosas que pueden servir, prendas anchas que parecen sacos”.

“¿Te has vuelto loco, o qué!” respondo mientras manoteo con violencia. “¿Es que quieres volver al año 1980 con la basura que desechan las tropas de la OTAN!? Para eso, mejor salir a la calle desnudo, llamarás menos la atención”.

Me decido por unos pantalones de terciopelo marrón muy deslucidos, lo más zarrapastroso que puedo encontrar.

¿Qué hacemos con la parte de arriba? Las camisetas solo se permiten si no tienen ningún letrero o si están muy lavadas (es decir, desteñidas). Encontrar camisas es lo más complicado, porque en la industria textil nacional no se hacían camisas ni camisetas con buen corte y los turistas finlandeses tampoco las traían. La energía del mercado negro se consumía íntegramente en el contrabando de pantalones vaqueros.

“¿Una camiseta de rayas, de marinero?” es la siguiente ocurrencia de mi hijo. “Tengo una. Se la compré a un marinero ruso. Me la trajo él en persona, probablemente del mercado de la estación del Báltico”.

“¡No, no!” contesto, a la vez que sacudo la cabeza muy convencido. “Eso no puede ser, esa broma habría funcionado en aquella época, pero era un tipo de bromas que solo se hacían en los campamentos de estudiantes. Allí podías ir a una reunión independentista vestido con un abrigo del ejército ruso y con unas botas militares de caña. El punk de la época, por así decirlo. Emplear la ironía para dirigirse a la autoridad, ¿lo captas?”

“Oye, pues es una idea” dice el chico, animado, “ese rollo del campamento... Mira, tú seguro que conoces a alguien de ese entorno, de la gente que hizo la película “La revolución de los cerdos”³⁰, y si te acuerdas, cuando se ve la vida en los campamentos de estudiantes de la época rusa todos van uniformados con una chaqueta roja. ¿No te podrán prestar alguna?”

³⁰ *Sigade Revolutioon* es una película estonia del año 2004, en la que se narran las vivencias de un grupo de jóvenes durante un campamento de pioneros en el verano de 1986.

“Olvídalo” le digo, meneando la cabeza con mucho brío, “cuando fueron a hacer el vestuario para esa película, se encontraron justo con ese problema, que no encontraban ninguna tela de una calidad tan pésima. El corte es el que toca, desde luego, pero la tela es demasiado buena. Cuando yo era joven, los pantalones y las chaquetas se hacían hasta con el material de las fundas de las almohadas”.

Tras mucho probar combinaciones, el chico se pone una camiseta medianamente deslucida y encima una cazadora verde claro, con un remate en la cintura, tricotado a rayas, y un cuello igual.

“Parezco un gilipollas integral” dice al mirarse al espejo.

Me dedico a observar al dandy de película que tengo delante.

“Tal vez, si rebuscara en el cobertizo de la casa de campo, hasta pudiese encontrar la parte de arriba de un traje, una chaqueta auténtica” me digo entre dientes, dubitativo.

“¿Qué quieres decir con eso de “auténtica”?” pregunta el chico, con curiosidad.

“Con las mangas un pelín cortas y de una talla superior a la que te hace falta”.

Pero nos conformamos con nuestra hazaña. El aspecto de payaso está conseguido, tampoco hay exagerar la nota.

Solo la ropa interior da problemas. Entonces nadie llevaba prendas tan estilasas como las de ahora.

“¿Y si voy sin nada?” trata de ironizar mi hijo.

“Irás con lo que tienes, pero quítales las etiquetas” le ordeno.

Por fin hemos logrado vestirlo, más o menos como toca.

“¿Ya me parezco a ti hace treinta años?” pregunta el chico.

Lo miro. Y sacudo la cabeza.

“Hum. Los dientes están demasiado bien. ¿Tú llevas empastes?”

“Ehh...” El chico se esfuerza por recordar, porque él asocia al dentista principalmente con los brackets, un artilugio que aborreció hace tiempo. “No lo sé. Pues uno debo de llevar, puede que incluso dos, pero no me acuerdo de todos los detalles” remata por fin.

No es una buena noticia. Hasta me cuesta decidir qué es peor: que lleve tan pocos empastes, o que los que lleva sean de una calidad demasiado alta. Los estomatólogos soviéticos te ponían fundas con empastes de metal reluciente, que se veían claramente al bostezar como si te hubiesen hincado clavos en los dientes.

“Vale, pues entonces, siempre que bosteces tápate la boca con la mano. Con estos dientes no se puede ir diciendo por ahí que uno es ciudadano soviético. La gente como tú viene de Suecia o de Alemania Occidental”.

“¿Algo más?” pregunta mi hijo, inquisitivo.

“La piel, demasiado lisa” sigo criticándolo. “En mi época, la gente de tu edad estaba llena de acné, sin excepciones. Yo también. No sé por qué, pero en vuestra generación, tener acné es lo raro. Puede ser por la comida diferente, o porque hay mejores artículos higiénicos. Y además teníamos la cabeza asquerosa de caspa. Grasienta y casposa”.

“¿Por qué grasienta?” se interesa mi hijo. “¿No os daba la gana de lavaros? ¿O era una forma de protesta?”

“Porque no había champú. O si lo había, por alguna razón que desconozco no hacía espuma. Yo me frotaba la cabeza con jabón corriente. En el ejército ruso, incluso con jabón de lavar la ropa, ese que parece un ladrillo marrón con un triángulo grabado la superficie. Eso me empeoraba todavía más el pelo, que se me quedaba peor que antes de lavarlo”.

“Pero los dientes, ¿por qué se estropeaban tanto?” El chico empieza a interesarse por las peculiaridades de la higiene soviética.

“No había pasta de dientes. Si la había, era en el mejor de los casos la Pomorin, que traían de Bulgaria, y en el peor de los casos, un mejunje de fabricación nacional. Pero lo principal es que los cepillos de dientes eran un desastre absoluto. Brochas infames. Con el primer lavado se te llenaba la boca de cerdas, y después del tercer uso el cepillo ya estaba prácticamente calvo. Te podías seguir frotando los dientes con él, pero ya no cepillaba. La mayor parte de la gente tenía caries. El ciudadano

soviético era reconocible, por encima de cualquier otra característica, por la pésima dentadura.

El chico se pone delante del espejo y saca los dientes, como si fuera a atacar. Es como un perro joven.

Pero no vamos a empezar a preocuparnos y a padecer ahora por culpa de los dientes del chico, justo antes de meternos en la máquina del tiempo. ¡No tiene sentido! Hay gente que tiene muy buenos dientes porque la naturaleza se los ha regalado. Incluso en la época soviética se podía uno encontrar a conciudadanos con la sonrisa brillante, y no solo en las vallas publicitarias o en las portadas de las revistas. En la vida real también los había.

Peor era todo lo relativo a la postura y a la mirada.

Mejor dicho, era mejor. Y peor a la vez. Las suyas son considerablemente mejores que las mías a su edad, pero se nos daba francamente mal imitarlas. Por mucho que lo intentásemos, no lo conseguíamos.

“¿Cuál es el problema?” exclama el chico, ahora verdaderamente sorprendido.

Es difícil explicárselo. Tengo que reflexionar un rato, trato de encontrar una manera de transmitírselo para que le llegue. Por fortuna, en su momento escribí una charla pensada para el público americano, en la que analizaba entre otras cosas los efectos que tenía la autoridad soviética sobre nuestra gente. Si les había servido a los americanos, individuos libres desde tiempos inmemoriales, también le serviría a mi hijo.

“La persona que ha vivido bajo las condiciones del régimen soviético, y que al recordarla equipara esa vida con la peor pesadilla, estará de acuerdo conmigo si digo que el poder soviético suponía una humillación permanente. Era, en primer lugar, humillante desde el punto de vista intelectual. Era humillante participar en los desfiles de la Revolución de Octubre y del Primero de Mayo. Era humillante ver y escuchar las noticias, leer los periódicos. Era humillante colaborar con el régimen, afiliarse al partido para poder hacer carrera en la profesión de uno. Aparte de la humillación intelectual, estaba la humillación como consumidor. Circunstancias como carecer de papel higiénico, de

pasta de dientes o de ropa interior decente generan incomodidad. Pero al mismo tiempo es algo humillante. Cuando le entregaban a uno el pasaporte soviético, este iba acompañado de una tarjeta de felicitación donde se podía leer un famoso poema de Mayakovski. Ahí estaban las rimbombantes palabras: “Leed y sentiréis envidia, porque soy ciudadano de la Unión Soviética”. La realidad era justo la contraria.

Al chico le interesa la psicología.

“Entonces, el ciudadano soviético es más o menos como un chucho maltratado y apaleado, ¿no?” Digamos que es su intento de llegar al meollo de la cuestión.

“Más o menos, por ahí van los tiros. Hay que añadir la consciencia de que uno es culpable siempre. A ojos de la autoridad. Eres culpable hasta de existir. Eres culpable de tener pensamientos propios, que no concuerdan con la línea oficial del partido. Culpable de tener sueños, cuya realización podría conllevar la cárcel”.

“¿Qué sueños? ¿Robar un banco?” aventura el chico.

“Intentar escaparse a Suecia”.

El chico se queda pensativo. “Ah, entonces es como la historia del muro de Berlín”, y así relaciona mi discurso con la visita que hizo hace tiempo al Museo del Muro de la Friedrichstrasse en Berlín.

No tendría por qué acordarse, en realidad, porque tenía solo nueve años. En Berlín hay muchas otras cosas más atractivas para un niño de esa edad: empezando por el zoo y acabando por el gigantesco spa donde estuvo deslizándose durante horas, infatigable, por los toboganes acuáticos.

“Hijo, ¿de verdad te acuerdas de ese viaje?”

“Ehh... claro, fui a Berlín otra vez más, cuando estaba en la décima clase, y también tuvimos una excursión al museo”.

En la décima clase. A los diecisiete años ya había ido —intento hacer memoria— a Alemania, Inglaterra, Austria, varias veces a Suecia... A la República Sudafricana y al Líbano todavía no, eso fue después, pero... sí, a Andalucía sí que había ido un par

de veces y puede que a Córcega también. Para llegar hasta allí recorrió toda Francia. Y no olvidemos Gibraltar, donde posó con los monos, haciendo carantoñas.

Tenía la misma edad que yo en el año 1980, y desde mi perspectiva, ya había viajado una barbaridad y experimentado cosas increíbles.

Cómo me gustaría que pudiese ser testigo del mundo de mi juventud, tan cerrado y limitado, donde incluso una excursioncita insignificante a la República de Finlandia le daba pie a la gente a convocar a toda su parentela, para hacer circular entre ellos las fotos tomadas en el casco antiguo de Helsinki y enseñar con mucho orgullo los leotardos, las bolsas de té y los chicles comprados allí, amén de describir las necedades del mundo capitalista ante un auditorio que suspiraba, enloquecido de envidia.

A nuestra generación, el Museo del Muro de Berlín le dice mucho.

El objetivo inicial de su fundador, que tenía cuentas que ajustar con el régimen comunista, fue poner, con un espíritu bastante diletante, una simple exposición en el corazón de Berlín. Con el paso del tiempo fue mejorando, porque en el mundo ciertamente no faltaban individuos que tuvieran reproches que hacer a los comunistas. El “museo del muro” recibió donaciones de sobra, e incluso regalos que engrosaron sus colecciones. A mí me conmovió particularmente una pieza, una lancha motora minúscula, fabricada a mano por un cubano, no mayor que una palangana, con la que logró llegar a la llamada “Isla de la Libertad”, una cárcel de la costa de Florida. Ciento veinte kilómetros de viaje por mar, con tiburones y la posibilidad de tormenta, sin olvidar a la guardia de fronteras de Cuba, que estaba autorizada para disparar sobre los que tratasen de escapar.

Pero en el museo también había helicópteros plegables, con los cuales sus inventores medio chiflados se desplazaron a trancas y barrancas entre Berlín Oriental y el Occidente libre. Y había vehículos equipados especialmente para el tráfico

de individuos, cuyos escondites tenían una configuración y una anchura que exigía a los prófugos potenciales hacer unas contorsiones óseas imposibles. Los medios que uno se encontraba antes de llegar al otro lado del muro, el telón de acero hecho de cemento y de alambres de espino, entonan por sí solos una oda a la tenacidad y al ingenio del ser humano.

Nuestros hijos no llegan a entender bien todo este rollo.

He aquí un ejemplo de lo difícil que es entender cualquier referencia a los muros o barreras para la generación a la que pertenece mi hijo. Clase de historia en un colegio del centro de Tallin, considerado elitista, donde estudian chicos de inteligencia media. Escuchan a su profesor lamentarse de las experiencias de su juventud. El profe les habla de cómo, cuando era joven, el mundo estaba dividido en dos bandos irreconciliables, que quedaban separados por barreras inexpugnables, infranqueables. La separación en dos mundos estancos queda simbolizada de manera especialmente vistosa por el muro de Berlín. El profesor muestra el mapa y dibuja diagramas: el muro, la zona de peligro de muerte, el otro muro, las torres de vigilancia. Instalaciones terroríficas como esta, en pleno corazón de Europa. Los chicos son aplicados y se esfuerzan mucho, tratan de meterse en la situación y revivirla en su propia piel. Por fin un chico levanta la mano. “Profesor, acaba de decir que construyeron un muro de cuarenta kilómetros que atravesaba Berlín. Pero en algún punto tenía que acabar. ¿Por qué esa gente que quería escapar lo intentaba precisamente por el muro? ¿Por qué no lo rodeaban?”

Le cuento a mi hijo esta anécdota. Ahora sí que podemos partirnos el pecho de risa juntos. Es la leche poder hablar con tu hijo, una vez ha crecido y te da bola en las “conversaciones de machos”.

Ojalá también me entienda cuando le digo que la fuga de la Estonia soviética era un delito, para el cual la mayor parte de la población estaba mentalmente preparada. Todos éramos fugitivos potenciales. Desde el punto de vista de las autoridades, delincuentes.

Todo eso se reflejaba en nuestros ojos y provocaba un encogimiento en nuestro cuerpo, una postura especial que nos hacía diferentes de los hombres libres.

Unos cuantos años más tarde me hallé sin quererlo en mitad de una operación policial en el centro de Moscú. Estaba en el bulevar Tverskaja y había una redada de inmigrantes ilegales llegados de otras partes de Rusia y de infractores de la ley de visados. En Moscú sigue vigente el sistema soviético, según el cual cualquier recién llegado que se quede en la ciudad más de tres días seguidos debe ir a registrarse a un centro oficial. Nunca he podido averiguar, y por eso sigo sin saberlo, si la regla de los tres días también incluye fines de semana. En aquella ocasión pacté conmigo mismo: aunque ya llevaba cuatro días en Moscú, era sábado, ¿no?, y la oficina que provocaba en mí un desagrado tan fervoroso no estaría abierta, por todo lo cual yo no estaba infringiendo la ley. Yo, por supuesto, habría ido a registrarme, pero justo entonces no había ningún sitio donde hacerlo.

No estaba seguro de si los policías militares de Moscú compartirían mi opinión.

Y entonces vino la redada de la Tverskaja, que es el bulevar más grande y más concurrido de Moscú. A mediodía bulle en él una multitud de miles de personas.

Me vieron desde lejos. Me olisquearon como carroñeros a su presa, percibieron mi miedo y mi inseguridad. Me echaron el guante en seguida. Estuve cuarenta minutos sentado en un furgón militar. Al final me recriminaron incluso llevar unos dólares en el bolsillo. El poli moscovita hurgó en una carpeta y sacó de ella un reglamento, tal vez de la época de Gorbachov, y me señaló con el dedo un párrafo en el que efectivamente se prohibían los dólares que yo llevaba en el bolsillo. ¡Y pensar que estaba en un país donde los “pavos americanos” circulan con normalidad incluso para las transacciones cotidianas, paralelamente al rublo ruso, donde se transportan maletines llenos de dólares a las salas de reuniones del parlamento para untar a los delegados de la Duma estatal!

No me enfrenté a ellos, porque llevaba cuatro días en Rusia y no me había inscrito en el registro oficial. Podrían haberme acusado de cualquier otro delito. Quizá, por ejemplo, llevar en la mochila unos libros en inglés. Podrían conducirme a la comisaría *dlja vojenesnenija obstojatlevstv* (para esclarecer los hechos) y tenerme ahí enjaulado quién sabe cuánto tiempo.

Exactamente igual que hacían los malditos policías militares en la época soviética.

Al mismo tiempo también detuvieron a un hombre de Jarkhov. A juzgar por su aspecto físico, el clásico mafioso. Aquel patán, con su chándal y su cadena de oro, tardó menos en salir del furgón de la policía que yo mismo. Los policías militares y los bandidos se entienden bien. El policía militar le habla de tú al mafioso, y el mafioso lo tutea cuando le contesta. Desde ese momento, ya van en el mismo barco. Pero yo no fui capaz de llamar de tú a un policía militar moscovita.

Si ese día hubiese sido mi hijo quien caminara por Moscú, su reacción al acercarse los policías no habría causado ni el más mínimo recelo. *Kakoi-ta inostranets*, habría murmurado el poli moscovita, “ahí va un extranjero de esos”, posando apenas la mirada sobre él, sin entretenerse. No interesa, a él no le podremos sacar ninguna información.

Él no ha aprendido a tener miedo en situaciones parecidas. En vez de temor, habría sentido una gran emoción. En ciertas circunstancias en las que mis ojos adquirirían una indiferencia y una opacidad máximas, para ocultar así el miedo que me corroería las entrañas, en sus ojos claros y en su mirada directa podría surgir incluso una chispa de curiosidad.

Y si vamos juntos él y yo al año 1980, esa chispa seguirá ahí, intacta.

Es la única persona libre entre las oleadas de siervos oprimidos. Su vestimenta absurda y acorde con los tiempos no puede ocultar lo que hay bajo esa capa —él camina como un hombre libre, y la mirada de sus ojos es la de un hombre libre—.

Eso no se puede remediar. No se puede ocultar.

Hijo, no vas a venir conmigo cuando viaje en la máquina del tiempo. No puedo arriesgarme.

Me marcho solo.

Pero puedes leer mi diario de viaje.

ASMA

Una buena amiga, que estudió Medicina en la Universidad de Tartu y que años después se fue a hacer un posgrado a Estados Unidos, me contó la siguiente historia. En cierta ocasión se presentó en su servicio de Boston una delegación de funcionarios médicos de Moscú: empleando un fraseo típicamente soviético, el objetivo de la visita era ver los logros de la ciencia médica estadounidense y familiarizarse con sus soluciones.

Mi conocida, *born in the USSR*, hablaba muy bien ruso y entendía la mentalidad de sus colegas de la antigua Unión Soviética. Por supuesto, la encargaron de atender a ese grupo, cuyos miembros se dejaron agasajar como los huéspedes que eran, visitaron clínicas y todo tipo de establecimientos de salud, y al mismo tiempo no dejaron de mirar de soslayo a mi conocida, con cierta antipatía. A pesar de que no había ningún motivo aparente para hacerlo.

Mi conocida era verdaderamente una persona estupenda: de trato agradable, alegre, profesional, con amplios horizontes, inteligente, y para colmo guapa. Los moscovitas deberían haberse enorgullecido de ella. Podrían haberse mirado meneando la cabeza con gesto aprobatorio, “fijaos, estos son los cuadros jóvenes que ha dado nuestro antiguo sistema, que ahora, desgraciadamente, se halla en ruinas después de criar y educar a gente así”. Pero no. Esperar algo por el estilo sería infravalorar la envergadura del chovinismo soviético. Esta mujer joven, que habían colocado junto a los *chinóvniki* rusos para hacerlos sentirse a gusto y en casa, no debería en su opinión haber estudiado nunca en Estados Unidos. Dar clase a otros, eso sí, por supuesto, pero no completar su propia formación.

¿Cómo era posible que esta persona, que había estudiado en Tartu —o sea, en una universidad de la URSS—, en el *alma mater* donde (*nota bene*) impartió docencia el ilustre Pirogov, así como el no menos famoso Burdenko, podía haber caído tan bajo como para irse a aumentar sus conocimientos médicos a los Estados Unidos de América?! ¿Qué tendrían que enseñar los americanos a los profesionales de la Medicina soviéticos, si todo el mundo sabe que la Medicina de la URSS es la mejor del mundo, la más vanguardista y la más hipocrática! ¡Camaradas, esto es un escándalo! ¡Una traición!

Ahora escribo esto con una relativa calma, pero cuando Ruta —así se llamaba— me contó esta experiencia, que da una idea del borreguil chovinismo de los sóviets, me cegó una ira casi demente.

El caso es que soy asmático. Desde los siete años. Es probable que ya lo fuera al nacer, pero el asma me manifestó con claridad cuando empecé ir al colegio.

Mi enfermedad no existía en Sillamäe. Es decir, no se diagnosticaba. Y por lo tanto no se trataba, porque para que alguien se preocupe por arreglar una cosa, primero hace falta aislarla, definirla y darle un nombre.

Coetáneos que hayan padecido la misma dolencia que yo podrán decirme en este punto que no, que me debo de equivocar en algo. Ya entonces se sabía de la enfermedad, que era incluso muy conocida. Y si no te lo crees, pues consulta, me podrían decir, el primer volumen de la Enciclopedia Soviética de Estonia, impreso en el año 1968. Gracias por la recomendación, pero ya lo he hecho. Allí, es cierto, se encuentra la entrada “asma bronquial”, con sus síntomas y demás.

Cuando empecé a escribir el capítulo relativo a mis recuerdos de asmático, yo pensaba que la enfermedad que me aquejaba no existía oficialmente en la URSS. Hasta que un amigo, que había sido asmático de joven, empezó a cuestionar seriamente los recuerdos que relataba. Recordó que a él le habían diagnosticado esa enfermedad en la República Soviética de Estonia en 1975, que le dieron medicinas, que fue

a un sanatorio para asmáticos y que en la escuela primaria lo eximieron de la clase de Educación Física.

¿Por qué las cosas fueron distintas en mi caso?

Tenía toda la razón.

La única explicación que se me ocurre es esta: de mi caso se ocuparon médicos de Sillamäe. No sé dónde habrían estudiado, ni cómo habrían ido a parar a mi ciudad, ni qué valor tendrían sus títulos.

Del caso de mi amigo se ocuparon médicos que habían estudiado en la universidad de Tartu y que trabajaban en la “verdadera Estonia”.

Hasta aquí, la única diferencia entre ambos.

Otra explicación, sencillamente no se me ocurre.

Lo admito, según el dictamen de los galenos de Sillamäe, yo tenía algún tipo de problema. Me viene a la cabeza la fórmula “bronquitis” o algo parecido. O bien “catarro de las vías respiratorias superiores”.

El catarro es una inflamación de las mucosas.

Suena a resfriado, poco más o menos. “Vamos a hacerte rayos X”, dijeron los chicos de la Universidad Técnica de Tallin.

Mientras que lo mío, en pocas palabras... era un episodio sin importancia, que según los médicos de Sillamäe quedaría superado gracias a la fuerza de voluntad y a las friegas con una toalla áspera. Por descontado, había que ir a la piscina también. Aparte de tomar todo el aire fresco que pudiera. El sol, el aire y el agua de mar: ¡ellos eran mis tres grandes aliados!

Yo no desprecié ni la natación en la piscina ni los baños de mar. Siempre ignorando lo que realmente me pasaba.

¡El asma es una enfermedad sumamente fácil de reconocer!

¿Acaso puedo pensar que, pese al espeso humo que salía de las chimeneas de las fábricas, pese a los túneles de las perforaciones mineras, pese a que el aire estaba repleto del polvo de piedra caliza, las afecciones pulmonares en Sillamäe eran un fenómeno relativamente infrecuente?

Más tarde he leído que en mi antigua patria, la grande y poderosa Unión Soviética, debía de sufrir asma aproximadamente un tres por ciento de la población. Lo cual es un indicador relativamente bueno, puesto que en los estados del bienestar de Occidente lo padecía aproximadamente el cinco por ciento de la población. Por desgracia, Estonia ha seguido el mismo camino que el resto del mundo desarrollado y ahora cuenta con cifras parecidas.

Este hecho puede estar relacionado con los alérgenos presentes en los alimentos. ¿Hemos de atribuirlo a los aditivos de los que hoy se nos advierte en los envases de la comida, mediante la letra E? En la comida soviética había menos aditivos. Que eso suponga automáticamente comida mejor, lo dudo, pero puede ser, ciertamente, que origine menos alergias.

El asma, precisamente, es una enfermedad con una base alérgica.

Las toallas ásperas, la fuerza de voluntad y el ejercicio físico no lo remedian. O si lo remedian, lo hacen en la misma medida que pueden ayudar a tratar la diabetes, la visión reducida o los pies planos. Intentad curar la diabetes a base de aire fresco.

Cuando yo era niño, los americanos ya tenían medios que mitigaban con gran eficacia los síntomas de esta enfermedad.

Qué suerte habría tenido yo naciendo como asmático en los Estados Unidos, pensé en su día, gracias a la película “El beso de la muerte” de Nicholas Cage.

En ella, el actor encarna al cabecilla de una banda de delincuentes. O mejor dicho, al hijo del cabecilla de la banda, que se prepara para heredar el trono del padre. El delfín hace cosas terroríficas para demostrar su “validez”. Apalea a individuos hasta matarlos, hace uso de una violencia extrema, y cómo iba a dejar de hacerlo, si tiene el físico de un culturista atiborrado de hormonas —con los bíceps tensos como una herradura, o como una barra de hierro doblada—. Pero en realidad es un hombre muy enfermo, que depende de un aparatito que parece una pipa. De vez en cuando se la mete un extremo en la boca y aspira algo muy profundamente. Y así

puede continuar con sus agresiones con ímpetu renovado. Al cabo de un rato se revela que el mafioso que interpreta Cage es asmático. Y por supuesto también es alérgico: no puede comer con tenedores ni con cucharas, porque eso le provocaría un ataque de alergia. Con cubiertos de plástico no hay problema. Vive feliz como una perdiz, con tal de tener la pipa al alcance de la mano. Evidentemente, esa “pipa” es un simple inhalador que contiene determinados medicamentos.

Si yo hubiese sabido de niño que en algún lugar existía algo así, habría cambiado cualquier tesoro del universo por poseer esa pipa mágica. De verdad, cualquier cosa. Habría renunciado a cualquier diversión, me habría desprendido de mi tarjeta de lector de la biblioteca, habría cambiado de nacionalidad si hubiese sido necesario, habría hecho cualquier sacrificio similar. En la Unión Soviética no había pipas así, y en mi ciudad natal, Sillamäe, no existía esa enfermedad.

Oficialmente, yo tenía “un catarro de las vías respiratorias superiores”.

Cuando escuché la historia de mi conocida y me enteré de su experiencia con las estrellas de la medicina soviética en Boston, vi surgir ante mis ojos una escena de la película de Cage, solo que en esta ocasión el protagonista era yo mismo.

Invito al cabecilla del grupo a que se siente detrás de la mesa. El tipo está convencido de la superioridad absoluta de la medicina soviética, conque despliego ante él mi historial médico de la infancia, con el decorativo y milagroso diagnóstico “catarro de las vías respiratorias superiores”, lo agarro por el pelo y le meto la nariz en mi historial médico. Le doy tal paliza que al final el diagnóstico queda ilegible. Luego le levanto la cabeza y le susurro al oído, suavemente: “No te duele porque tengas el tabique nasal roto ni un traumatismo craneal. Lo que tienes es un catarro de las vías respiratorias superiores”.

Se dice que el hambre y la tortura solo las entienden los que las han sufrido en carne propia, y con la enfermedad es lo mismo.

Pero voy a intentar involucrar al lector.

En algún momento, a los trece años o así, me topé con una descripción de los efectos del gas mostaza. Se trata de un arma empleada en la Primera Guerra Mundial, que quemaba los pulmones por dentro. La muerte por inhalación de gas mostaza no era fácil: la gente moría después de una larga agonía, boqueando como un pez sacado del agua y tosiendo hasta escupir fragmentos de sus propios pulmones.

Tú pensarás que puedes describir aproximadamente un ataque de asma. Se parecería a un fuerte resfriado acompañado de una tos seca y persistente, que te provoca sacudidas y explosiones continuas, sin que eso logre aliviar en absoluto los pulmones, y que te deja al final tan agotado que no sabes si estás tan hecho polvo por la enfermedad misma o por el cansancio.

Pero en la realidad no es eso.

Para describir el asma tenemos que empezar diciendo que la respiración se ve dificultada. En el caso de que el paciente pueda seguir inhalando, soltará el aire con mucho esfuerzo. Coge un globo y sopla para inflarlo. Tienes que expirar el aire con eficiencia. Como la inspiración no funciona en tu caso sin obstáculos, como en los individuos sanos, tienes que ponerte unos tapones de algodón en las fosas nasales. Ahora coge de nuevo el globo y sopla otra vez. Ya has hinchado el primero, ahora el siguiente. Un minuto entero para inflar un globo... y el ataque de asma dura por lo menos cuarenta o cincuenta minutos, así que vas a tener que hinchar cincuenta globos.

¿Ya está? Bien, pues esto solo era la primera fase de la explicación.

Para iniciar la siguiente fase, he de recordarte que puesto que sufres una enfermedad inexistente para los médicos de tu ciudad natal —después de hinchar cincuenta globos, no puedo dejar de considerarte un compañero de fatigas—, no se tiene contigo una consideración especial en cuanto a los esfuerzos físicos. En la clase de Educación Física del colegio se te suponen las mismas capacidades que a los demás niños. No se te exime de nada, ni siquiera parcialmente. Como oficialmente eres un niño sano, para calificar tu rendimiento atlético no se

emplea ningún coeficiente especial —no se te tolerará hacer, por ejemplo, el cincuenta por ciento de lo que hacen los niños sanos para conseguir el aprobado—.

Mis infiernos particulares eran las carreras a pie en otoño y primavera, y los maratones de esquí de fondo en invierno.

Tomemos la carrera de otoño. La bagatela de ochocientos metros contrarreloj. Esa distancia nos la exigían ya en la tercera o en la cuarta clase.

En fin, llegamos a la celebración escolar llamada Día del Deporte. Se suspenden las clases. Tus compañeros no pueden ocultar su alegría, porque no tienen que ir a clase de lengua ni de geografía. ¡Es de idiotas quedarse en el aula! Cumplir con las reglas físicas, no, perdón, con las normativas GTO (*Gotov k trudu i oborone*, “listo para el trabajo y la defensa”) es verdaderamente pan comido. Eso es lo que dicen tus compañeros de clase. Y tienen razón: correr en tal o cual tiempo una distancia determinada, saltar una serie de metros en las pruebas de longitud y altura, lanzar granadas. Un chico normal hace todo eso en el patio, jugando. Y oficialmente, tú eres normal.

Vamos juntos hasta la línea de salida. Hazte con cincuenta globos y con algodón para la nariz. Yo no los necesito, porque los tengo, por así decirlo, como un don innato. La madre naturaleza, esa cabrona, esa fulana rastrera. Pero tú te tienes que meter el algodón por la nariz y amorrarte a un globo para hincharlo.

Pero antes, hablemos un poco del tiempo. No hace bueno ni malo, sino el típico tiempo que tiende a hacer en otoño: a veces el sol asoma tímido por detrás de las nubes, el suelo está cubierto de charcos y en cualquier momento puede empezar a chispear. El aire está fresco y húmedo, es agradable.

Ahora llegamos a la tercera fase de la explicación del asma. Para mí y para ti, el aire no está ni fresco ni húmedo.

Los accesos de asma se producen a consecuencia de los esfuerzos físicos. Si nos desplazamos con parsimonia hacia la línea de meta donde empezará nuestra carrera infernal, no sentiremos ninguna molestia. Pero si en lugar de ir despacio vamos a buen paso —y en el Día del Deporte nadie suele

gastar demasiada parsimonia—, ya empezaremos a notar un ligero regusto amargo: la primera manifestación del sufrimiento que nos espera. Solo medio kilómetro de marcha rápida, pero ya tenemos la garganta, la faringe, la laringe, la tráquea bloqueadas por una especie de alambrada de espino. Al principio la alambrada no se mueve: la tenemos dentro, pero mamá naturaleza todavía no la ha agarrado ni ha empezado a restregárnosla por dentro de las vías respiratorias. Como un deshollinador que pasa el cepillo concienzudamente por el tiro de la chimenea.

La banderita roja se levanta. Los deportistas se callan de repente y se ponen alerta. Nosotros también. ¡Salimos!

Nos unimos a los demás corredores. Los primeros cien metros van perfectamente. Hay que regularse, para conseguir una respiración uniforme y moderada que posponga en lo posible el inicio de la tortura. ¡Qué vana ilusión!

Yo ya conozco la sensación que estamos a punto de experimentar, pero a ti te sorprende. Tú pensabas, mientras esperábamos en la línea de salida, después de escuchar mi discurso, uf, pues bueno, cogeré un poco de aire por la nariz, a través de los taponos de algodón, e iré hinchando los globos. No voy a batir mi marca personal en esas condiciones, pero saldré adelante. Iré con tranquilidad y me darán un notable bajo, pensabas tú.

No obstante, han pasado apenas doscientos metros y ya tienes la garganta llena de pinchos. Toses sin parar, tratando de desembarazarte de ellos. Te es difícil tomar aire y también expulsarlo. Tus pulmones se parecen al fuelle de un herrero. Trabajan como locos, pero el esfuerzo les sirve de bien poco: solo consiguen que las bolas de alambre de espino que te bloquean las vías respiratorias se desplacen hacia arriba y hacia abajo. Al cabo de trescientos metros, el singular se ha convertido en plural: tienes la garganta llena de ovillos de alambre espinoso.

Al cabo de cuatrocientos metros, los tienes ya tan clavados en la carne que ni siquiera se siguen moviendo al ritmo de la

respiración; tienes tantas espinas atravesadas que empiezas a asfixiarte.

El aire que consigues aspirar a base de jadeos se va calentando paulatinamente. Contiene granitos de arena y esos granitos empiezan a rascar el alambre, que poco a poco se va poniendo al rojo vivo. Expulsar el aire de los pulmones se hace cada vez más complicado. Ya no respiras dentro de un globo; todos los globos que llevabas flotan ya en el amplio cielo. Ahora vas arrastrándote a ti mismo, no, más bien vas empujando un condenado colchón de goma, vas dando traspiés detrás de la carga a la que estás encadenado y que debes llenar del aire incandescente de tus pulmones.

A los quinientos metros te paras y te acuclillas, sin resuello, al pie de un árbol. Por primera vez piensas: por qué tuve que nacer...

Las orejas te zumban, las piernas te tiemblan, ante tus ojos ves hormiguar unos lunares y el sentido común te dice que tus pulmones, que jamás dejan de traicionarte, no tienen capacidad para aprovisionar de oxígeno los músculos durante los ochocientos metros del recorrido. Los músculos se portan bien, tienes las piernas fuertes, el dolor de la garganta se podría soportar, porque el dolor solo es dolor y se puede vivir con él, pero esos condenados pulmones están llenos de un serrín metálico incandescente, de los granitos que resultantes del raspado con el alambre de espino, de un polvo que hace que ahora los pulmones se nieguen a funcionar.

Pero no quieres quedarte aquí, sacando el hígado por la boca al pie del árbol, ya has perdido de vista a tus compañeros y tienes que alcanzarlos. Ejercitas a fondo tu fuerza de voluntad y empiezas a desplazarte, sigues adelante arrastrando algo más que un simple colchón de goma: ahora, se ha convertido en un dirigible. Has recorrido seiscientos metros. Es raro que sigas con vida. Aunque, eso sí... ¡menuda vida!... Mamá, mamá... Seiscientos cincuenta metros. Intentas correr sin respirar, porque si respiras, el dolor ya es insoportable. Seiscientos setenta metros... Te vuelves a acuclillar junto a un árbol y respiras como puedes. Al menos lo intentas. Tienes los

pulmones y la garganta desgarrados —es culpa del condenado alambre que tienes ahí alojado, metido a presión—. Qué extraño, ¿por qué no saldrá sangre...? Con un dolor así, lo lógico sería haber empezado a sangrar hace tiempo.

Levantas la vista y ves el resplandor de la meta a cincuenta metros de distancia. Tienes que llegar. Te tambaleas en esa dirección. Babeas; la saliva te cae por la barbilla y te gotea por el pecho, pero no tienes fuerzas para limpiarte. Resulta hasta divertido: por dentro sientes que te quema todo, pero de la boca te salen babas, simples babas. ¿Será humedad para apagar el incendio?

No te limpias, porque no tienes fuerza suficiente. Además, hace tiempo que dejaste de interesarte por tu aspecto. Pero la meta está cerca. Con cada paso que das, sientes como si pisoteases tus propios pulmones. No estás corriendo con las piernas, sino con los pulmones. Por una pista sembrada de trozos de cristal. Y por fin, ya has llegado. Delante de ti ves un montón indistinto de chándals, pero tus ojos no distinguen nada bien entre tantos lunares de luz deslumbrante que se mueven sin cesar. Eso sí, tú sabes que ahí está el profesor de gimnasia. Un héroe severo pero justo, con el cronómetro en la mano. Es tu entrenador, el experto que vela por tu integridad física. *Mens sana in corpore sano*. Joder. Un capullo con un silbato colgado del cuello y un cuadernito en el bolsillo del trasero. Un cretino en zapatillas de deporte, que debería darse cuenta de que estás a las puertas de la muerte. Pero a él eso le da igual. Aprieta el botón del cronómetro, lo detiene justo delante de tus narices y dice un número que no oyes. Porque no oyes nada, aparte del murmullo de tu sangre dentro de los oídos. Has recorrido la mitad del circuito sin oxígeno. Debes de haber absorbido oxígeno por el culo, porque las vías respiratorias —¡malditas vías respiratorias!— no han sido de gran ayuda. Pero la carrera ha acabado. Y sigues con vida. Abrazas los árboles y esperas a que empiecen a recortar un poco el alambre que tienes en la garganta. Algún alma caritativa se te acerca con unas tijeras y empieza a romper la alambrada.

Al cabo de cinco minutos ya estás tan en forma que consigues avanzar a duras penas hasta la escuela. Cuando llegas a los vestuarios, sigues teniendo un rollo de alambre en torno a la garganta, pero sabes que al cabo de una hora habrá desaparecido del todo. Lo fundamental es evitar hacer más esfuerzos en ese tiempo.

El profesor dice las notas. Un cuatro. Es tu nota. Esperabas llegar al suficiente, al aprobado bajo, pero no lo has logrado. Eres una piltrafa, no puedes hacer ni la mitad de lo que hacen tus compañeros, que bromean despreocupados a tu alrededor. Ellos lo han despachado a la primera, mientras que a ti te espera la recuperación.

Sabes que pronto te darán otra orden: participar en otra carrera, el examen de recuperación, pero ahora mismo todo eso te deja indiferente. Lo fundamental es que por hoy, ha acabado todo. Y de la recuperación quizá puedas escaquearte. Sencillamente hay que ponerse enfermo y dejar de asistir hasta que todo pase. Con el frío, de todos modos te pasarás más tiempo en casa, enfermo, que en el colegio. Tu vida solo vale la pena en verano. Porque el aire no hace tanto daño como en otoño. El invierno es todavía peor que el otoño. Y la primavera... no sé qué pasa en la primavera, pero la cosa empeora, es horrible, ya ni siquiera hace falta correr, basta con caminar rápido para que empieces a sentir el dirigible detrás de ti, el globo gigante que tienes que arrastrar y llenar con el aire incandescente que sale de tus pulmones.

Padeces una enfermedad inexistente que se agudiza con el polen primaveral. Pero eso no lo sabrás hasta bastantes años después. Ahora no sabes aún el motivo, sino solo las consecuencias. Y no le puedes hablar a nadie del tema, por descontado.

Lo peor de todo era que nadie se interesaba por lo que me sucedía.

A mi madre le interesaba hasta cierto punto, sí, pero a ella le habían contado que solo era un catarro, un catarro de las vías respiratorias superiores, y que un buen día se iría solo.

Mi madre se habría creído cualquier afirmación, con tal de que esta viniera de las instancias que representaban a la autoridad. O por lo menos, eso es lo que debo concluir ahora, porque en caso contrario me habría cogido de la oreja y me habría obligado a ir con ella al clínico universitario de Tartu. Pero se conformó con lo que le decían... ¡ay, no puedo referirme a ellos como “médicos”!, bueno, pues los profesionales sanitarios de Sillamäe. Los profesionales sanitarios de la Unión Soviética. En todo caso, muchas personas adultas fueron testigos de mi sufrimiento. ¿Es posible que nadie, ninguno de entre ellos detectara la patología?

En todo caso, voy a reconstruir la evolución de los hechos.

El asmático llega tambaleándose a la meta tras aquella carrera de pesadilla. El profe de educación física —tiene el certificado de monitor y al fin y al cabo ha estudiado pedagogía, ¿o no!?— nota a primera vista que hay algo anormal en ese niño. El niño no puede casi ni respirar. Deja que el pajarito herido se recomponga un poco y luego lo interroga: ¿no ha ido nunca al médico?, ¿sabe el diagnóstico? El niño le dice que sí, que ha ido al médico, obviamente, y muchas veces, tantas que ya está hasta el gorro de los médicos, de los hospitales y de las consultas de las policlínicas, pero no sabe lo que le pasa. El niño cree que es tuberculosis, lo ha leído en un libro y podría ser eso, porque la tuberculosis es una enfermedad de los pulmones y a los tuberculosos les cuesta respirar, por eso que se los manda a las montañas para que se curen, pero por alguna razón a él nunca lo han mandado a un sanatorio de esos. Por eso no sabe si está tuberculoso de veras, o si todo es una suposición suya. El profesor sonrío y le dice que seguro que no es tuberculosis, porque entonces, querido niño, no vendrías a este colegio, sino que irías a un colegio especial, adonde solo van niños enfermos.

Pese a todo, el profesor cree que debe investigar el asunto, y le promete al niño que todo se va a arreglar. Se dirige al tutor del niño para preguntarle si sabe algo. El tutor está de acuerdo,

decididamente existe un problema, él también se ha dado cuenta en las excursiones que la clase ha hecho en primavera y en otoño: cuando ese niño empieza a jugar con los otros o a correr, bastan cinco minutos para que se quede sin aliento. Le entra una tos bronca y tiene pitos, como si la función pulmonar se viese obstaculizada.

El profe de gimnasia comenta al respecto que salta a la vista, el niño tiene problemas cuando se enfrenta a pruebas de fondo, porque en el sprint de sesenta metros y en el salto de altura es un alumno de diez. Ha observado que el niño se hace el remolón durante los ejercicios de calentamiento, que prefiere empezar a saltar y a esprintar con los músculos fríos, y a pesar de todo esas pruebas las supera perfectamente. Las complicaciones vienen con las carreras de larga distancia y con los deportes de equipo como el fútbol en el patio, o el baloncesto en la cancha del gimnasio. Los profesores debaten cómo actuar. El niño no está exento de la asignatura de Educación Física; por alguna extraña razón los médicos no le han dado el certificado necesario, pero en la práctica debería estar exento, al menos parcialmente. ¿Se solucionaría el asunto poniéndole la nota de Educación Física sin tener en cuenta las carreras largas ni la participación en las jornadas deportivas? No se lo digamos a nadie, podemos ponernos de acuerdo nosotros y ya está. No lo vamos a mandar a casa cuando haya jornadas deportivas, pero puede ser nuestro asistente en la línea de meta, ayudarnos a registrar las marcas o encargarse de alguna otra tarea. El profesor que esté con él será responsable.

No sé si una conversación de este tipo tendría lugar alguna vez entre ellos. Tiendo a pensar que no. Porque nunca fui eximido de nada por parte de ninguno de los profesores. Los médicos no veían motivos para ello. El profesor de Educación Física tampoco. El tutor... maldita sea, no entiendo cómo estaban todos tan ciegos.

Mi madre. No, sobre ella no voy a escribir más.

Mi padre. En fin, él sí que intentó hacer algo. En una ocasión nos mandó un paquete desde Siberia, en el que

entre otras cosas fascinantes y exóticas (semillas de cedro) también había una botella panzuda con una sustancia blanca y grasienta. Acompañaba al paquete un papelito en el que se indicaba que había que tomar una cucharada sopera del líquido cada día.

Sabía a sebo derretido. Y era eso, exactamente: la grasa de un oso abatido por los disparos de los leñadores siberianos.

Este remedio sirve igual de poco para curar el asma que las cataplasmas de mostaza para la tensión alta.

Ahora, mi viejo tiene problemas de circulación, ¿tal vez debería aplicarle compresas de mostaza?

Las personas mayores que me rodeaban me dejaban sufrir. Es de suponer que en la legislación no se mencionaban nunca los casos de niños como yo.

El sistema soviético era rígido. También en las escuelas. Quizá a algún profesor le asaltaran dudas con respecto a mi calvario, pero como no había ninguna base legal que respaldara la consideración de mi caso como excepcional, lo inteligente era hacer la vista gorda, así de simple. En la actual República Estonia se podrían hacer excepciones con niños como yo, aquejados de trastornos mal definidos, de contornos poco claros. Tal vez estas excepciones se hacían también en mi infancia, en sitios como Finlandia o los Estados Unidos de América, pero no en Estonia. Aunque gracias a la película de Cage comprendí que a los asmáticos como yo no los eximían allí tampoco, porque un asmático tenía el recurso de la pipa y podía aspirar una medicina que le abría los conductos respiratorios cerrados (con el esfuerzo físico, se inflaman hasta bloquearse, y por eso los pulmones pierden su funcionalidad) y gracias a eso hasta sería capaz de correr un maratón si se lo proponía.

Yo tenía que correr también. Pero sin medicinas.

Cuando me tocó ir al servicio militar, la inspección médica del ejército que me examinó en el comisariado de Narva declaró que yo estaba sano. No hice ni siquiera amago de responder, porque qué sentido habría tenido hacerlo. ¿Qué iba a decir, que desde los siete años padecía una dolencia sin nombre

ni diagnóstico? Así que cuando me preguntaron “¿Alguna enfermedad o trastorno?”, yo contesté con el consabido “Ninguno”. Sin embargo, la decisión final de aquel tribunal militar me sorprendió. El veredicto resonó muy alto en mis oídos: dos años en las fuerzas de asalto del ejército del aire.

En este tipo de cuerpos es donde hacen el servicio individuos de los que se espera que corran cincuenta kilómetros sin parar y que luego ataquen una base de la OTAN, empleando para sus operaciones palas de zapadores, cuchillos o incluso sus propios dientes si llega el caso.

Los hombres del comisariado de Narva iban en serio, de eso no me cabe ninguna duda. Me dijeron el día y la hora en los que tenía que presentarme en el aeropuerto de Narva para tirarme en paracaídas. Supongo que esa sería la orden. Antes de enviarlo a un cuerpo así, habrá que comprobar si el amigo es capaz de meterse en un avión y de lanzarse desde él a tres kilómetros sobre el suelo. Hay personas que no pueden. Ni siquiera pueden meterse en un avión. Por ejemplo, David Bowie. Dicen que en su gira por Japón tuvo que atravesar la URSS en tren. Y que por el camino vio cosas que probablemente lo hicieron arrepentirse de su decisión.

Pero vamos a volver a mi historia. El salto en paracaídas parecía ser la única prueba que pretendían hacerme para medir mi idoneidad. A nadie le interesaba lo que pudiera pasar después, una vez hubiese aterrizado con mi paracaídas y tuviera que ponerme a correr para llegar a la condenada base de la OTAN, con un fusil de asalto en ristre o quizá arrastrando a un camarada lesionado en las maniobras de aterrizaje. A mí, por el contrario, eso me interesaba sobremanera.

Y sucedió más o menos así —digamos que medio inconscientemente—: en el día acordado, no me presenté en el aeropuerto de Narva. Es posible que me confundiese de día. En todo caso, no salté desde el avión ni tampoco fui nunca a las tropas de asalto.

Si hubiera sucedido de otro modo, hoy no estaría escribiendo estas líneas.

Hubieran acabado conmigo en los primeros seis meses.

Me ayudaron las misiones espaciales del ejército, pues es en ese cuerpo donde acabé haciendo el servicio militar. He de decir, con todo, que tampoco estas tropas estaban especialmente pensadas para la gente discapacitada.

A los diecinueve años, cuando de hecho tuve que presentarme a filas, mi tortura ya no era tan espantosa, porque efectivamente se cumplió el pronóstico del médico de mi ambulatorio: que a partir de los quince años, al chico se le pasarían los síntomas más molestos.

Es curioso, ¿cómo lo sabría? ¿Cómo sabría que con la pubertad la cosa mejoraría, si ni siquiera sabía, al menos oficialmente, qué dolencia padecía?

Es un enigma al que le he dado muchas vueltas.

Ese alivio temporal no significó que yo pudiera recuperar todo el terreno perdido en el campo deportivo. Siete años sin jugar al fútbol, ni al escondite, ni a las guerras de bolas de nieve, sin montar en trineo, sin pelearme, sin ninguna de las cosas que llenan de sentido la vida de un chico, me dejaron un vacío imposible de colmar. Hay ciertas cosas que se aprenden antes del séptimo u octavo año de vida. Y si ahí queda un hueco, más tarde no podrá rellenarse.

Habría bastado una pipa como la de Cage en la película: con ella, yo habría sido una persona completamente válida, como los demás.

Aunque, en fin, por otro lado... Si la hubiese tenido, en la comisaría de Narva no me habrían mandado al cuerpo de asalto del ejército del aire, sino a las fuerzas de ataque marítimo-terrestre (los que corren cien kilómetros sin parar y luego matan a todo el que se encuentren en la base de la OTAN y la vacían, aunque tengan que usar para ello los palillos de los dientes), y en ese trance, poco me habría podido quejar de no tener la dichosa pipa.

Me habrían mandado a Afganistán a luchar contra los muyaidines o a algún rincón de Angola... Quién diablos lo sabe.

Así que no vale la pena lamentarse.

Lo malo del caso, si echo la vista atrás, es que ahora sigo sin poder entender a los adultos de entonces.

Otro amigo mío, nacido en Buenos Aires, me confesó un día que incluso aquí, viviendo en Estonia, se sobresalta sin querer al toparse por la calle con un militar de uniforme. Es comprensible que dé un respingo al ver el brillo de los galones, porque creció en los tiempos de la junta militar. Yo entiendo ese sentimiento.

Yo me sobresalto al ver a un tipo resuelto y bienhumorado vestido de chándal y con un silbato colgado del cuello, que maneja un cronómetro y que lleva a un grupo de escolares a correr al estadio, a patinar sobre hielo en el estanque de Snell de Tallin o a esquiar por los bosques de Nómme.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



DAVID VSEVIOV

(1949)

Historia de una vida. Las dos primeras semanas

En 1944 la Unión Soviética ocupó Estonia por segunda vez en menos de cinco años. Parodia efervescente del género autobiográfico, esta novela de comicidad grotesca pinta un fresco de la vida cotidiana de los habitantes de Tallin en los años inmediatamente posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial.

David Vseviov

“Historia de una vida. Las dos primeras semanas”

Elulugu. Kaks esimest nädalat, Tuum 2019, 232 p.

páginas 6–28

La mayor parte de los fragmentos, diálogos, reflexiones, etc. en lengua rusa que aparecerán en adelante, las he traducido al estonio en aras de la comodidad.

PRIMERA SEMANA. PRIMER DÍA

27 de mayo de 1949

La tía Mari (así la llamaban algunas de sus compañeras de trabajo, estonias y menores que ella) se estaba aproximando ya al pabellón de maternidad del hospital número 1 de Tallinn, donde llevaba aproximadamente dos años de enfermera jefe, cuando se levantó de repente un fuerte vendaval. Aquel brusco cambio meteorológico obligó a Maria Ivanovna (así, en una clave más familiar, se dirigían a ella las pocas compañeras que hablaban ruso) a detenerse con un gesto de preocupación. ¡Vaya!, y yo que antes de salir de casa había subido al balcón la ropa que lavé con tanto cuidado ayer noche, murmuró entre sí, “para que respire un poco de aire fresco” —esas fueron sus palabras textuales—. Ahora, las fuertes rafaguillas de viento quizás se llevaran alguna de las camisas de Vassili, o —eso sería todavía más embarazoso— sus calzoncillos. Saldrían volando o peor: caerían en el balcón de los Kukulov, que vivían justo debajo.

Porque eso mismo había sucedido al principio de la primavera, y Maria Ivanovna Sidorkina no deseaba revivir todo el trastorno que el suceso había provocado entonces.

Especialmente después del episodio del domingo anterior. Ese día, cuando alguien aporreó la puerta de buena mañana, ella fue a abrirla y se encontró con dos hombres de uniforme. Más tarde se enteraría de que a los guardias, destinados en el cuartel del final de la calle, los había llevado hasta el lugar del crimen la misma Lena Kukulova.

No puede decirse que aquellos guardias jovencitos se mostrasen demasiado desenvueltos esa mañana, pero por detrás de sus espaldas asomaba el rostro irritado de la Kukulova, que además gesticulaba mucho con las manos y profería a la vez la siguiente amenaza, con una voz atronadora:

“¡Tiene que ir a la cárcel!”

Maria no entendía ni una palabra.

“¿A quién hay que meter en la cárcel?”, preguntó, asombrada.

El guardia de más estatura farfulló algo ininteligible al tiempo que, dubitativo, cruzaba el umbral del piso. No es que lo hiciera por propia iniciativa, sino que más bien cedió a la franca y violenta presión de la vecina. El otro uniformado, más bajo y portador también de un mostachito, siguió los pasos de ambos.

“¡Tiene que ir a la cárcel!”, insistía pertinaz la Kukulova.

Maria, que seguía sin entender nada, repitió:

“¿Quién?”

“¡El gato!”, rugió la Kukulova, todavía más airada, si cabe.

“El gato”, repitieron maquinalmente los dos guardias.

“¿Dónde está?”

“¿Qué gato?”, preguntó Maria, a quien el instinto ya había hecho retroceder en dirección a la cocina.

“¡Pues el suyo, ese gato sarnoso! ¡Asesino!”, respondió la Kukulova, rechinando los dientes y con la cara roja como la grana. A continuación agarró por el brazo al guardia más alto e imploró, con un tono de voz que había cambiado de improviso para adquirir una nota humilde, a la vez que exigente:

“Deténganlo”.

“Se desinflará en un segundo”, le advirtió una vocecita a Maria, sin que ella fuese consciente. Era una voz que salía de sus entrañas de enfermera experimentada. Aunque de hecho,

a la vecina, el contacto con el agente de la autoridad parecía haberle infundido una energía nueva. Apretó la mandíbula y se acercó a la dueña del piso blandiendo los puños, con expresión amenazante.

“¡Me lo cargo!”, voceó la mujer, que ya había perdido cualquier vestigio de autocontrol.

Maria empezó a asustarse en serio y retrocedió todavía más.

“¿Qué gato?”. Un solo pensamiento le martilleaba en la cabeza. “¿No será Barsik, verdad?”

Aunque en lo tocante a Barsik, a quien estaba cuidando durante un par de días porque se lo había pedido su hermana, Maria estaba algo confundida. ¿Y si, después de todo, sí que se trataba de Barsik?

Víctima de una fuerte conmoción, Maria se dio la vuelta en redondo para comunicar al policía que Vassili se había ido a pescar. A pesar de que, de momento, nadie le había preguntado por Vassili.

Esa mención a Vassili aumentó la exasperación de la Kukulova, que estalló en sonoros sollozos, ante los cuales el guardia más bajo reaccionó arrimándole el taburete que había en el recibidor de Maria Ivanovna. Pero Lena Kukulova no tenía intención alguna de serenarse ni de sentarse. Todo lo contrario, se irguió cuan larga era y declaró, con un tono de voz de lo más trágico:

“Él pescando. Y mientras, aquí mismo, un hombre se muere”.

Dicho lo cual le volvió la espalda a Maria, colocó los brazos en jarras y exigió a los guardias a grito pelado: “¡Deténganlo! O si no...”

Para entonces se habían congregado delante de la puerta abierta del piso de los Sidorkin vecinos de diferentes viviendas cercanas. Por ejemplo del número seis, donde vivían tres hermanas solteras que compartían dos dormitorios, pero también del piso de enfrente, que era de una sola habitación —la puerta ocho— y al que se acababan de mudar Linda, que era pecosa y trabajaba de dependienta en una tienda, con su hija de tres años Óie y su madre. Al hilo de esto, cuando Maria recordara más tarde todos estos acontecimientos, lo que le saltaría

primero a la memoria serían los camisones de las tres hermanas, todos iguales. Tal vez porque eran de color grosella. De ese color grosella que Maria, en su infancia, no habría logrado reproducir ni en sueños, por muchas mezclas que ensayara.

La tensión entre los congregados a la puerta de Maria fue aumentando hasta llegar a su apogeo, y quién sabe cómo podría haber acabado esta historia si no se hubiera oído gritar bien alto, desde la planta inmediatamente inferior, a Kostia Kukulov.

“Lénochka, ¿dónde estás?”

¡Justo entonces se obró un milagro! Lena Kukulova suspiró con alivio, inmovilizó al guardia más bajo rodeándole el cuello con los brazos, le plantó un beso en la mejilla y gritó:

“¡Está vivo!” , antes de marcharse como una exhalación.

Aunque poco a poco fuera tranquilizándose, Maria seguía sin entender qué había soliviantado tanto a la Kukulova. Y eso que no era la primera vez que chocaba con los vecinos del piso de abajo. Pero nunca había visto a la Kukulova tan fuera de sí.

La inopinada marcha de Lena Kukulova no puso punto final a la historia. Más que nada, porque los curiosos de las viviendas cercanas, que se habían ido apiñando en el diminuto recibidor de los Sidorkin, no tenían ninguna intención de marcharse. También los guardias, que luchaban por mantener las formas, y que de momento habían logrado componer el típico rictus que caracteriza a los agentes del orden, parecían ahora más resolutivos. Habían llegado a la conclusión de que, a despecho del tumulto, su obligación seguía siendo mantener la cabeza fría y atrapar al presunto delincuente. A quién le importaba que la víctima hubiese abandonado inesperadamente la escena del crimen. Por lo tanto, el guardia más alto dio unos pasos y se aproximó al sitio donde hacía pocos instantes gesticulaba la Kukulova. Con un tono que no daba opción a réplicas, la exhortó:

“Ciudadana, ¿dónde está su gato? Nos lo tenemos que llevar al cuartel”.

A lo cual, el guardia más bajo agregó:

“Hasta que se esclarezcan las circunstancias”.

El comentario le corroboró por fin a Maria que el gato que buscaban era Barsik. Pero seguía sin comprender qué podía haberles hecho a los Kukulov un gatito tan joven. Entonces se le ocurrió a Maria que el domingo anterior, cuando ella aún se estaba desmereciendo en la cama, Vassili había salido y soltado a Barsik en el balcón. Para que mirara los pájaros, según él. Y desde esa mañana hasta hoy... pues sí, era posible que no hubiera visto más a Barsik. Maria también se percató entonces de que, al oír los insistentes porrazos en la puerta y salir despavorida a abrirla, se había echado encima la chaqueta del pijama de Vassili a toda prisa, que le venía estrecha de pecho y que a duras penas llegaba a ocultar las bragas que también se había puesto apresuradamente. Darse cuenta de aquello hizo que se le subieran los colores y la impulsó a extender el brazo, para intentar agarrar el camión por un extremo. Por si acaso, siempre tenía esa prenda colgando en el perchero de la entrada. Pero no llegó a alcanzarlo, porque el guardia más alto le apartó el brazo con hosquedad mientras la instaba a dejar de hacer el payaso y de montar numeritos.

“De momento, ustedes traigan al gato para acá, que para arreglar los asuntos personales van a tener mucho tiempo”, apostilló el guardia más bajo.

Fue justo entonces cuando Maria empezó a sentirse mal. Por fortuna, el taburete que habían reservado para Lena Kukulova ya estaba preparado en mitad del recibidor, de modo que pudo derrumbarse sobre él al tiempo que se enjugaba con la manga unas gotitas de sudor que habían brotado en su frente.

A raíz de ese momento de debilidad de Maria Ivanovna, todos se callaron. El silencio se prolongó durante unos instantes y solo fue interrumpido cuando la hija de Linda, con la desinhibición propia de los niños, formuló una pregunta:

“¿Por qué lleva esas bragas la tía Mari?”. Aunque hizo la

pregunta en estonio, una lengua que desconocían una buena parte de los habitantes del bloque, y probablemente también los guardias, el malestar de Maria se acrecentó. Su único deseo era poder escapar y refugiarse en la intimidad de su piso, acabar de un plumazo con una situación en la que, de golpe, se veía no solo tachada de delincuente, sino también convertida en hazmerreír del vecindario.

Desgraciadamente, a Maria ya no le quedaban fuerzas. Los guardias habían sufrido una evolución opuesta: se mostraban cada vez más inflexibles. En este sentido, cabe precisar que el guardia más bajo había tomado las riendas del caso. Empezó a dar fuertes empujones a los vecinos para que se retiraran hacia el portal y le comunicó a Maria que la estarían esperando al cabo de cinco minutos detrás de la puerta.

“Con gato o sin él”, dijo, y añadió con un tono amenazador: “Ustedes saben perfectamente cuál de las dos se va a venir con nosotros al calabozo”.

La puerta de los Sidorkin todavía estaba cerrándose tras la espalda de la hermana mayor, la más reacia a marcharse y también la última en salir, cuando se oyó a Lena Kukulova que gritaba victoriosa:

“¡Ya lo tengo!”

Casi de inmediato, Maria Ivanovna vio en primer lugar el brazo extendido de la Kukulova, que subía presurosa hacia el rellano. A la vez trataba de aprisionar a Barsik, quien a su vez intentaba liberarse con denuedo de aquella tenaza. Al poco, asomó también la cara triunfal de la vecina, en la que se leía una satisfacción suprema.

“¡Ya lo tengo!” reiteró una vez más mientras le alargaba el gato al guardia más alto, quien por su parte se lo pasó al colega de menos estatura. Justo en ese momento la hija de Linda, Óie³¹,

³¹Con sus tres vocales, este nombre propio, el genitivo de la palabra “óis” (flor), resulta difícil de pronunciar a muchos hablantes no nativos, por ejemplo a los rusófonos.

cuyo nombre todos tenían dificultades para pronunciar, declaró que ella también quería un gato, a lo cual las tres hermanas respondieron con una risotada astuta y prácticamente al unísono —un hábito este que se había ido consolidando a lo largo de su larga convivencia—: sí, claro, se lo regalarían por Navidad.

Maria, que aún no se había levantado del taburete, miró suplicante a los guardias. Una idea no dejaba de darle vueltas en la cabeza: ¿qué le diría a su hermana en caso de que, en efecto, se llevasen a Barsik? ¿Qué pasaría entonces? Y sin que pudiera hacer nada por evitarlo, las lágrimas empezaron a deslizarse por sus pómulos redondeados...

“No volveré a hacerlo”, dijo instintivamente, con tono lastimero. Y para más seguridad añadió: “No volveré a hacerlo”.

“¿A quién han matado?”

“¡Mira quién habla! ¡Date por muerta!”, le espetó la Kukulova.

Estas palabras irritaron al guardia más alto, que le recomendó a la Kukulova pensar dos veces antes de hablar: “Si no, se vendrá con nosotros a hacerle compañía al gato”.

Justo en este instante, Lena Kukulova acabó de perder los estribos. Se puso a soltar berridos de nuevo y toda la ira que hasta el momento había volcado en Maria se desvió hacia los policías. Los improperios que la Kukulova derramaba a raudales sobre los agentes no tardaron en teñir de rojo las mejillas de las tres hermanas solteronas. Hasta Linda, para quien los tacos en ruso eran poco más que ruidos en una lengua extraña, reconvino a la Kukulova: “¡Debería darle a usted vergüenza!”. Las hermanas secundaron este comentario diciendo al unísono: “¡Y además, delante de la niña.” Aunque lo cierto es que la niña estaba contentísima, porque uno de los guardias le había pasado el gato.

Resonó fuerte entonces la voz del guardia más alto, que miró directamente a los ojos a Lena Kukulova y afirmó con gesto amenazador:

“¡Ciudadana, basta ya de histerias! Vamos a ver, ¿qué le ha hecho a usted este gato? Aproveche ahora que tiene delante a la otra parte, sentada tranquilamente”. Señaló con el dedo

a Maria y prosiguió. “No hay ningún motivo para perder los papeles de este modo”.

“Oiga usted, ¿a qué viene preguntar *qué ha hecho?*” bramó la Kukulova. “¡Un poco más y mata a Kostia!”

“Un gato no puede matar a ningún hombre”, le replicó Linda, antes de puntualizar con su fuerte acento estonio: “No es lo bastante grande”.

También las hermanas, en cuyos rostros se traslucía antes el apoyo a Lena Kukulova, asentían ahora expresando su conformidad con los argumentos de Linda. La hermana más joven, que estaba en pie muy cerca de la Kukulova, intentó abrazarla mientras aseguraba con una entonación sosegadora: “¡Lénochka, si Kostia está vivo! ¡Se lo acaba de oír gritar, diciéndote algo! ¿Qué ha pasado, por favor?”

Y Lena Kukulova empezó a hablar.

Aquella mañana, como solía hacer todos los domingos, después de desayunarse bien temprano, Kostia había salido al aire fresco para tenderse y descabezar un sueñecito. Estaba convencido de que no llovería, y por eso la noche anterior había sacado una tumbona plegable del armario del recibidor y la había colocado en el balcón. El armario en el que estaba la tumbona Kostia lo llamaba “mi armario”. Allí guardaba todo tipo de herramientas y prendas de ropa que necesitaba para hacer las tareas domésticas. Eso sí, en el estante más alto guardaba también Kostia sus sombreros —desde el gorro ruso de piel con orejeras para el invierno hasta la *tubeteika* que Karim, un camarada uzbeko de los años del ejército, le había regalado con motivo de algún aniversario ya antes de la guerra. Aunque la *tubeteika* en sí no le gustaba, Kostia la consideraba un recuerdo y por eso la metió en el equipaje cuando se mudaron a Estonia. Lena ya se la había puesto un par de veces a su marido, a hurtadillas, mientras este dormía sin protección bajo el sol. Cada vez que lo hacía, al despertarse Kostia, estallaba la misma pelea:

“¡Ya me has encasquetado otra vez este asco de sombrero! ¡Que no soy uzbeko, te he dicho!”

En esta ocasión, sin embargo, al ver que su marido dormitaba en el balcón, Lena decidió proceder de manera distinta. Y es que, a saber por qué, le vino de pronto a la cabeza una imagen de su juventud: con un grupo de chicas, hacía probaturas con un pañuelo, tratando de atárselo a la cabeza a modo de tocado. A fin de cuentas se trataba de hacer un nudo en cada ángulo, para que en la parte de detrás del cuadrado quedase una cola de unos cinco centímetros. Sombrero terminado.

Lena sacó del armario de la ropa blanca el pañuelo más vistoso, hizo unos nudos mientras barruntaba algo para sí —se imaginaba ya la sorpresa que se llevaría Kostia al despertarse, palparse la cabeza con la mano y darse cuenta de que a la *tubeteika* le había salido cola— y colocó su reciente creación sobre la cabeza del durmiente marido. Cuando regresó a la sala de estar, Lena se sentía muy satisfecha consigo misma —¡qué gran idea!—, sobre todo porque aquella mañana había salido especialmente calurosa para la época del año. Así que se tendió de nuevo en la cama.

Pero Lena Kukulova apenas había tenido tiempo para pegar ojo cuando atronaron desde fuera los bramidos desesperados de Kostia: “¡Socorro!”

Alteradísima, Lena salió corriendo como alma que lleva el diablo. Al llegar al balcón descubrió ante sí una escena horrorosa. Kostia desplomado, inconsciente entre la tumbona y un enorme cajón de verduras, con un gato colgado de la espalda. El animal mantenía firmemente agarrado uno de los salientes del pañuelo con las zarpas delanteras, a la vez que clavaba las traseras en la espalda de Kostia, probablemente para intentar mantener el equilibrio. Boquiabierta del pasmo, Lena notó cómo se le ponía un nudo en la garganta que le impedía respirar. Con todo, al cabo de unos segundos se espabiló y se abalanzó sobre el gato mientras lo cubría de imprecaciones. El minino, que no debía de estar menos aterrorizado que ella, emitía unos maulliditos llenos de espanto, pero no daba señales de querer soltar el pañuelo. Todo lo contrario: lejos de rendirse, hundió todavía más las uñas de las zarpas traseras en la espalda

de Kostia. Pero las fuerzas de Lena se habían multiplicado. De un solo golpe apartó al gato, que empezó a emitir gañidos desgarradores, y enderezó a duras penas la tumbona de Kostia mientras repetía sin descanso el nombre de su marido.

Todo esto lo hizo Lena maquinalmente, sin preguntarse siquiera si Kostia respiraba aún o si tal vez todos aquellos esfuerzos los estaba haciendo en vano. El gato, por su parte, ronroneaba sin dar tregua, como si nada de aquello hubiera sucedido.

“Muerto”, musitó Lena, antes de soltar el cuerpo de Kostia para lanzarse como posesa sobre el gato. El animal, por su parte, ni se inmutó: siguió lamiéndose la sangre de la zarpa izquierda como si nada.

De repente, Lena Kukulova cayó en la cuenta: ¡era el gato nuevo de los Sidorkin! Y sin plantearse en ningún momento si debería dar cuentas a alguien de lo que iba a hacer, la mujer se encaminó al cuartel de la guardia urbana.

Más tarde, una vez los guardias informaron de lo sucedido en el cuartel, su superior, que lucía galones de teniente en las hombreras, se tomó unos minutos para cavilar y resumió la situación de esta manera: “Total, que al verse tratado como un juguete, el gato del piso de arriba se molestó y decidió atacar a un pañuelo, cuya cola ondeaba al viento”.

Fue un viernes por la mañana, el 27 de mayo de 1949. La noche anterior Maria y Vassili, como era su costumbre, se acostaron temprano. Cada uno con su periódico: Maria Ivanovna con “La Voz del Pueblo”³² y Vassili Petrovich con “Estonia Soviética”³³. Esta misma rutina llevaba repitiéndose muchos meses, cada noche, sin apenas excepciones. Por iniciativa de quién, es algo que Maria y Vassili no habían

³²El nombre original de este diario en lengua estonia es “Rahva Hää”.

³³Diario rusófono cuyo nombre original es “Sovjétskaya Estonja”.

comentado. Aunque en realidad Maria estaba convencida de que la idea se le había ocurrido a ella. Solo que discutir por algo así con su marido —¡ah, qué gran idea tuve!, había proclamado no hacía mucho Vassili, muy ufano—, a ella ni se le pasaba por la cabeza. Es indudable que Maria gozaba de cierto privilegio, que llevaba disfrutando varios años, ya que podía leer de corrido en ambas lenguas. Sus compañeras de trabajo no se cansaban de manifestar su asombro por lo rápido que Maria Ivanovna había aprendido a hablar en estonio, y además en un estonio impecable. A la pregunta de ¿cómo es posible?, Maria siempre daba la misma respuesta:

“Huy, pues nada, sobre la marcha”.

Y ciertamente, ya en el colegio, lo cazaba todo al vuelo. Apenas le era necesario perder el tiempo estudiándose la lección en casa.

A Vassili Petrovich, por el contrario, al principio no se le grababan las palabras en estonio. No sabía por qué, pero no había manera. Bastante tiempo atrás, estando los dos en una tienda, quiso sorprender a su mujer con cierta frase oída en algún sitio: “que viene el oso...”³⁴, pero vista la reacción de ella, no volvió a emplearla nunca más. Ante el comentario que hizo Maria: “¿De verdad, eso es todo lo que tienes que ofrecer?”, Vassili intentó desviar la atención con un chiste: él era como Élochka la Caníbal, un personaje de “Las doce sillas” que se apañaba de maravilla con treinta palabras.

En esa época, todavía se iban a la cama con un libro cada uno. El de Maria era normalmente un clásico ruso y el de Vassili alguno de la serie “Жизнь замечательных людей”³⁵. Pero resultó que una noche se fueron a la cama bastante más tarde de lo habitual, y extendieron los brazos al unísono para

³⁴La expresión “situ ruttu, karu tuleb” (“caga rápido, que viene el oso”) se empleaba durante la época soviética, entre otras cosas y sobre todo, para burlarse de quienes no sabían estonio.

³⁵“Vidas de personas extraordinarias”, en ruso en el original.

alcanzar los periódicos que tenían abandonados en sendas mesillas de noche. Fue un hecho casual, que no habían acordado. Vassili los había puesto allí por la mañana, mientras esperaba a Maria, que estaba en el trabajo. Los trasladó desde la cocina, donde solía sentarse a leerlos. Maria eligió “La Voz del Pueblo” y Vassili “Estonia Soviética”. Aquella sincronización de sus movimientos, de haber sucedido otro día cualquiera, ¿habría dejado igual de atónito a Vassili? Casi seguro que no. Pero ese día, a altas horas de la noche, Vassili se sintió atormentado por la culpa.

Era el cumpleaños de la madre de Maria, Agafja Fjodorovna. Aunque vivía en uno de los edificios de que daban a la Plaza de la Victoria³⁶, y tenía una habitación para ella sola en una *kommunalka*³⁷, ese día señalado llevaba varios años pasándolo en casa de su hija. Este año también lo celebraría allí, y además con los mismos convidados de siempre. Incluyendo a Agafja, Maria y Vassili, la mesa estaba puesta para doce personas. A Vassili le vino de nuevo a la cabeza el mismo pensamiento: “¡otra vez *Las doce sillas!*”.

En realidad no tenía claro cuántos años cumplía su suegra, si eran 76 o 77. En cualquier caso, los invitados de Agafja eran de su quinta. Por lo menos de ese dato, Vasili estaba seguro. Pensando en eso estaba cuando se dio cuenta de que a dos de las invitadas no las había visto antes. Eran dos mujeres que iban vestidas con sendos vestidos azules, y una de ellas se sentaría más tarde a su lado. En un par de ocasiones estuvo tentado de preguntarle a Maria quiénes eran, pero como no encontró el momento adecuado, acabó por desechar el

³⁶Nombre soviético de la actual Vabaduse Väljak (Plaza de la Libertad) de Tallinn.

³⁷Durante la época soviética, era habitual —sobre todo en las ciudades grandes— residir en viviendas comunitarias. Cada familia o individuo tenía derecho a utilizar un dormitorio. La cocina y los baños solían compartirse con los demás habitantes de la planta o del inmueble.

pensamiento: “Bah, ya preguntaré luego”. Más que nada, teniendo en cuenta el estado de nervios de su mujer ese día. Maria tenía previsto volver a casa después del turno de noche —para asegurarse de poder cubrirlo, había tenido que ponerse de acuerdo con una compañera de antemano—, dormir un par de horitas y a continuación ponerse a preparar el banquete de cumpleaños. Vassili tenía que limpiar el piso.

En general, Maria se encargaba de hacer la comida sin poner pegas. También esta vez lo tenía todo muy bien pensado. Entre los distintos platos había unos arenques que Maria había conseguido gracias al marido de una mujer que había dado a luz gemelos (y que le había dejado el paquete sobre el mostrador de las guardias, junto con una nota muy curiosa dirigida a Maria: “Ojalá nadéis en el mar de la vida igual de felices que estos peces. De los Petrovich, muy agradecidos y ¡por fin juntos los cuatro!”), además de rodajas de embutido y lonchas de jamón. Los gruesos trozos de panceta ahumada se los había llevado una campesina estonia. La mujer había dado a luz a una niña prematura y por si fuera poco, le dijo que quería ponerle a su hija de nombre Maria, en contra de la voluntad del marido, que habría preferido llamarla Teele. Completaban la mesa los pepinillos que la propia Maria curaba en salmuera, unas setas y tres ensaladas distintas, cuyas recetas Maria había ido perfeccionando hasta rozar el virtuosismo. Y en el centro de la mesa había una gran fuente de lampreas de Narva, que les había regalado Kirill, un amigo de Vassili.

¡Cómo no, también estaba la gelatina de carne³⁸! Maria no se acordaba de haber cocido carne nunca antes para hacer gelatina, pero en la celebración de dos años atrás (¡la primera vez que pusieron en la mesa esa exquisitez!), su madre aseguró que de pequeña Maria había conseguido esconder debajo de la mesa diez pedazos de gelatina, con la

³⁸La gelatina de carne (“jolodjéts” en Rusia y Ucrania; “sült” en estonio) se considera una exquisitez en muchos países de la extinta URSS.

idea de observar a hurtadillas cómo se derretían. En opinión de Maria, aquello no podía ser más que un cuento chino fruto de su inventiva, puesto que de haber sido en efecto capaz de apartarlos, los trozos habrían desaparecido en un santiamén en el estómago de Tusik. Justo con ese argumento se enfrentó a su madre. A lo cual Agafja repuso, con un tono que no admitía réplicas: ¡pero si a Tusik la gelatina de carne no le gustaba nada!

Pese a que mesa estaba ya cubierta, cómo no, de ricas viandas, Maria no se sentía satisfecha. Y es que su plan se había ido a pique. Linda, la vecina, había regresado anteayer de su casa de campo con cinco pollos de matanza. Al encontrarse en el descansillo con Maria, le había preguntado si no le interesaría comprarle unos cuantos pollos frescos. Al mismo tiempo, Óie, que iba cogida de la mano de su madre, empezó a hacer pucheros y a pedirle un pollo “para jugar a montar un zoo”. Maria aceptó muy contenta la propuesta de la vecina.

“Menuda sorpresa se va a llevar mi madre”, iba pensando un rato después Maria, muy satisfecha, cuando le llevó a Linda el dinero que costaban dos pollos.

Sin embargo, la sorpresa que le tenía preparada a su madre quedó en nada, porque Hildegard, que le había cambiado a Maria turno de la mañana, no se presentó a trabajar, con lo que Maria llegó a su casa cuatro horas más tarde de lo previsto. Le quedaba tan poco tiempo antes de que se presentaran su madre y los demás invitados que, de haber querido cocinar los pollos —tenía previsto trocearlos bien y guisarlos a fuego lento—, los comensales habrían tenido que esperar una eternidad. Ya no había remedio. Por mucho que le insistió Vassili, Maria lo tenía claro. Respondió batiendo la mano en el aire, exhalando un profundo suspiro y ordenándole a su marido:

“Va, vete sacando la trenza de pasas”.

Ese dulce se había comprometido a hacerlo la mediana de las tres hermanas, que se llamaba Oktjábrina. U Óktja: así se referían a ella en privado Maria y Vassili.

En general, a Vassili no le gustaban las fiestas del cumpleaños de su suegra. No porque se llevara mal con ella, todo lo contrario. Pero algunas de las amigas de Agafja lo ponían de los nervios. En particular Ganna Vulfovna, una profesora de inglés jubilada. Especialmente irritante era que casi todas sus frases empezasen igual, con la muletilla “¡No tiene usted razón!”. También tenía por costumbre levantarse de la mesa cada cierto tiempo y anunciar que iba a echarse un ratito. Y exactamente eso solía hacer, invadiendo sin más ceremonias el dormitorio de Maria y Vassili. Al cabo de aproximadamente media hora, reaparecía y les comunicaba a todos los asistentes:

“Caramba, qué a gusto me he quedado”:

La mera idea de que Ganna Vulfovna hubiese invadido su cama bastaba para quitarle a Vassili cualquier clase de apetito. Maria, por su parte, no entendía demasiado bien esta reacción por parte de su marido y respondía así ante sus protestas:

“Deja que descanse, ya es mayor. Y tampoco ha tenido una vida fácil”.

El año anterior, Vassili hasta había tratado de colar una mentira. Cuando Ganna Vulfovna no había hecho más que llegar y ni siquiera había traspasado el umbral del piso, lanzó una advertencia como quien no quiere la cosa:

“Ay, fíjense que acabamos de echar insecticida en el dormitorio”.

Ganna Vulfovna se hizo de nuevas y repuso:

“¡Estupendo!

Lo que no precisó es el significado de ese “estupendo”. Sea como fuere, llegado el momento no perdonó y pasó al dormitorio. A propósito de esto, debe decirse que los demás convidados de Agafja no parecieron en absoluto incomodados por esta excéntrica conducta. La primera vez que Vassili fue testigo de ella, después de marcharse los invitados, le había preguntado a Maria:

“¿Eso es normal?”

“Ella siempre lo ha hecho”, repuso su esposa.

Y es que Maria Ivanovna conocía a Ganna Vulfovna desde la infancia. Desde una época, ya muy lejana, en la que todos vivían en Nóvgorod.

Pero había otra persona en aquel grupo que Vassili toleraba todavía peor: Marfa Kondratjevna, que era vecina de su suegra en la *kommunalka*. Vassili no soportaba su desagradable manera de comer. Porque Marfa Kondratjevna no comía, sino que más bien daba lametones. En principio, el problema podría haberse achacado a la pérdida de casi toda la dentadura. Y de haberse reducido a eso, Vassili lo habría sobrellevado con resignación. Pero por desgracia, después de lamerla largamente y con fruición, Marfa Kondratiévna no se tragaba la comida, sino que se la sacaba de la boca. Así podía quedarse un buen rato, mirando con gran concentración, por ejemplo, unos trozos de salchicha triturada. Al cabo suspiraba y acto seguido volvía a engullir la salchicha. Por si acaso, Vassili hacía lo posible para no aterrizar a su lado en la mesa. Maria tampoco deseaba cargar ella con el mochuelo, pues en este punto concordaba del todo con su marido: era una forma de comer repulsiva. Incluso intentó varias veces insinuarle a su madre que tal vez no mereciera la pena invitar a Marfa Kondratjevna, pero ella no parecía compartir en absoluto esa opinión, y de hecho defendía a su vecina diciendo que era muy buena persona, ¿o no?, para añadir a renglón seguido que lo de los dientes no era culpa suya.

Como hacía cada año, Vassili buscaba con desespero la forma de evitar sentarse al lado de la vecina de su suegra. Con este objetivo, tomó de la mano a Marfa Kondratjevna con fingida caballerosidad y la condujo hacia una silla. Nada más sentarse ella, Vassili se apresuró a apartarse de aquel punto cuanto pudo y se instaló al lado de una de las dos desconocidas vestidas de azul —a Vassili le había dado la impresión de que, a ella, los demás convidados sí la conocían—. Pero la maniobra se reveló como un gran error: Vassili no había hecho más que sentarse

—acababa de pedir un breve brindis a la salud de su suegra— cuando la persona que tenía al lado se le arrimó un poquito y le susurró:

“En mi opinión, Agafja Fiodoróvna tiene mala cara hoy”.

Y antes de que Vassili pudiera pronunciar la más mínima sílaba, la mujer, que entretanto había tenido tiempo de presentarse como como Vera Ippolitovna, se inclinó para acercarse aún más a él y le preguntó:

“¿Por qué está tan pálida Maria Ivanovna?”

A Vassili le dio la sensación de que, para mayor recochineo, un peculiar tono irónico acompañaba a la pregunta. Todavía no había tenido tiempo de reaccionar cuando Vera Ippolitovna retomó su idea:

“Ese vestido que lleva la hace gorda, ¿no le parece?”

Y sin aguardar ni un segundo para oír la respuesta de Vassili, la mujer se volvió hacia el comensal que tenía al otro lado y le pidió que le alargara una rodajita de gelatina de carne. Tras su petición, exclamó en voz altísima:

“¡Tengo debilidad por la gelatina de carne!”

La escena dejó a Vassili tan patidifuso que, sin reflexionar apenas —más tarde no sería en absoluto capaz de justificar sus acciones— palmeó el hombro de la mujer y le preguntó, procurando bajar mucho el volumen:

“Más tarde sacarán el pollo.”

Vera Ippolitovna asintió con la cabeza y, propinándole un resuelto empujón, devolvió a su sitio la fuente de gelatina que le habían tendido. Después de lo cual se inclinó hacia el otro lado y se dirigió a la comensal de la silla contigua —en ella estaba sentada una antigua compañera de trabajo de la suegra en una fábrica de productos lácteos— y le susurró algo al oído.

Cómo se difundiera entre los asistentes la noticia de que faltaba el pollo por servir, Vassili no llegó a saberlo nunca, porque tuvo que marcharse un rato a la cocina a traer pan, un detalle que se les había pasado por alto al poner la mesa. Al volver, le saltó a la vista de inmediato que su mujer estaba

perpleja y confusa. Porque los invitados, que siempre habían sobresalido por su buen apetito, se mostraban este año extrañamente comedidos. La misma Marfa Kondratjevna, que siempre acababa de comer la última, rechazó las repetidas ofertas de Maria:

“Por favor, no exagere, no voy a poder con tanto”.

Maria también intentó animar a su madre.

“Hala, venga, coma algo”, urgió a su vez Agafja Fjodorovna a una de sus amigas. Pero tanto la una como la otra se limitaron a sonreír con cortesía, sin probar bocado.

Conque al final, a Maria no le quedó otra que retirar los platos de la mesa. Una vez en la cocina, para ser francos, lo olisqueó todo de nuevo para asegurarse. Pero no, la comida no estaba pasada y despedía un aroma apetitoso. De modo que se encogió de hombros y decidió no darle importancia a la anécdota.

“Pues si no quieren, allá ellos”, murmuró entre sí, a la vez que empezaba a cortar la trenza de pasas.

En esos momentos, la segunda de las amigas vestidas de azul estaba contándole a la suegra una escena de la que había sido testigo: dos gatos cazando palomas. Uno era negro y el otro a rayas, precisó. Al principio, nada más verlos, hasta se vio obligada a apartar los ojos del espectáculo, porque uno de los gatos estaba montado sobre el lomo del otro.

“Yo solo pensaba una cosa: no quiera Dios que lo vea algún chiquillo”.

Al oír este comentario, Ganna Vulfovna empezó a soltar risitas nerviosas y a guiñarle el ojo:

“Como tú en tus tiempos”.

Aún estaba dispuesta a agregar algo más, pero Agafja le puso una mano en el hombro para que se tranquilizara y Ganna Vulfovna se calló. Sin embargo, nada de todo esto obstó para que Marfa Kondratjevna siguiera mascando sin parar, abriendo mucho la boca y volviéndola a cerrar en un gesto sumamente significativo.

Pues bien, la narradora había advertido que detrás de un matorral había una paloma, y que los dos gatos le tenían echado el ojo. Una consecuencia lógica le cruzó la mente de pronto: tal vez aquellos gatos, en efecto, estuvieran al acecho de la paloma.

“No puede ser”, opinó Agafja después de oír la narración. Pero la mujer del vestido azul (Vassili se enteró posteriormente de que se llamaba Klava Aleksandrova) sentenció con mucha convicción:

“Yo creo que los gatos querían engañar a la paloma. Así de simple. Pegándose tanto se camuflaban, se aseguraban de que la paloma no los reconociera como tales gatos y no tuviera miedo”.

A lo que Ganna Vulfovna repuso a voz en cuello:

“¡No tiene usted razón! Los gatos no son tan listos”.

En ese punto irrumpió en la conversación Ella Iljinitshna, una invitada un poco más joven que además se había incorporado al círculo de Agafja hacía poco. Ambas mujeres se habían conocido en un balneario.

“Para cazar a la paloma no les hacía ninguna falta subirse uno encima de otro”, dijo ruborizada.

En ese momento entró en la sala Maria, con la trenza de pasas en una bandeja.

Por lo general, la llegada de este dulce provocaba una gran expectación —las trenzas de pasas que hacía la vecina estaban muy ricas y además ella sabía adornarlas especialmente bien—, pero aquel día los invitados la recibieron con evidente decepción. Se hizo un silencio instantáneo, que solo rompió la pregunta indignada de Marfa Kondratjevna:

“¿Pero no faltaba el pollo?”

Maria se quedó sin palabras. Anonadada, miró a su alrededor y puso la trenza sobre la mesa.

“¿Qué pollo?” le preguntó a su hija Agafja Fjodorovna. Y antes de que Maria pudiera contestarle nada, Vera Ippolitovna se agachó para aproximarse más a Vassili y le susurró de manera que todos pudieran oírlo:

“Ha volado”.

Maria estaba cansadísima, hasta el punto de que el comportamiento de los invitados de su madre la llevó al borde de las lágrimas. Luchando por contener el llanto, se volvió hacia Vassili con ojos implorantes y acertó a decirle con voz ahogada:

“No me ha dado tiempo”.

Pero Marfa Kondratjevna estaba dispuesta a seguir dando guerra. Se irguió de un salto y anunció, ensayando un tono teatral:

“Pues si no hay pollo, tampoco hay invitados”.

Pese a lo cual, en lugar de marcharse, volvió a sentarse en su sitio y se puso a dar cuenta de la trenza con avidez, como si no hubiese pasado absolutamente nada.

El silencio se había adueñado de la mesa. Por algún motivo, todas las miradas se enfocaban ahora en Marfa Kondratjevna. Pero a ella, eso no le molestaba. Mascó reiterada y concienzudamente su pedazo de trenza, se lo sacó de la boca y al final se puso a examinarlo. Fue ella, además, la primera en romper el silencio.

“¿Pero esto no tenía pasas?”. Esa pregunta se la dirigió a Agafja.

Aunque para Agafja el episodio del pollo seguía siendo un enigma, para entonces al menos había entendido que algo se había torcido y se sentía en la obligación de salvar a su hija del oprobio. Así que se levantó de la silla y dijo:

“¡Muchachas, cantemos juntas!”

Como esta propuesta fue del agrado de todos, las siguientes horas de la fiesta de cumpleaños de Agafja transcurrieron entre cánticos.

Cuando todos se marcharon, primero los convidados y después su madre, Maria no respondió ni a una de todas las preguntas que le hizo Vassili. Él hizo hasta un amago de abrazarla, pero Maria rechazaba con determinación cualquier intento de acercamiento por parte de su marido. Para ella estaba claro. Había sido Vassili. Aparte de todo lo demás, él no lo ocultaba. Poco antes, en la cocina, él mismo le había dicho que no era

más que una broma. En todo caso, Maria estaba muy ofendida. Lo único que le dijo fue esto:

“La próxima vez que hagas una broma, que sea a costa de ti mismo”.

Vassili era consciente de que lo mejor para él era callarse, pero aun así trató de justificarse:

“Pero si no la he hecho a tu costa, sino a costa de los pollos”:

Cuando Vassili asumió por fin la culpa que le correspondía, agarró el “Estonia Soviética” y le dijo a Maria, adoptando el tono de voz más suave que pudo:

“Querida, vamos a leer periódicos juntos. Tú en estonio y yo en ruso”.

Pero Maria no le hizo ningún caso a su marido. Apartó de un manotazo su “Voz del Pueblo”, se dio la vuelta en la cama y se concentró en conciliar el sueño. A la mañana siguiente tampoco le dirigió la palabra a Vassili. Por la noche, sin embargo, ya se le había pasado el enfado.

“Verdaderamente”, rumió, “¿vale la pena montar todo este follón por un pollo de nada?”

Y con todo, no tenía ni la menor gana de hablar con Vassili.

Por lo general, era Vassili el primero en acostarse. Y a la noche siguiente volvió a llevarse a la cama los periódicos. Cuando Maria siguió sus pasos, Vassili se incorporó sobre la almohada, miró a su mujer a los ojos y le dijo:

“Esto es una pura idiotez. Si miras el lado positivo... pues oye, ahí siguen los pollos. Algo bueno tenía que tener el asunto”.

En el trabajo —la jornada había transcurrido sin ningún sobresalto— Maria había llegado a esa misma conclusión reconfortante, así que para poner punto final al tema, miró a su marido a la cara y le preguntó:

“¿Qué decías antes de los periódicos?”

Vassili conocía a su mujer como la palma de su mano y entendió que Maria lo había perdonado. Esta seguridad le transmitió a Vassili tanta fuerza que se atrevió a pasar el brazo derecho por encima de los hombros de ella y darle un beso en la

mejilla. Maria, por su parte, no opuso ninguna resistencia. En vista de lo cual, Vassili se enderezó un poquito, disponiéndose a salir de la cama, y recogió los periódicos que había tirados por el suelo.

“Vamos a leer, va”.

Entonces Maria tuvo una idea. Miró fijamente a Vassili y repuso con solemnidad:

“Con una única condición”.

“¿Cuál?”, preguntó Vassili.

“Que empecemos a aprender estonio”.

Algo así, Vassili no se lo esperaba, pero desde luego no quería volver a contrariar a su mujer. Por eso, aun pareciéndole una idea ridícula, contestó:

“Vale. Empezamos mañana mismo”.

Esto lo dijo con la esperanza de que Maria olvidase su propuesta. Pero ella no se olvidó. Al llegar la noche del día siguiente, fue ella y no Vassili la primera en acostarse. Cuando su marido se echó a su lado y la miró con gesto interrogativo, ella se echó a reír y, con mucho suspense, sacó los periódicos de debajo de la almohada.

Desde ese día, Maria y Vassili leían “La Voz del Pueblo” y “Estonia Soviética” casi cada día entre semana. Siempre en la cama, tendidos uno al lado del otro. Solo alguna vez que otra, si Vassili tenía previsto ir de pesca muy temprano al día siguiente, le proponía a su mujer:

“Hoy podemos dejarlo”.

Aunque nunca se negara, Maria siempre ponía la condición de “recuperar” el periódico atrasado —esas eran las palabras exactas que utilizaba—. Incluso si ese día le esperaba un turno de noche, ella procuraba encontrar aunque fuera una horita para acurrucarse en la cama con su marido y los periódicos. Además, su madre le prestó una almohada bien grande, que les permitía recostarse cómodamente durante la lectura.

La propuesta de Maria —transformar la lectura de periódicos en una clase de lengua— no entusiasmó en absoluto a Vassili.

Al principio confiaba en que Maria cambiase de opinión o que se cansara. De manera que sacó de la biblioteca las obras escogidas de Saltykov-Shchedrin y le plantó el volumen en la mesilla de noche. Todo, esperando que su mujer se pusiera a leerlo y dejara reposar en su sitio los periódicos. Pero Maria se limitó a darle las gracias y a decir:

“Los libros para el día, los periódicos para la noche”.

Ante lo cual Vassili intentó colarle la excusa de que le dolía la cabeza y se encontraba indispuerto.

“Menos bobadas, venga. Empecemos de una vez”, lo cortó ella.

Pero un día, Vassili dejó de responder. Bueno, ni siquiera puede decirse que dejara de responder: sencillamente asumió la realidad y se convenció de que en todo lo negativo también hay cosas positivas. Era dieciséis años mayor que Maria y, como militar, llevaba ya bastantes años jubilado. A medida que pasaba el tiempo, se hacía más evidente que la diferencia de edad entre ellos provocaría ciertos problemas. Cuáles fueran esos problemas, Vassili prefería no planteárselo. El caso es empezó a acostarse antes que Maria, y que en ese intervalo que pasaba esperando a que su mujer llegase a la cama, se quedaba adormilado o bien fingía dormir. Maria intentó despertarlo varias veces dándole una palmada suave, pero Vassili se limitaba a barruntar alguna palabra que ella no entendía.

No puede decirse que la frigidez de su marido entristeciera sobremanera a Maria, pero Vassili mismo se fue poniendo nervioso al advertir que ciertos cambios estaban sucediéndole. Tanto era así que hasta le preguntó a Kirill, desde luego como quien no quiere la cosa y medio en broma, si no conocía alguna hierba que aumentara la virilidad —así es como lo formuló él—. Y añadió:

“¡Ja, ja, me lo ha preguntado un solterón!”

A lo cual Kirill le repuso contándole un chiste: “¿Cuánto pescado tiene que comer uno para asegurarse de dormir con los calcetines puestos?”. Vassili respondió: “No lo sé”. Entonces Kirill siguió con su chiste: “es que, cuando uno come pescado,

el asunto se le empina tanto que levanta la manta y la tira al suelo y los pies se le quedan al aire”.

A Vassili ese chiste no le provocó risa. Su única respuesta fue:

“Oye, mira, yo no voy a pescar por eso”.

En todo caso, un buen día Vassili cambió de idea y se dijo que lo de leer periódicos quizá no fuese tan mala idea. Incluso se le puso una sonrisa pícaro mientras murmuraba entre dientes:

“Al menos, así habrá algo que hacer en la cama”.

Los progresos de Vassili en adelante, y en general los cambios que experimentó, fueron algo extraordinario. Maria no podía creerse que su marido aprendiese ahora las palabras del estonio así de deprisa, y además con tan poco esfuerzo. Al principio leía una frase de “Sovjetskaya Estonja” y le pedía a Maria que buscara un artículo con el mismo contenido en “La Voz del Pueblo” para leerle la misma frase en estonio. Maria la leía varias veces en voz alta.

“Espera un poco”, le pedía entonces Vassili a su mujer, antes de cerrar los ojos y traducir casi impecablemente la frase que acababa de escuchar.

Así fue aumentando el número de frases largas, que se convirtieron en párrafos enteros. Vassili opinaba que esa memoria mecánica la había desarrollado gracias a un pasatiempo al que se había aficionado en el ejército. En esa época le gustaba aprenderse de memoria los datos de tipo táctico-técnico relativos a distintos tipos de armas. A pesar de que la ametralladora Degtjarev había entrado en el arsenal soviético después de que Vassili se retirase, él habría sido capaz de repetir las cifras e indicadores referidos a esa arma hasta dormido.

Vassili llegó a elaborar una tabla para que su esposa pudiera hacerle preguntas, como en un control de la escuela. En la tabla se reflejaban las distancias de tiro de distintos tipos de armamento, el gradiente horizontal y vertical promedio y la energía de la bala al salir despedida. Vassili se sabía al dedillo

que si uno dispara un Degtjarev a una distancia de 200 metros, el gradiente vertical promedio son 10 centímetros, el horizontal de 9 centímetros, y que la energía de la bala son 1226 julios. Sin embargo, si la distancia es de 700 metros, las cifras que corresponden a esos datos varían a 39, 37 y 353 respectivamente. Pero como Vassili no se equivocaba jamás, esos controles perdieron todo el sentido y él mismo se deshizo de todas las tablas que había elaborado.

Con el tiempo, Vassili empezó a traducir él solo los párrafos que leía y Maria solo tenía que comprobar que la versión de su esposo no se desviaba de lo que escribía el periodista de “La Voz del Pueblo”. La cosa se puso aún más emocionante cuando acordaron hacer una suerte de concurso, repartiéndose previamente una serie de puntos. Cuando empezaba a traducir, Vassili tenía diez puntos y cada fallo (pactaron que solo los fallos graves) descontaban un punto. Si Vassili perdía todos sus puntos, Maria ganaba. Si por el contrario al final le quedaba algún punto, Vassili era el ganador. Lo que no llegaron a decidir nunca fue el premio por el que competían. Vassili propuso que el perdedor sacase la basura, pero Maria le contestó:

“Esa tarea es tuya”.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



REIN RAUD

(1961)

La reconstrucción

¿Dónde acaba la dedicación y empieza la obsesión? Una novela sobre la búsqueda sin resultados. Sobre cómo el anhelo de averiguar la verdad absoluta puede conducirnos a la alienación de la realidad. Esta novela de suspense mereció en 2012 el más acreditado galardón que se otorga anualmente a las obras en prosa en estonio.

Traducciones: albanés, danés, finés, inglés, letón, lituano, ruso

Rein Raud

“La reconstrucción”

Rekonstruksioon, Mustvalge Kirjastus 2012, 264 p.

primer capítulo y un fragmento (páginas 64–66)

Cuando comencé, yo aún no lo sabía, pero ahora lo sé: no quiero culpar a nadie ni a nada, y si culpo a alguien, será solo a mí mismo. Pero me hace falta una explicación. No quiero emitir un juicio condenatorio, solo quiero poder juzgar —o al menos, intentarlo—.

Los últimos seis meses de mi vida han sido meses singulares. He reflexionado sobre muchas cosas que antes no me afectaban en absoluto. Cuando el médico me dijo que sí, mire, tengo para usted una mala noticia, pero no hay más remedio, hemos comprobado que se trata de un cáncer, yo ya lo sabía, en realidad. No me dio demasiadas esperanzas, me dijo que debía decidir yo mismo si quería que me operasen —la probabilidad de que todo se desarrollase con éxito, según me dijo, era relativamente pequeña en un caso como el mío. Y además, dijo, no hay ninguna seguridad de que el tumor no se reproduzca de nuevo poco tiempo después. Sin operación, me dio un plazo de entre seis meses y un año.

Yo sabía a qué tenía que dedicar esos meses: a hacer de una vez aquello que había estado posponiendo mucho más tiempo del que debería. La razón de no hacerlo era, sencillamente, mi cobardía, mi sospecha de que, si hallaba lo que debía buscar, no podría vivir con esa certeza. Pero sin ella, tampoco me era posible vivir.

Han pasado ya seis meses. A pesar de todo, espero que todavía me quede el tiempo suficiente para poner en orden las anotaciones que he ido haciendo por las noches, basándome en mis entrevistas, mientras todavía lo tengo todo fresco en la memoria, y mientras el dolor me lo permita. Entretanto he conseguido hablar con decenas de personas, recorrer la mayor parte de Estonia e incluso viajar a Francia. Varias personas me han hecho saber que no querían hablar conmigo, otros se diría que llevaban siglos esperando que yo apareciera, para poder desahogarse finalmente y contar todas esas cosas que llevaban años torturándolos. E incluso me han permitido grabar sus voces, y de esta manera he podido regresar una y otra vez sobre sus conversaciones, dejar que la entonación conjure ante mis ojos los momentos donde se revelan cosas especialmente duras y buscar en los temblores mínimos de la voz los significados fundamentales, lo que hasta ese momento, por un motivo u otro, se me había pasado inadvertido. Me he apropiado de todo aquello que he logrado sacarles con halagos y diplomacia, y luego he compuesto una imagen de gran formato a base de los pequeños detalles, de manera que ahora lo sé casi todo, o al menos todo lo que yo alcanzo a concebir. Nunca habría podido imaginar que en mi interior había un escritor escondido, pero me apresuro en todo caso a reconocer —realmente, iba a acabar saliendo a la luz de todos modos— que cuando he podido elegir si dejar o no huecos y agujeros, no llenar el espacio que queda entre la aridez de los datos y las impresiones glosadas (allí donde no me era posible ser exacto), o bien dar rienda suelta a mis sensaciones íntimas y aplicarlas y usar mi imaginación para reconstruir cómo habrían podido suceder los hechos, en general he cedido a la tentación. Además, la visión de conjunto no cambia en nada. De un modo u otro, la visión de conjunto es siempre la misma. Y lo que no lo sé yo, no lo sabrá nadie.

A veces tengo la impresión, es cierto, de estar corriendo contrarreloj, con la lengua pegada al magnetófono. Las noches en que no tengo vómitos son cada vez menos frecuentes y los analgésicos que tomo cada vez más fuertes. Aparte, a veces

no hacen ni falta, porque a estas alturas, mis dolores son tales que me paso días y días sin conseguir concentrarme en nada, pero luego viene de improviso día despejado, incluso a veces han sido varios a la vez, en los cuales me es posible dejar en un segundo plano a la enfermedad, no pensar en ella de continuo. Pero a partir de ahora voy a esforzarme por no molestar con mis problemas de salud. Esta historia no trata de mí.

Quizá recuerden ustedes una noticia luctuosa que se coló inopinadamente en los periódicos hace cinco años, un accidente en la provincia de Viljandi, donde cuatro jóvenes murieron en un incendio. Las víctimas tenían su domicilio en otro lugar, a escasa distancia de donde ocurrió el suceso, en una casa de labranza antigua y aislada, que no gozaba de una reputación especialmente buena entre los habitantes de la zona. No se trataba de ningún antro de borrachos, no, para nada; aquellos jóvenes llevaban una vida relativamente tranquila, especialmente en el año inmediatamente anterior al accidente, solo que ellos mismos eran algo extraños. La casa donde vivían era vieja, de madera, y una vez declarado un fuego en ella, habría sido difícil ponerle freno.

Como uno de los jóvenes que perecieron era el hijo de un político de perfil alto, la prensa no pudo averiguar mucho más al respecto. Los habitantes de la zona hablaron un poco más del tema, desde luego, pero eso es algo que siempre sucede, especialmente cuando se trata de una muerte absurda que afecta a gente joven: es imposible contener el sensacionalismo de los chismosos, que no van a abstenerse de darle a la lengua a cuenta del suceso. Tras los Abedules —así se llamaba el cortijo que se quemó— fue devuelto hace ya varios años a su anterior dueño, cuyo hijo, un joven artista de temperamento bohemio, había decidido convertir la casa en su hogar, y desde el primer momento reunió allí a jipis de todo pelaje y a toda clase de tipos raros, ufólogos, budistas y los más variopintos investigadores del aura. Todos vivían en aquella casa, sin rozarse en ningún caso con el resto de lugareños, sin molestar a nadie, aunque es cierto que a veces iban corriendo desnudos hasta el lago o bien organizaban

picnics en los prados, y bueno, tal vez fumasen marihuana cuando estaban juntos, quién sabe. Pero en un momento dado empezaron a aparecer por allí cada vez más gente de esa... en fin, bueno, más bien era una mezcla: algunos, digamos, creyentes, y otros pocos digamos que no del todo creyentes.

Fue entonces cuando sucedió esta historia. El accidente acerca del cual yo tenía que averiguar todo lo humanamente posible antes de marcharme. Para poder esclarecer toda la cadena de acontecimientos que se desarrollaron hasta ese momento. Porque de hecho, por supuesto, las cosas fueron distintas. El incendio ya había empezado cuando repararon en él por casualidad, y por eso, la casa pudo arder con bastante rapidez. Nada en este mundo habría podido impedir a sus habitantes salir corriendo por la puerta y salvar la vida.

Además, hay que decir que cuando dio comienzo el incendio ellos ya estaban muertos. Sus cuerpos yacían en paralelo en la segunda planta de la casa, en el dormitorio grande, en una pose forzada, como si les hubiera dado un calambre, y cada uno de ellos tenía una maletita hecha y una carta metida en el puño: yo, fulanito de tal, he pagado todas mis deudas con este mundo y puedo presentarme ante el rostro de Dios con el corazón limpio. Todavía es más: en otra de las habitaciones del primer piso también fue encontrada una quinta maleta, y una quinta cartita al lado de una maleta tirada en el suelo. Aunque no, eso se queda para más tarde — no vale la pena precipitarse—.

Quizá les interese saber por qué sé todo esto. Pues miren, porque los allegados de los muertos tenían derecho a saber. Y una de las cuatro personas cuyo trayecto acabó en aquella casa era Anni-Reelika Padrik. Mi hija, la única descendencia que he tenido. Mi princesa.

O mejor dicho, lo que quedaba de ella.

Por si acaso me pasé también por el centro de Bachillerato al que había ido Anni, pero a decir verdad, lo hice sin entretener

una fe excesiva. Y con razón: en la secretaría no daban los datos de contacto de nadie, y aparte de eso, según me explicó una chica de ojos grandes y un poco tristes, no iba a ser nada fácil encontrar en la misma dirección a ninguno de los compañeros de promoción de Anni. El mismo miedo tenía yo con respecto a la dirección a la que tuve que mandar algo de dinero en alguna que otra ocasión, después de que Anni abandonara la residencia de estudiantes para mudarse a otro sitio. Estaba cerca de Montmartre, pero no en el lado del hotel donde nos habíamos alojado con su madre, sino en el contrario: nuestra estación de metro era Château-Rouge, mientras que desde allí, la más cercana era Abesses. No era nada fácil encontrar esa ubicación, y uno acababa agotado subiendo y bajando la pronunciada pendiente de la calle. Pasé por tercera vez por delante del colmado de un árabe, y en todas y cada una estuve a punto de alcanzar mi meta sin conseguirlo. El tendero estaba sentado fumando tras sus expositores de fruta. Al final me di cuenta de que, por mis propios medios, posiblemente no lo lograría. Le pregunté y me miró como a un idiota. El patio correcto estaba a pocos pasos de distancia. Al ver que me iba con las manos vacías, no se abstuvo de expresar su asombro: cómo es que no llevaba vino, si iba de visita. Por si acaso elegí una botella de una marca más o menos cara, cuyo nombre me resultaba al menos familiar.

Sabía que Corinne era la persona a quien buscaba, e incluso la había visto alguna vez, fugazmente. Pero si me la hubiese cruzado por la calle, obviamente no la habría reconocido. Mientras subía a duras penas por la escalera estrecha y chirriante que llevaba al tercer piso, me crucé con una mujer que iba a pasear a su perro. Habría podido tener la edad correcta, y me asusté instantáneamente, pues pensé que podría ser ella, pero en su rostro no había nada familiar para mí. Me dijo hola con un tono amistoso y desprovisto de recelo, y yo le devolví el saludo.

Sin embargo, cuando localicé el piso que buscaba e hice sonar la campanilla, nadie salió a abrir. Qué chasco.

Bajé los escalones lentamente, con la esperanza de oír a mis espaldas los sonidos de una puerta abriéndose, pero estos no llegaron. En realidad, yo ni siquiera sabía si Corinne seguía viviendo allí. Sería una auténtica pena que mi odisea parisina se acabara revelando como un brindis al sol.

Cuando trasasé el umbral con la botella de vino en la mano, el árabe me miró con curiosidad.

—¿Es que no estaban en casa?—preguntó.

Yo asentí.

—¿A quién quería ver?—inquirió a continuación—¿A Niculescu o a Corinne?

—A Corinne—afirmé esperanzado.

—Ah, vale—respondió—habría podido decírmelo antes. Corinne llegará sobre las seis hoy. Los miércoles tiene yoga.

—De acuerdo—dije, antes de mirar el reloj. Me quedaban un par de horas.

—¿Volverá más tarde o se marcha a otro sitio?—siguió preguntando el árabe.

—Volveré.

—En ese caso, podría dejarme aquí la botella de vino—afirmó—. Para qué va a ir arrastrando eso por la calle.

Tenía razón, desde luego, así que y le devolví la botella. Él miró la etiqueta y meneó la cabeza; ese vino podía regalarlo uno tranquilamente.

Pensé que podía ir a comer algo mientras esperaba y así di con un restaurante minúsculo pero con un aspecto muy agradable en la rue des Trois Frères. Había varios clientes con pinta de franceses, lo cual me hizo suponer que debía de ser bueno. Pero cuando el camarero, que llevaba el pelo recogido en una coletita, pasó por delante de mí por tercera vez, arrastrando perezosamente los pies, entendí la indirecta y me fui. En la misma calle, un par de números más allá, encontré por fortuna un *deli* vietnamita, donde tanto la dueña como yo, sin dejar de sonreírnos, nos esforzamos por averiguar lo que el otro ofrecía o deseaba, y aunque no lo conseguimos del todo, el resultado fue muy sabroso —eso sí, no me enteré demasiado

bien de lo que estaba comiendo. Cuando salí del local ya eran las cinco algo pasadas. Me di una vueltecita para matar el rato y sobre las seis ya había llegado a mi destino. El árabe estaba atendiendo en ese momento a unos compatriotas suyos que parecían muy exigentes, pero cuando me vio interrumpió el regateo y sacó de debajo del mostrador la botella de vino.

—Ha llegado hace un ratito—me dijo—. Le he dicho que la buscaba usted, seguro que está en casa.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



MARTIN ALGUS

(1973)

Algo verdadero

Un libro sobre lo fácil que resulta perderse en la taimada ciberesfera y acabar siendo víctima incauta de una extorsión. Esta novela breve ganó en 2019 dos de los premios más prestigiosos para obras en prosa en lengua estonia.

Martin Algus

“Algo verdadero” *Inspirado en acontecimientos de la vida real*

Midagi tõelist, Varrak 2018, 179 p.

páginas 7–27

LEO

Ya no nos quedaba nada.

Llevábamos de esa manera cierto tiempo, aunque desde fuera pareciese que todo estaba en orden y que no había ningún motivo para empezar a poner en cuestión la vida entera.

Pero fue en ese atardecer de primavera, no antes, cuando me di cuenta de que las cosas estaban rotas para siempre, sin remedio.

Se había derretido la nieve, a través de las ventanas se veían centellear los charcos, un viento fresco llenaba de ruidos la oscuridad. Aquel barrio residencial, que había crecido como un apéndice en un costado de Tallin, se había revestido de forros para recluirse en los interiores. Viviendas idénticas, unifamiliares, se erguían en los campos anegados como un rebaño de rumiantes petrificados, a la espera de la llegada de la noche que lo apagase todo. Desde la carretera llegaba el estruendo del tráfico; más allá, en un bosquecillo, sonaba el crujir de los alisos y de los abedules. Yo conocía esa clase de tardes, esas épocas oscuras en las que te replegabas en ti mismo. Afuera ya no hay nada que pueda ayudarte a desviar la atención: en torno a las farolas se abre la única fuente de luz, un hueco húmedo de unos pocos metros cuadrados, y el resplandor de la luna recorta los perfiles de los campos de cultivo en las lindes, pero todo eso no es más que una ilusión, un espejismo. A tu alrededor, la habitación está llena de trastos

inútiles, tal cual el reflejo de tu mundo interior raquítico, desprovisto de chispa.

Nos habíamos sentado en la sala de estar, dentro del cajón que era nuestra vivienda adosada. Había ruido de fondo, algún programa de la tele —uno de esos reportajes sobre la fauna centrado en los dragones de Komodo, que aparecían tendidos en una playa de lava negra como el carbón y se relamían las fauces con sus lenguas de dragontinas—. Un par de viajeros experimentados intentaban en ese momento desalojarlos, incordiándolos con unas trancas muy gruesas. Yo estaba escuchando el “Vals” de Shubert con los cascos y desde la tele me llegó el eco de alguien que exclamaba “¡Ten cuidado!”. Eso partió la música por la mitad y yo bajé algo la vista, de manera que mis ojos se desenfocaron y se posaron por alguna razón en Diana, que estaba tumbada en el sofá con el ordenador portátil en el regazo, tecleando arriba y abajo dentro del chat donde andaba metida, con los cascos en las orejas igual que yo. La miré desde el sofá y de repente la vi verdaderamente como la había visto mucho tiempo atrás —gracias a la atención inopinada que ahora le prestaba, se disipó de pronto un velo hecho de hábitos que había ido tupiéndose más y más con los años—. Ahí la tenía, en vivo y delante de mí: con sus rizos rubios-casi-blancos, la cara anestesiada y sin expresión, las cejas claras e hirsutas, los ojos sin brillo, la boca mal delineada y abierta como un pico diminuto, dispuesto a aprovisionar de oxígeno aquel corpachón enorme. Últimamente se alimentaba en exclusiva de pastelitos empapados en merengue rosa o de empanadas chorreantes grasa y por eso se había puesto verdaderamente obesa.

Vamos, que aquello era simplemente un síntoma... ¿o un símbolo?

Más tarde, cuando ya andaba metido de lleno en el torbellino que me arrastraría, acabé entendiendo que esta voracidad no elegida no era más que una forma de sustituir algo; alguna cosa que se había esfumado mucho tiempo antes de la vida de Diana.

Pero aquella tarde...

Agucé el oído y advertí su respiración, fuerte y entrecortada, entre el melancólico teclear de sus dedos. Pensé: “¿Quién es esta persona? Pero no, ahora en serio, ¿quién es?”

Trabajaba en una empresa mayorista, en el centro de logística, aunque tenía la carrera de sociología. En ese instante recuperé, ya deslucido, un descubrimiento del pasado remoto: entonces aún me excitaba que, desde cierto ángulo y en algunos rasgos de la cara, ella se pareciera a Marilyn Monroe. A pesar de que la comparación se me antojara ese día fuera de lugar, en ese recuerdo se reflejaban una revelación y una calidez difusas, olvidadas hace mucho, que debimos de conjurar en los momentos más tiernos de nuestro amor. A ver, sí... claro que era amor, cómo no iba a serlo: todo eso existió entre nosotros, pero había pasado hacía mucho.

Yo mismo trabajaba en otro barrio de Tallin, en un despacho de arquitectos, y mi departamento se encargaba de hacer planos.

En casa nos comunicábamos como seres primitivos — hacía tiempo que empleábamos solo sonidos inarticulados y gesticulaciones básicas para dirigirnos el uno al otro—.

- ¿Los niños? ¿Eh?
- Mhh.
- ¿Al súper, mhh?
- Ehem, mira, que sí...
- ¿Eso, eh?
- Trae, aquí.
- ¿Humm...?
- ¿Eh?
- ¡Uf-ufffff!

En lugar del amor había germinado una decepción peculiar, complaciente, que en los últimos tiempos se había ido inflando para adquirir perfiles infernales. Pero incluso este desprecio era profundamente descolorido: apenas un monótono ruido de fondo al que llevábamos mucho tiempo habituados.

Ya en los primeros años de mi juventud empecé a interesarme por las artes visuales. En fin, podría decirse que tengo un gusto suficientemente refinado y que la belleza

siempre me ha reconfortado —los cuadros, la música, las esculturas—, pero no solo la belleza externa: no, no, sino cualquier composición en general, hasta las de índole más intelectual, incluso la más mínima referencia que posibilite la armonía en cualquiera de sus manifestaciones.

Y lo que tenía ahora, en concreto, era una deformación absoluta.

Pero para dejarlo todo claro desde el principio: yo tampoco andaba mucho mejor que ella. No, vamos a ver, la sensación era esta: todo cuanto valía un poco en mí se me había ido escapando con los años, como a un barril que pierde líquido por un agujerito. Y últimamente me parecía que hasta el barril mismo se iba desvaneciendo. Me estaba volviendo invisible —una silueta gris, el prototipo del individuo obtuso de mediana edad, con el cutis descamado, unos ojuelos diminutos que podría haber tomado prestados de cualquier otro rostro, el cráneo pelado, la barriga desparramada por encima de la cinturilla del pantalón. En las fotos de las fiestas de empresa solía salir con la misma mirada vacía y asombrada: la boca entreabierta, las cejas alzadas. Quería reír, pero aun así daba la impresión de ser alguien a quien acaban de darle un diagnóstico fatal.

Los dos habíamos sufrido mutaciones similares durante nuestro matrimonio.

¿Que por qué estamos juntos aquí y ahora?

¿Los niños?

Un niño y una niña.

¿Todo se reducía a los niños?

¿A la costumbre?

¿Al entumecimiento?

A veces, cuando el hastío pasaba a ser depresión, me sentía culpable, y puede que hasta deseara, no, es probable que deseara verdaderamente, ser considerado una buena persona.

Es algo que siempre me ha llamado mucho la atención, ese brillo, esa salud...

—Tienes que ser buena persona.

Estás agarrado por el susto y la perplejidad, la angustia

te está volviendo loco, quieres chillar, bramar, liarte a golpes hasta ponerlo todo patas arriba e hincar las uñas en las paredes, pero tienes que ser una buena persona.

Diana y yo ya no nos acostábamos, ese tema llevaba siglos arrumbado, totalmente fuera del orden del día. Pero yo tampoco había dejado de serle fiel, no tenía a nadie más ni esperanzas de que nada cambiase en ese sentido, porque me rodeaban las mismas personas de siempre —en el trabajo, en el súper, en la calle— con sus caras cansadas y sus conversaciones aburridas. Cómo iba a surgir una chispa o una revelación inesperada, algo que avivara llama de mi vida.

De manera que fui replegándome progresivamente en mí mismo y empecé a frecuentar más internet.

Al principio...

Lo que buscaba allí era belleza, algo que me excitara la mente, no solo el cuerpo. Encontré poses artísticas y una erótica estilizada. Ilustraciones en blanco y negro, gotas de agua sobre la curva de una pelvis, la hoja de una higuera que cubre a medias un pecho desnudo, en fin, un jugueteo imaginativo relativamente puritano que acababa con unos instantes de placer inocente.

Pero luego, bastante rápido...

Avancé, empecé a necesitar dosis cada vez más fuertes, cada vez más descarnadas y dolorosas, tocamientos más ilimitados.

Y ante mí se abrió de pronto aquel mundo nuevo, con todas aquellas páginas, un refugio que resollaba y sudaba, que gemía y chupaba, radicalmente libre e inmundado a partes iguales, sin vacilaciones ni tabúes, desenfrenado y franco. Sí, toda la razón, la antítesis del gusto refinado, pero en su interior me sentía rodeado de iguales. Era como una sociedad secreta, que me aguardaba siempre a un solo clic de distancia.

KARL

A Leila la conocí delante de la discoteca esa. No me acuerdo del nombre; era por ahí por Sikupilli, cerca del piso donde estaba alquilado.

Vasos de cubata, barro y charcos de meados. Música machacona y fogonazos de luz, eso era lo que atraía a toda aquella gente. Por allá había gente de todo. Había gente más presentable y también otra clase de peña, tipos sobre los que podría decirse que habían llegado “escupidos desde el culo del mundo”. Esto último lo habría dicho Jaakob, un amigo al que mataron hace tiempo a cuenta de un cigarro.

Alcohol, pastillas de droga, jeringas de droga, canutos de droga. Seres cadavéricos con cuencas negras en vez de ojos montaban guardia en los rincones, junto con algún juerguista extraviado demasiado borracho para darse cuenta de la película.

Leila andaba mamadísima, soltando carcajadas sin ton ni son con los ojos muy abiertos y fijos en el vacío; sus pulseras de colores hacían ruido al chocar contra los adoquines.

Había venido de fiesta con unos antiguos compañeros de trabajo, de cuando trabajaba en la recepción de una constructora, y los tipos la habían dejado allí tirada.

— Unos borricos tarados, solo querían follar — habría dicho ella.

Un hombre con barba quiso acercársele estando en la puerta; llevaba un vaso de cartón en la mano e intentó agarrar a Leila con la otra y achucharla contra él. Yo lo aparté de un empujón, el tipo se resbaló y estuvo a punto de caerse hacia atrás. Leila se rio otra vez de una manera rara, entrecortada. Me miró y me dijo que tenía pinta de deportista: ¿era deportista o algo?, me preguntó. Yo le dije que en algún sentido sí, era deportista.

— Pues a mí me acaban de tomar por stripper —. Volvió a reírse a trompicones, como ahogándose —. El deportista y la stripper, mola.

No supe cómo responder a eso, así que me quedé callado, pero ella se soltó a hablar casi enseguida. Antes de darme cuenta ya la tenía tope acoplada.

En esa época ella estaba sin curro.

Y a mí me habían soltado hacía menos de dos semanas.

Leila tiró su colilla al suelo y se echó a andar, pero conforme se alejaba me di cuenta de que casi no se tenía en pie y se tropezaba mucho, así que la acompañé a su piso en Kopli. Al principio hizo un gesto con la mano para apartarme; dijo que podía apañarse sola, pero oye, ahí fuera hay cantidad de canallas asesinos y yo tenía tiempo. Ni prisa ninguna.

Nada más llegar, en el rellano, me pidió en susurros que hablase bajo, porque tenía en casa a su hija Marta, de once años, y a su hijo Markus de quince. Yo supuse que todo eso significaba que me invitaba a pasar, así que entramos al piso. Y bueno, nada, resumiendo, Markus había salido por ahí y Marta estaba dormida.

Leila fue al baño y yo, pues me quedé de pie en la sala de estar, preocupado porque no sabía cómo actuar, pero Leila salió del baño de repente, completamente desnuda, me arrancó los pantalones del chándal y se puso a lamerme como loca, y yo qué iba a hacer, pues gemir, hasta que al final acabamos los dos tirados en el sofá-cama y ella me metió dentro de sí y clavó las uñas en mis hombros, todo eso con los ojos cerrados y muy apretados, y luego me volvió la espalda, se achuchó contra mí y me embistió con el trasero con una fuerza que no veas, y fue entonces cuando vi que tenía moratones en los antebrazos y también un par de cicatrices más pequeñas en las caderas y en fin, natural, entendí en cero coma que alguien se había pasado con ella.

No es broma, esa primera vez fue como morir y volver a resucitar allí mismo, en el sofá-cama. Cuando al final caí redondo y me quedé tumbado a su lado tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba muy contento de pronto, pero también sorprendido de que una persona me hubiese aceptado hasta ese punto.

Además, de momento no me importaba que a ella le diese igual hacerlo conmigo o con otros. Para mí, las cosas tenían otro significado.

Yo había tenido relaciones con mujeres antes, desde luego, pero si las comparaba con aquello, la mayoría parecían grises, puros errores que me habían dejado un sentimiento asqueroso,

de estar podrido. Pero ahora, por primera vez, aquella mujer hacía que me ardieran las manos al tocarla, era como si se me hubiese aparecido un ángel.

En serio, a mí puedes romperme la jeta contra un muro o partirme todos los piños, pero seguiré sabiendo distinguir lo que está bien y lo que no.

Durante años me había despertado cada día para ver las mismas sábanas blancas, la misma habitación fría y oscura, nada que ver con una celda bien caldeada e iluminada por el sol desde el amanecer. Y la pensión donde me había quedado las últimas semanas era todavía más fea y jodida, allí todo olía a detergente barato, hasta el agua del grifo y la palmera de plástico del descansillo.

Abrí los ojos y miré a Leila tendida a mi lado, su pelo oscuro sobre la almohada, su boca abierta una rendijita, su mano sobre el pecho, la laca de las uñas resquebrajada por los extremos. Vi mi propia cabeza en el espejo de la puerta del ropero, el pelo pincho, la cicatriz debajo de las costillas y el tatuaje que me hicieron a los dieciséis, un lagarto con alas, ya desgastado en mi hombro. Mi chándal estaba tirado de cualquier manera delante de la cama y no tenía nada más que ponerme; en la pensión solo me quedaba una bolsa de deporte hecha jirones con unas mudas y un juego de llaves dentro.

De nuevo había tráfico. De nuevo había luz. Miré a Leila. No era, digamos, del todo perfecta, pero era bonita. Tenía un cuerpo bonito. Los pezones eran oscuros y contundentes. La piel talmente suave y lisa. Levanté una punta de la manta para mirar la zona sombreada de su entrepierna y volví a estar listo de golpe, así que la penetré sin más. Leila se despertó con un quejido, mantuvo los ojos cerrados como por la noche y yo otra vez me quedé pensando, ¿será que no quiere saber quién soy?, ¿o será que piensa: si de todos modos se va a marchar, para qué voy a abrir los ojos? ¿Igual ahora, con la cabeza más despejada, la decepciono?

Pero me fui a la cocina y puse la cafetera al fuego.

Tenía la sensación de haber llegado a casa por fin.

LEO

Casa, trabajo...

Aquel asunto me envolvió por completo y me absorbió. Las personas que salían en la pantalla del ordenador, ese estar juntos los cuerpos y las partes de cuerpos, los diferentes orificios en los cuerpos, los labios, los ojos, la mezcla de miembros y de tonos de piel, toda esa entrega sin reservas a un contacto completo. Era evidente, las personas de ese entorno tenían algo. Aunque no era verdadero, desde luego, sino mecánico.

¿Una cercanía mecánica?

Los píxeles e internet hacían ese “algo” todavía más mecánico, pero es que yo mismo no tenía nada, salvo un vacío enorme del que colgaban reproducciones fantasmales de Rubens, Van Gogh y Kandinski. Láminas recortadas de calendarios. Un torpe monumento a mi definitivamente putrefacta *l'âme lumineuse de l'artiste*.

No tardé en tener favoritas. Estrellas porno de las que conocía al dedillo cada cavidad corporal, cada marca de nacimiento, cada tatuaje. Hasta empecé a vigilar, gracias a Google Earth, la casa de una mujer. Pasaba el cursor por encima de su domicilio californiano —un clip debajo del cual parpadeaba su dirección—. Por supuesto solo era un alojamiento en la red, un timo, una decoración. Pero yo me imaginaba citándome con ella allí, en el balcón de aquel bloque de piedra, bajo las palmeras. Más allá, en el valle, se divisaban unos rascacielos y al fondo, azuleante, una extensión interminable de agua, como si el cosmos mismo se hubiera derramado sobre el lecho del océano.

Alexis Texas, Zoey Holloway, Sunny Leone.

Ay, Dios...

Cloudy Wanxxx, Kendra Lust, Eva Notty.

Ya no conseguía controlarme. En la oficina, sentado delante del ordenador, intentaba desviar mis pensamientos en otra dirección pero seguía ahí dentro, en esas páginas, dentro de una fantasía que era inconmensurablemente más excitante que aquel trabajo tedioso, que no me aportaba nada desde hacía

siglos. Mi cubículo se había convertido para mí en un espacio de transición, estafalario y estéril; sentado detrás de mi mesa era como un robot defectuoso, que repetía en bucle la misma rutina sonámbula. Y de veras, el deseo de volver a vivir dentro de ese pegajoso cuento de hadas era ahora un pellizco muchísimo más verdadero para mí que cualquier otra cosa de mi vida.

Salí de mi cubículo y fui al aseo. En la cocina del despacho estaban celebrando alguna fiesta —¿el cumpleaños de alguien?—.

Y yo ahí estaba.

Con aquel tema.

No, desde luego, a ver...

La culpa me mordisqueaba todo el tiempo bajo la piel cuando el éxtasis se desvanecía, nada más cerrarse la ventana del buscador. ¡Eres un pobre pringado, un adicto a la masturbación! Puedes intentar disfrazarlo, diciéndote por ejemplo que no eres el único, o que bah, hasta hay médicos que lo recomiendan dentro de ciertos límites, pero...

Aquí estoy, a unos cuantos pasos de distancia... ¿con este asunto?. Y aquí mismo, detrás de un tabique bien delgado, de las cañerías, de los cables, de la rejilla de ventilación y de los muebles, los colegas entrechocan sus copas en un brindis alegre, se ríen en voz baja, alguien habla de las cosas que hay que comprar en un centro comercial que acaban de abrir, alguien habla de un bistró que han inaugurado aquí cerca, en el edificio de al lado. A través de la pared del lavabo oigo fragmentos de frases, encorvado como estoy sobre mi teléfono móvil, encorvado sobre mi vida descoyuntada.

Estoy atrapado. No, no pretendo justificar nada ni pintarme como una víctima, pero lo cierto es que una fuerte adicción me tenía entre sus garras. Y yo no podía superarlo, porque la única forma de aliviarme de todo lo que me dolía pasaba por practicar esa misma actividad vergonzosa y extenuante.

Me veía a mí mismo como un hombre sumido en una caverna tenebrosa, al pie de una montaña enorme y oscura. A mi lado, adormilado, había un dragón dentro de una funda

y yo, en efecto, tenía las llaves de la caverna... Sí, sí, podría haber respirado hondo antes de salir de puntillas, pero fuera no había nada esperándome excepto un vacío gris, ingrátido.

Yo no quería romper mi cautiverio, aún no.

KARL

¿Ahora ya no hay remedio?

¿Sí?

¿Ahora hay que hablar del tema, ventilarlo todo?

Ahora, cuando ya hemos llegado tan lejos y arrastrado con nosotros a los nuestros.

Cuando el zumbido residual de aquel cañonazo hace que te estalle el coco y es como si todas tus ideas salieran despedidas y tú vieras por unos segundos todo lo que te rodea, como si flotaras en esa habitación sin paredes en la que se te aparecen caras y voces y todo, todo lo que has hecho o sentido a lo largo de tu vida. Todo eso se va apareciendo como por debajo de una capa de agua grasienta y opaca, como de entre las tinieblas. Sale de esa oscuridad negra y pesada y se queda flotando ahí; tú sales corriendo pero no encuentras ningún sitio donde refugiarte. Estás ahí, en mitad de ese chirrido ensordecedor, sin poder moverte. No puedes taparte los ojos ni las orejas.

Estás ahí en medio.

Tú y un chirrido, exactamente ese, rondándote muy cerca, justo entre tus dos ojos.

Ese estruendo horrible que puede crecer de improviso y subir hasta el cielo y romperlo todo en mil pedazos.

LEO

El ruido lo envolvió todo y se lo tragó por unos instantes. Eran motores a reacción que sobrevolaban las hileras de adosados, dos aviones de combate de la OTAN. Más arriba, en un punto indeterminado, flotaban los satélites y los drones que daban vueltas a este planeta que jamás para de suspirar ni de humear, que arde con una fiebre permanente, que se hincha de edemas y que se va auto-abrasando a fuerza de eructos. Mientras

circulan, las cámaras de los drones emiten un zumbido poco perceptible —zumban sobre las ciudades-dormitorio y sobre los solares vacíos, sobre los aparcamientos y sobre las siluetas humanas que refulgen de radiación térmica—.

Y más allá, en algún punto indeterminado, a miles de kilómetros de distancia, en un desierto o en la cima de una montaña, hay un pilón de cemento armado desde donde vigila una cámara, se toman las decisiones, se analizan los datos. La mano de alguien acciona la palanca y presiona los botones que hacen que el dron lance sobre la carretera su carga letal. Abajo se afanan unas motitas blanquinegras que son gente: se van densificando y forman una mota más grande que de repente acaba cubriéndolo todo; la muerte es un dibujo animado anónimo y sin relieve. Pocos minutos más tarde, la misma mano que ha sembrado esta destrucción elige en un expositor cierto jabón para la ropa con una fórmula supereficaz, o un yogur bajo en calorías. Y sin embargo ahora, cuando acaba de llegar a la entrada de un bloque de pisos, la mano vacila un poquito antes de apretar el botón del ascensor.

Me llamó la atención aquella mujer al verla en nuestra calle. Tenía la mirada fija en un extremo de la calle, donde había unos setos y detrás de ellos un campo extenso cubierto de zarzales. Las malas hierbas habían proliferado hasta transformarse en una espesa maleza: sobre ese fondo destacaban los cables de alta tensión y un proyecto de urbanización que había quedado interrumpido, los paneles empapados y deshilachados salían de debajo de la nieve derretida como un mohicano con su diadema de plumas y su quincalla deslustrada. Nuestro bloque era el último que habían construido antes de que la promotora se declarara en quiebra.

La mujer tenía la mirada completamente hueca y la boca abierta a medias, y de sus dos manos colgaban unas bolsas de la compra llenas a rebosar.

Empecé a sospechar, ¿es posible que no nos hayamos enterado? ¿Que estemos en el epicentro de una epidemia pero que no tengamos ni idea? ¿Que el virus ya esté introducido

tan profundamente en nuestras mentes que nos impida entender nada de lo que pasa? ¿O tal vez vamos a empezar a abandonar este planeta? ¿Será que nos vamos encerrando progresivamente en nosotros mismos, dejando que el agujero negro que somos nos chupe y nos meta en una dimensión distinta? Nos desvanecemos, la realidad se nos hace cada vez más ajena, porque hace tiempo renunciamos a intentar forzar el mecanismo que la abre, así que nos vamos desprendiendo de ella hasta hacernos del todo irreales.

Aquellos cuerpos desnudos de la pantalla, aquella entrega absoluta, la concentración psicopática en el instante fugaz, en el instrumento, aquel tórrido estar-presente que convivía con un distanciamiento completo: yo estaba allí. Aquí en nuestro planeta solo estaba sentado mi propio cascarón. Yo estaba en Venus, en Urano, daba igual, en todo caso dentro de ese espejismo fabricado con el mismo material del que está hecho todo lo demás en este universo.

Átomos, partículas elementales.

Una reacción química.

Todas las cosas que hay dentro de mí y también fuera están, indiscutiblemente, dentro del universo. Incluso si el universo entero es, en sí, una mera ilusión. Las partículas y las radiaciones dentro de las que estoy integrado yo mismo —justo en mitad de esas partículas y de esas radiaciones— pueden hacerme desgraciado o feliz de un solo golpe. Y qué es la realidad, después de todo, si el mundo entero, lo visible y lo invisible, está compuesto casi íntegramente de nubes de electrones, de nada más —fundamentalmente, de un vacío en cuyo interior flota un núcleo atómico inverosímilmente minúsculo, como una brizna de polvo en mitad de un auditorio gigantesco. ¿No es eso, en el fondo, mucho, comparado con un sueño desnudo?

¿Qué importancia tiene algo concreto, lo que sea, si al final todo podría ser un simple espejismo?

Allí estaba yo, de pie en la sala de estar bañada en una luz crepuscular, gris, que se filtraba por la ventana del balcón, y

pensé que tenía que ponerle palabras a todo aquello. Estando allí sentado en un extremo del sofá hice mi primera anotación.

Todo es ilusorio. La realidad es una ilusión. El ser humano vive en una realidad virtual y eso no podrá cambiarlo jamás. El mundo objetivo solo existe para los animales, las plantas, las máquinas y tal vez también para una reducida élite de burócratas que han logrado desconectar por completo cualquier pulsión interpretativa.

Por ello, somos como hologramas que buscan algo verdadero y que mientras tanto hacen pedazos una ilusión tras otra.

¿Por qué se llevan a cabo entonces todos estos despropósitos? ¿Ehh? ¿Ajajá?! Es la oportunidad de posibilitar una ilusión de realidad: se trataría de colisionar violentamente con la realidad, de ponerla así en marcha. Los reclutadores del terror basan su éxito precisamente en esa pulsión. A los hologramas humanos se les ofrece la oportunidad de transformarse por un breve instante en guerreros de carne y hueso, de experimentar algo que cree un potente efecto de realidad y que al instante siguiente ya habrá estallado en mil pedazos como una bomba, o bien la posibilidad de perder sus contornos y esfumarse hasta volver a ser hologramas que refulgen tenues en la penumbra de las habitaciones, que esperan en fila, que engullen y mastican, que se sientan detrás de una pantalla o del espejismo de la vida en modo stand-by.

Pero para mí, al principio, todo funcionaba al revés. Yo no anhelaba ese efecto de realidad abrasadora, sino que elegí adrede un camino que me permitiera despegarme más de todo, adentrarme más profundamente en el ámbito de la ilusión pura: el que ofrecía una realidad alternativa llamada internet.

Para mí, el mundo que había detrás de la pantalla se convirtió en un sucedáneo de todo: del ruido de cacharros en la cocina, de los lamentos del sábado por la mañana mientras viajaba de una ciudad a otra, de ese día en el parque. Del mismo hecho de vivir aquí y ahora, entre antenas y setos marchitos, con el rumor de cables de alta tensión oxidados encima de la cabeza.

Sentía esa presión a un nivel puramente físico, una amalgama de radiaciones procedente de todas esas personas que todavía no eran conscientes de su propia mutación, que aún no se reconocían en los espectros teledirigidos que eran.

Sí: nosotros, los recolectores, flotamos ahora en un vacío inacabable, en el centro de una nube eléctrica cuajada de destellos de luces de neón. En lugar de nuestros genes en la sabana original y conocida, ahora tenemos un gran centro comercial estéril, inofensivo y del todo irreal. De nuestro pasado de recolectores solo nos queda la cesta, que podemos tomar en préstamo junto a la puerta de plástico de ese bosque sintético.

Todo es hasta cierto punto un onanismo.

Un simulacro.

Un mercado inacabable de sucedáneos.

No, no estoy justificando mi desapego, es sencillamente... mi manera de autoanalizarme cuando el miedo y la culpa empezaban a torturarme. De repente me daba la impresión de que todo era confuso y escurridizo, pero al mismo tiempo me perseguía el recuerdo de esa sencillez y esa claridad que últimamente se habían presentado en mi vida con la mayor naturalidad. Era como si el mundo, que antes era un bonito paisaje realista, se hubiese transformado ahora en un mar de píxeles abstracto y de mil colores, un Gustave Courbet o directamente un Jackson Pollock.

La crisis de los refugiados, la crisis económica, la crisis de empatía, la crisis del sentido común, las catástrofes naturales, el extremismo, la gente que vive maniatada por una fe mentirosa, por unos odios mentirosos, por un amor mentiroso, por un planeta de mentira, por mentiras. Ay, Dios; ay, páginas de internet: ¿adónde me dirijo si necesito elegir compañero de suicidio?!

Quería explotar para sacar todo esto fuera, pero los momentos de satisfacción eran cada vez más cortos, mientras que la culpa, que no fallaba y siempre regresaba a mí de puntillas, ganaba velocidad.

Y bueno, en fin, para colmo empecé a fustigarme con otro tema: lo de que, en cierta medida, abusaba de las chicas que

participan en esas grabaciones. Una parte de ellas está claro que lo hacen obligadas, son jóvenes esclavizadas a quienes solo podemos culpar de haber soñado con algo real. ¡Ah, esas innumerables princesas de las películas, esos anuncios en los que gente feliz y despreocupada se ríe a carcajadas! Ellas también querían algo similar, aunque por desgracia se toparan por el camino con la gente equivocada.

Subrayo que no era mi intención lesionar los derechos de nadie con mi actividad en esas páginas de internet, ni denigrar su dignidad. El único que se denigraba aquí era yo mismo.

Todo esto se fue juntando y empezó a pasarme factura. Esa necesidad asfixiante, esas puertas cerradas a cal y canto, esa luz mortecina, esos remordimientos tenaces. Empecé a soñar con conocer a alguien de verdad; me aseguraba a mí mismo que entonces lo superaría. ¿Por qué iba a ser yo diferente al resto? También tenía que dárseme la oportunidad de ser normal, ¿no?. Y ya puestos, por qué no iba a ser hasta medianamente feliz: ahora solo me faltaba conocer a alguien de verdad.

Miré con el entrecejo fruncido el débil haz de luz que emitía de la farola y que se filtraba por la ventana del balcón y sentí que me invadía el espíritu un fuerte escozor —¿eso, o mejor meterme hasta las cejas en aquella humillación extravagante, chapotear en ella sin ponerle límites?—.

Salí al balcón y enfoqué la mirada en el perfil borroso del pueblo.

Todavía más allá, una arboleda despedía ya el aroma de la primavera.

En el horizonte se vislumbraban las lucecitas de la ciudad.

En alguna parte, no tan lejos, hay vida.

En alguna parte, no tan lejos, hay alguien.

Yo también tendré una oportunidad, ¿o no?

Decidí salirme de internet y encontrar a alguien de verdad.

KARL

A menudo pensaba lo siguiente: “Cualquier día de estos empezaré a vivir de verdad”.

Me imaginaba que abría la puerta de hierro por enésima vez y sin más daba comienzo esa vida verdadera. Y que con eso volvía a sentirme dueño de mí mismo y cada cosa volvía a estar por fin en su sitio.

Crecí en una casa de acogida.

Los primeros años de vida los pasé en casa de mi abuela en Pärnu. Mi madre tenía dieciséis años cuando nací. No sé nada de mi padre. De los años previos a la casa de acogida solo me ha quedado el recuerdo de una mujer mayor que olía como huelen las cocinas, como a aceite o margarina quemados. También se me ha quedado grabada otra sensación de entonces: era como si todo estuviera desencajado, como si todo ese tiempo hubiese sido un error, empezando por el principio, cuando mi bisabuela aún era una niña o todavía mucho antes de eso.

A mediados de los ochenta, mi madre fue de vacaciones a Sochi con unas amigas y su autobús se despeñó por un barranco.

Se mataron catorce personas.

Y bueno, en fin, que ese accidente fue como la prueba definitiva de que mi sensación era cierta, de que algo llevaba siglos desencajado. Como suele decirse: la gota que colmó el vaso.

Mi abuela murió unos pocos años más tarde y me entregaron al estado. La Unión Soviética se hizo cargo de mí. La Unión Soviética me daba comida, me daba ropa y libros de texto, pero lo demás era asunto mío: cómo orientarme en una dirección u otra en esas condiciones y demás.

Con la perspectiva de hoy puedo decir que, en el centro de menores, el panorama era incluso más feo y jodido que más tarde en la cárcel. En la cárcel por lo menos hay alguna regla y ya eres lo bastante mayor como para darte cuenta de algo. Pero en el centro de menores había educadores borrachos que podían hacer contigo lo que les saliera de las narices: podía ocurrir de todo, simplemente. Porque oye, mira, la vida es así. Sí, es cierto que hasta allí había personas legales; seguro que la mayor parte de los educadores eran gente legal, pero el trasfondo era uno y nadie destacaba tanto como para haberme dejado huella.

No he hablado con nadie de lo que me pasaba ahí dentro ni de lo que sentía entonces. Es como si no me cuadrara hacerlo; ni siquiera lo he comentado con Jaakob. A él su padre le pegaba mucho de pequeño, antes de que decidiera cortar amarras para siempre. Pero Jaakob solo me habló una vez de ese tema. Me dijo: “Si ahora pudiese, perseguiría a mi viejo hasta el infierno y lo mataría”.

Cuando miraba a los hijos de Leila, yo quería hacerlo todo bien. Quería tener una vida de verdad con ellos, todos juntos.

Quería ser un padre justo y modélico, esa clase de hombre que veía en las películas cuando estaba en el centro de menores e íbamos en grupo al cine.

“El buscador de pistas” y “Abdullah”.

Indios e indios.

¿Gojko Mitic, Raj Kapoor? Ellos eran tipos de ese estilo.

Total, que la hija de Leila, Marta, una princesita de once años, lista y salada y tal, con su pelo oscuro y lacio y sus grandes ojos azules, no daba ningún problema. Pero al hijo, Markus, había que meterlo en cintura. Markus era hijo de otro padre y tenía una personalidad distinta. El chaval era alto, pelirrojo y pecoso, y estaba una edad difícil. Pero además de eso había otro tema, porque en toda su vida no había tenido ningún referente, nadie a quien respetar, con autoridad suficiente.

Lo tengo claro, yo era el primer hombre que llegaba al piso y se quedaba, digámoslo sin rodeos, más tiempo del que tarda uno en bajarse la cremallera de la bragueta.

Resumiendo, sus hijos tenían padres distintos y Leila no se acordaba ni de sus nombres, o igual no quería acordarse. Y a mí, ¿qué? Yo no tenía celos del pasado, menuda idiotez. Yo sé lo que es tomar una decisión complicada y también sabía que, en ese sentido, Leila era igual que yo: punto. Hasta me sentía un tipo con suerte, por no tener que compartir nada. A los otros hombres incluso les estaba un poco agradecido por haberme dejado todo el pastel a mí.

Una mañana me planté a los pies de la cama de Markus, lo desperté y tuve una charla en serio con el chaval. Él me

miraba fijamente con los ojos somnolientos por debajo del bulto arrugado del edredón: había llegado a casa poco antes, casi de día. Markus ya iba, como suele decirse, en caída libre. Tenía malas compañías, hacía pellas en el instituto, robaba. Entrenaba con otros chavales de su mismo pelaje en el sótano de un bloque de viviendas prefabricadas. Es verdad que había hinchado mucho músculo, pero el espacio entre los dos ojos lo tenía más bien hueco, lleno de pecas en vez de conocimiento.

Yo no le caía bien; eso era evidente por las miradas de cabreo que me lanzaba. Pero vamos, yo entiendo que no puedo caerle bien a nadie antes de tratarme y conocerme mejor. También tenía clara la reacción que provocaba en él. Este tipo llega de la calle, se nos mete en casa y encima pretende darme lecciones. En esa misma situación, yo también estaría de uñas. Pero también es verdad que un chaval de esa edad no tiene ni idea de lo que le conviene. Y lo más importante, él tampoco tenía ni idea de mis intenciones, de hasta dónde quería llegar yo.

Me senté en un taburete que había enfrente de la cama y le dije sin andarme por las ramas: “Tenéis un problema gordo. Tú y toda tu familia tenéis un problema gordo y yo he venido para ayudaros, pero para que algo mejore, todos tenemos que poner de nuestra parte. Para empezar, vamos a tener que creernos que las cosas pueden ir por lo menos un poco mejor, ¿estamos?”

Yo pensaba todo esto en serio. Quería probar y ver qué tal: ¿lo mismo hasta funcionaba? Estaba seguro de tener dentro de mí todo lo que hacía falta para conseguirlo. Muchas cosas que llevaba siglos deseando ver florecer.

Pasaba como en aquella entrevista que hice nada más salir en libertad, cuando me ofrecieron el trabajo de cargador de camiones: “¿Tienes ganas y te ves en el puesto? ¿Te ves a ti mismo aquí, de nueve a nueve, metiendo mercancía en el remolque? ¿Te ves o no te ves?”

Digamos que esa oferta concreta yo no la veía, pero eso no significa que verme y tener ganas no fuera fundamental. En ese sentido, tenían mucha razón.

Yo tenía ganas y también me veía, pero solo si pensaba en mi familia.

Markus me escuchaba tumbado en la cama deshecha, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en algún punto en torno a mis rodillas. Estaba ahí quieto y no decía nada, pero yo tenía claro que el chico se esperaba otra cosa, quizá que me pusiera a reprocharle cosas o a darle órdenes, mientras que yo le estaba hablando en plan tranquilo y racional.

Y no es de extrañar, vamos, porque yo soy una persona muy justa. Es mi naturaleza. Cualquier abuso de poder me saca de quicio. En eso, Jaakob y yo éramos parecidos. Pero en fin, como decía Jaakob: “Cuando un hombre se ve atrapado en una extorsión, el sentido de la justicia es una de las mayores putas”. Ese día, en la celda, él y yo nos reíamos de todo, pero ahora, teniendo que enderezar los asuntos de Leila y de sus hijos, comprendía lo importante que es tener un respaldo fiable y justo para una familia fallida.

LEO

Como hombre, yo había fallado, eso es evidente.

Pero era un buen padre, hasta muy bueno. Ayudaba al niño con los estudios y a la niña la llevaba y la traía a clases de ballet. Íbamos juntos a comprar juguetes y sentía una alegría sincera cuando veía chispitas en los ojos de mis hijos entre tantas cajas, legos, perritos parlantes y puzzles.

Entonces debía de importarme de verdad que la gente me considerase un buen padre.

Un buen hombre, un buen padre.

Ahora, esta era mi misión en este mundo. Después de renunciar a mis confusas aspiraciones, a todo ese confuso idealismo de antes: ese verme a mí mismo logrando metas en el futuro se había desvanecido sin más. Sin dejar rastro.

No puede decirse de mí que haya hecho carrera como arquitecto. Tampoco me he convertido en un visionario o en un artista de prestigio. Ni siquiera se me puede ver como un intelectual de mediano renombre, de esos que

exhiben sus asombrosos conocimientos ante la opinión pública. En mi caso, todo ese engañoso barniz cultural se lo tragó hace mucho una riada de desencanto e indiferencia vital. Ahora solo me quedaba existir, dejarme ir, ver cómo la madeja se iba desenrollando y procurar que el proceso no me doliese más de lo necesario. El programa se había terminado y corrían pantalla abajo unos títulos de crédito desproporcionadamente largos. Verdaderamente, mi vida era como un cono que se va estrechando hasta el vértice —todo el espectro se va angostando sin obstáculos hasta que al final solo queda ese punto final, en el que confluyen todas las rectas: la muerte—. Y yo ni siquiera alcanzaba a ver esa idea como algo morboso. La degradación era ya tan avasalladora que la perspectiva de pudrirme no me deprimía, más bien me parecía irremediable y me dejaba indiferente. Es evidente que, en casos así, algo lleva muchos años roto, si a la persona no le quedan fuerzas ni tampoco el miedo que haría falta para salir de ese estado de atonía; si lo único que perdura es una espiral tautológica que se retroalimenta, el eco monótono del hastío cotidiano.

Sí, es evidente que yo no había fracasado únicamente como hombre sino también como persona, como miembro de la humanidad a quien se le ha encomendado mantener encendida la llama fabulosa del espíritu humano. Yo había sido tan flojo que el fuegucillo se me había muerto, así de simple.

Y a pesar de todo, seguía siendo un buen padre. Esa parte de mí había sobrevivido y seguía funcionando, como un hongo de extraño vigor que proliferase sobre la cáscara de una planta muerta.

Ocuparme de los niños se había convertido en mi contribución a la marcha cotidiana de nuestro hogar. Diana estaba permanentemente cansada, no paraba de rezongar y de renegar, si es que hablaba algo. Pasaba un trapo lleno de mugre por la mesa de la cocina y se lamentaba de tener que hacerlo todo sola, de tener que soportar ella sola la carga de nuestras vidas.

Yo me ocupaba de los niños.

KARL

Con los niños hay que aprender a desenvolverse. Yo sabía de primera mano que presionarlos no lleva a ningún sitio, que así solo se consigue ponerlos nerviosos y en tu contra. También sabía la forma de manejar el tema. Era cuestión de presentarlo de manera que ellos mismos quisieran mejorar las relaciones.

Lo primero que tuve que hacer fue cambiar varias cosas en casa, porque todo estaba muy manga por hombro. En ese piso, todos estaban acostumbrados a volver a casa para dormir y para lamerse las heridas, poco más, y un lugar así no es un hogar: en realidad, no pasa de ser una madriguera.

Pero como siempre, para hacer cualquier mínima cosa es necesario al menos algo de dinero. Por eso conseguí un curro temporal a través de un viejo conocido. Digo temporal porque no tenía la intención de quedarme demasiado tiempo matando el tiempo en aquel taller de coches. Pero de momento me hacía buen papel, porque mientras tanto podía ir mirando tranquilamente si me salía otro curro.

Iba todos los días a trabajar y me preocupaba de poner comida en la mesa. Cocinaba yo mismo, freía huevos y patatas y todo eso, y Markus empezó a venir a casa a comer. Leila y Marta también, desde luego: ahora todos nos sentábamos en aquella cocina con mobiliario pobretón, en torno a una cacerola bien caliente. El primer paso estaba dado.

El chaval se apaciguó bastante al descubrir que, por lo visto, yo no era uno de esos “mamones idos de la pinza” —así se refería a casi todas las personas mayores que él.

Al principio, la pequeña Marta me miraba descreída, recelosa. Estaba acostumbrada a cuidar de su propia madre cuando vomitaba y tal, porque Leila, es verdad, bebía muchísimo. Sencillamente se metía de todo; el dinero que le daban del paro se lo gastaba íntegro en alcohol y cigarrillos.

Yo intentaba razonar con ella, pero solo conseguía sacarla de quicio. “¡No es asunto tuyo ni de nadie lo que yo beba o haga!”. Etcétera.

Yo soy abstemio, no fumo ni voy de copas, cero al cociente, como suele decirse. Hum, bueno, claro que sí he bebido, aún lo hago a veces, pero no me gusta el alcohol. Cuando bebo, no me caigo bien a mí mismo. De eso me di cuenta hace ya un puñado de años, viendo a todos esos mendas que se pasan la vida ciegos, haciéndoles la vida polvo a sus propios parientes y amigos. Viendo a tantos hombres viejos convertidos en amasijos de venas moradas y de costras, con una gelatina carnosa y gris en el sitio donde deberían ir los ojos.

Es algo que pudre a la gente: pudre el cuerpo y la mente de manera que la peña ya no sabe ni qué hacer consigo misma cuando está sobria, porque lo único en lo que piensa es volver a drogarse otra vez.

La bebida es parte de ese mundo de débiles mentales y yo no soy ningún débil mental.

Ni tampoco soy un delincuente.

Muchos delincuentes son simplemente tontos. Te das cuenta enseguida, basta darte una vuelta por la cárcel y escuchar los motivos por los que muchos están a la sombra. Pero si me paro a pensar en lo que queda quitando todas las chorradas que se hacen estando puesto de alcohol o de drogas —esas gilipolleces sin pies ni cabeza—, pues el panorama sigue siendo muy feo, muy jodido. Lo principal es que la gente no sabe pensar por sí sola, así de simple, y además se suelta a los más listos para que les coman el tarro a otros: esto último es lo que solemos llamar crimen organizado. Es lo que pasa cuando alguien acaba yendo a darle una paliza a otra persona o se mete a hacer un atraco por veinte o cuarenta euros de miseria. Y en un momento dado, en el mejor de los casos, puede que ese mismo menda se aprenda la lección y pase a comerles el tarro a otros. O si no, en el peor de los casos, el tren le pasará por encima y se convertirá, como suele decirse, en una triste estadística.

Yo tengo otra personalidad, me pega más ser emprendedor. Hacer negocios. Solo que me he quedado atascado en el engranaje del sistema.

A mí me gusta instruirme por mi cuenta, estudiar cosas nuevas. Es como si siempre hubiese sentido esa atracción por las cosas más altas, ese afán de superación. Pero durante todo el proceso he tenido que aprender lo mío y a veces el tema me ha dolido bastante. En fin, que como dijo Jaakob una vez, la gente inteligente no va a la guerra, sino que manda a morir a sus pensamientos idiotas, ¿estamos? Aunque a veces es difícil tener esto encuentra si algo te hace hervir la sangre. Te encabronas tanto que calculas mal o dejas que los sentimientos te hagan papilla.

Y es aquí cuando el alcohol se convierte en el mayor enemigo, porque estando ciego solo existen los sentimientos y los cálculos equivocados. Y después ni tú mismo ni un comité de expertos tendrá ni pajolera idea de por qué, por un solo instante completamente absurdo, tu vida se ha ido a pique en cero coma.

Resumiendo, yo quería adiestrar a Leila para que poco a poco se quitara de la bebida: este punto era la parte principal de un plan mío más amplio, de mi gran visión.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee





MAARJA KANGRO

(1973)

La niña de cristal

¿Qué pensamientos y emociones desgarran a una mujer enfrentada a la noticia de que el feto que está gestando no tiene ninguna posibilidad de sobrevivir? Este no es un libro de autoayuda ni un dramón lacrimógeno, sino una novela fría e intelectual sobre qué significa ser mujer.

Traducciones: alemán, letón, lituano

Maarja Kangro

“La niña de cristal”

Klaaslaps, Nähtamatu Ahv 2016, 206 p.

páginas 9–13

28 DE ENERO DE 2015, MIÉRCOLES, 8.30

Frené en la parada de autobuses antes de llegar a los Juzgados, pero entonces me pareció ver a Jaanus más allá. Cerca del paso de peatones, con una cazadora de un tono marrón claro y una mochila. Seguí avanzando un poco más, con la idea de pasar a su lado y que se montara en el coche, pero resultó que no era él, sino un chaval muy joven, de instituto, que se quedó mirándome sin entender nada. Jaanus venía corriendo detrás del coche, persiguiéndome.

“Hola, no te había reconocido”, le dije. “No sé por qué”.

“Hola”.

Él mismo se había ofrecido a acompañarme. Había dicho que sería bueno que no estuviera totalmente sola. Yo no sabía qué pensar al respecto. Iba a asistir al seguimiento de una muerte: no podía pasar nada más que eso. Podía vivirlo de un modo o de otro, sola o no. La presencia de otra persona, por supuesto, le da a todo un ambiente distinto, como de charla de café. Más horizontal, más gráfico. Es posible que las palabras no hayan acabado de fermentar del todo cuando deban decirse, porque si en el cuarto hay más de una persona, no queda otro remedio, hay que decir algo.

Hace un par de días les había traído de Málaga un abrebottas en forma de polla, a Jaanus y Martin. Una polla de madera de un grosor considerable, que llevaba grabado dentro el letrero “Málaga”.

Había salido una mañana neblinosa y gris. Pensé que no debía temer la obscena claridad del cielo, ni el brillo del sol invernal. Por otro lado, la neblina y el ambiente gris tampoco servían de nada. Nada habría servido de nada. Podía seguir contemplando eternamente esa inanidad absoluta, porque la acción de observar no tenía objeto.

La criatura, ajena a todo, vivía entretanto sus últimas horas. Crecía en esas últimas horas, las células se dividían sin cesar. Sus párpados cerrados debían ya de percibir la luz; su corazoncito latía entre 140 y 150 veces por minuto.

28 DE ENERO DE 2015, MIÉRCOLES, HACIA LAS 9.00

En la sala de espera de Fertilitas el agua fluía como de costumbre, las plantas de invierno no dejaban de crecer, con su crecimiento correoso y tenaz. Es de suponer que aquel interior era agradable, respetuoso y tranquilizador, pintado de un color naranja claro. Hay gente dichosa a quien es posible engañar con interiores así de agradables. Su dicha puede finalizar de golpe, pero también puede durar.

A la vez que nosotros llegó a la sala de espera una mujer de pelo oscuro, con una apariencia algo tensa, cuya presencia transmitía temor y desencanto. Se quedó de pie, igual que nosotros. Quién quiere sentarse cuando la cosa es grave. No hablamos en absoluto hasta que llegaron dos sanitarios. Uno me señaló y le dijo al otro: “Coge a esta primero. La conización vendrá luego”.

La mujer morena se mantuvo en pie, sin decir ni una palabra. Conización.

“Venga, vamos”. La enfermera me sonrió. Era una rusa alegre, con aspecto de chiquilla; yo la habría llamado Polina. “Su marido se queda aquí, la consulta es pequeña y no hay espacio para que esté sentado”.

La enfermera había aprendido a actuar así con la gente, a ser servicial y atenta. O bien no lo había aprendido, era así por naturaleza. Revolió los papeles, echando de menos algo que debía estar en la superficie de aquella misma mesa, y respondió

a todas mis preguntas igual: “Desde luego, exactamente, tiene mucha razón”. Quiso quitarme todos los papeles, incluidas las imágenes de ultrasonidos del feto y la tarjeta de autorización del aborto, pero yo no se los di.

“Perfecto”, respondió la alegre Polina.

Me alargó el texto impreso y se rio de lo llena de papelotes que estaba la mesa. Sí, claro que podían darme un bolígrafo. Lo agarré con fuerza y firmé la sentencia de muerte de mi hijo. Pocas horas más tarde, yo sería incapaz de recordar qué clase de bolígrafo había utilizado. Si llevaba el letrero de AS Fertilitas, si era blanco o del color habitual, naranja-transparente, con un capuchón azul.

Pero mientras yo firmaba mis papeles y le daba a la alegre Polina (que, por otro lado, podría ser por ejemplo Julia) datos sobre mis costumbres, peso, estatura y falta de alergias, la mujer morena estaba llorando en el pasillo. Eso es lo que me dijo luego Jaanus: que, por algún motivo, la mujer se había echado a llorar. Los hospitales y las clínicas, con su atmósfera característica de no-estar-en-ninguna-parte, fueron los lugares más engañosos. En realidad, estaban salvajemente cargados de sentido. En ese momento, era la mujer. La tenía allí mismo, allí maduraba el horror genuino y amargo de una vida.

¿Qué le habrían dicho a la morena? Ella era “esa conización”. Yo sabía que la conización del cuello del útero no se practica así, sin más, por lo menos no hoy mismo, aquí mismo. Las mutaciones en el epitelio del cuello del útero deben ser graves para que corten ese trocito en forma de cono, y ahora, aquella mujer podía estar temiendo por su vida. Se preguntaría porqué le había tocado justo a ella. Probablemente se trataría de alguna cepa peligrosa del virus del papiloma que había empezado a actuar. A saber qué idiota le contagiaría el virus del papiloma. Quizá su marido. Quizá algún amor pasajero, durante un viaje, o durante el verano. Quizá fuera hace mucho tiempo. Me asombré de que a mí no me lo hubieran contagiado antes de la vacuna. En fin, al menos eso me salió bien. Aunque, bueno, ahora qué más da.

No sé qué pasó luego con aquella mujer. En aquel momento tenía la sensación—indudablemente equivocada—de que ella, independientemente de cuál fuera su problema, seguía estando fuera del infierno real que yo habitaba. Sus ojos estaban húmedos de lágrimas. Pero yo estaba metida en un infierno, en una mierda tan profunda, que ya ni siquiera lloraba. En mi caso, todo se había convertido en desierto, y la desertización tenía efectos retroactivos. Desde la perspectiva que da el infierno, las esperanzas, las pasiones y afectos del presente parecen desde el principio deshechos patéticos, estupideces que no debería haberse una tomado en serio. *Lasciate ogni speranza*. El truco está en las letras de ese cartel, siempre ha estado ahí sin que nosotros lo advirtiésemos. Es, por descontado, el letrero de la humanidad. Dante lo propuso notablemente antes que los filósofos-de-siempre. Antes que Heidegger. Nosotros siempre hemos pasado por debajo de ese cartel, sin que nos llamara la atención. Es, más o menos, como un letrero con el nombre de una pequeña población, que el conductor temerario ignora. Oh, no, él no lo había visto, aunque si ahora procura hacer memoria, pues evidentemente debía de estar por alguna parte, tal vez incluso fuera muy grande, demasiado visible como para resultar creíble.

Pero ahora... todo puede irse a la mierda, porque todo es una mierda, de principio a fin. Tal vez aquella mujer también pensara así. A la mierda con todo, porque todo ha sido una mierda desde el principio. Aunque tal vez no lo pensara. Daba la impresión de tener esperanza; la posibilidad de esperanza le seguirá haciendo daño. Tal vez esa esperanza vuelva a crecer en mí en algún momento, como el heno fresco en un prado.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee



URMAS VADI

(1977)

Neverland

Una historia entrañable y llena de humor sobre la gente corriente y las tragedias de su vida diaria. El título alude a cierto lugar adonde todos nos gustaría regresar algún día, aunque solo sea después de la muerte.

Urmas Vadi**“Neverland, la Tierra de Nunca Jamás. Una novela sobre las relaciones humanas”**

Neverland, Kolm Tarka 2017, 352 p.

3 primeros capítulos

Algo hay que los hace tenerse en pie. Todo lo demás se derrumba. Aparte, también está esa excitación sofocante, que acabará sepultando al mundo entero. Ellos sienten un anhelo acuciante de actuar, ¡porque algo habrá que hacer, al fin y al cabo! Pero... ¿qué? Eso, ellos todavía no lo saben. Aunque tampoco sepan vivir de otra manera, porque ya están en pie, y su excitación no hace sino aumentar.

MARGO

Agosto ya estaba finalizando, pero Margo seguía en el chalet. El paisaje iba cambiando a su alrededor. El rocío de la madrugada no se derretía hasta la hora del almuerzo, quizá incluso hasta más tarde. En el huerto, las manzanas se caían de los árboles, y Margo las miraba caer mientras pensaba que tenía que cortar el césped. ¿Qué sería lo correcto, debería recoger las manzanas antes de cortar el césped? Muchas manzanas ya estaban tan podridas que se habían convertido en meros pegotes, y por eso era difícil separarlas del césped. Tal vez debía cortar el césped a pesar de todo, porque de todos modos había demasiadas manzanas, ¿y qué iban a hacer ellos con tantas, qué iban a hacer en general? Margo estaba de pie sobre el césped cubierto de rocío, como si hubiese perdido la memoria, como si él mismo fuera un manzano Krüger, con las ramas absurdamente extendidas y los tenis húmedos.

La última vez que había estado en este mismo huerto con su mujer, habían discutido de nuevo. Aunque por lo general sus discusiones derivaban en insultos, seguían con gritos y llantos, y finalmente acababan en una reconciliación en la cama, aquella tarde todo había empezado como de costumbre, pero luego no había habido ni un insulto, ni un grito, ni tampoco reconciliación en la cama.

Para el almuerzo, Margo coció patatas e hizo una salsa de carne picada. La ensalada se la saltó y decidió que la sustituiría por un par de manzanas. En ningún momento se le había ido el apetito, quizá todo lo contrario. Desde aquello ya había pasado un mes, pero él seguía aquí, en el chalet, y Elina en la ciudad. El niño, al que ninguno de los dos le había explicado las cosas como es debido, estaba de vez en cuando en un sitio, y de vez en cuando en el otro.

Margo todavía no ha aprendido a hacerse la comida para él solo, sino que sigue haciéndolo todo como siempre, para toda la familia. Por eso come exactamente la misma comida, recalentada, durante tres días, y además, come más de lo que debería. A veces salsa de carne picada, otras albóndigas o boloñesa. La carne picada le gustaba; no es que tuviera nada en contra de los filetes ni de las costillas, ni tampoco del pescado ni del marisco ni de las hortalizas, pero la carne picada le parecía, por decirlo de alguna manera, un plato más propio de él. Sabía prepararla mejor que cualquier otra cosa: entendía de carne picada. Incluso se había planteado, como una posibilidad, el *boeuf à la tartar*. Por un lado lo tentaba muchísimo, pero por otro, la idea de comer carne cruda le daba asco. ¡Aunque también llegaría el día de probarlo, estaba seguro!

La semana anterior, aprovechando que iba a buscar a su hijo, Margo se había pasado por el mercado y comprado carne picada para llenar el congelador. Luego había dividido los diez kilos de carne picada en treinta y cuatro porciones, y hasta había metido cada cachito en una bolsa de plástico. Contar

con esas reservas transmitía a Margo una cierta sensación de seguridad. Aunque todo lo demás en su vida fuese ahora incomprensible y difuso y disperso, al menos la carne picada era algo concreto, frío y abundante.

Entre semana, Margo acudía a la ciudad a dar sus clases, y en días alternos, con muy pocas excepciones, también iba a buscar a su hijo al jardín de infancia. Sin embargo, había empezado a evitar esos viajes a la ciudad. No quería encontrarse con ningún conocido por si le preguntaba cómo le iba. ¿Era posible que se hubiesen enterado de algo? Vaya usted a saber. En cualquier caso, Margo no quería exponerse a esa situación, porque le supondría soltar el típico rollo, pues nada, va fenomenal, ¿y vosotros, qué hacéis el fin de semana?, por qué no nos reunimos, va, venid a casa, podemos hacer una barbacoa. Por otro lado, a Margo le apetecía igual de poco decir sin rodeos lo que pasaba en realidad. No quería que la gente pasara un mal trago por su culpa, y además... ¿qué iba a decirles? Ni siquiera él mismo tenía claro nada al respecto. No paraba de darle vueltas a un único instante, era como un martilleo machacón en la cabeza. En ese momento, la conversación en el jardín se les había ido de las manos, Elina había perdido los nervios, las manos le empezaron a temblar y la comisura de los labios se le torció. Margo intentó abrazarla, se apretó muy fuerte contra Elina, para sofocar de raíz esa disputa idiota que no los llevaría a ningún sitio, ¡mejor, vámonos directamente a la cama! Ni siquiera hace falta ninguna cama, aquí mismo, en nuestro precioso jardín que con tanto esmero hemos cuidado, bajo los manzanos, ¡sobre este blando césped, los dos podríamos convertirnos en un solo ser, volver al principio de los tiempos! Elina, como siempre, luchó por desembarazarse y finalmente se liberó del abrazo de Margo:

—¡Qué haces, me estás apretando, me haces daño!

—¿Qué pasa?—preguntó Margo. A saber si verdaderamente no entendía lo que pasaba, o si fingía no entender—¿Qué?

—¡Que me estás haciendo daño, deja de achucharme!

—¿Y qué quieres que haga, entonces?—Margo no conocía ninguna otra forma de comportarse, ¡y tampoco hacía falta encontrar otra forma! Así, él se sentía muy bien, y para Margo resultaba inconcebible que Elina no se sintiese igual de bien.

—Quiero hablar contigo.

—Por supuesto, luego hablamos—dijo Margo, para distraer la atención de Elina, y comenzó a acosarla de nuevo. Elina tuvo que utilizar los brazos para protegerse, los puso delante de sí y a la vez distanció la pelvis y el trasero todo lo que pudo del cuerpo de Margo. Margo siguió haciendo avances, Elina retrocedió hasta colocarse bajo la copa de un manzano blanco-transparente, donde sus cabellos se enredaron entre el ramaje. Fue entonces cuando la siguiente frase explotó y salió de las entrañas de Elina, rajándole la carne y el hueso, el cerebro, los sueños, todo:

—¡No te quiero!

—¿Cómo dices?—repuso Margo, cuyo ímpetu inicial disminuyó por culpa del susto, sin desaparecer del todo.

—¡Para ya! ¡A mí no me gusta! ¡A ver si lo entiendes de una vez!

—¿En qué sentido?—preguntó Margo, en un intento por comprender, pero como seguía sin comprenderlo, volvió a preguntar—¿En qué sentido?

—En ningún sentido. ¡Nunca me ha gustado hacerlo contigo!

Al final Margo paró, e incluso retrocedió. Se miraron el uno al otro a través de las hojas de los árboles. Estaba claro que Elina no lo había dicho simplemente por hacer daño. Pero, si no era por eso, ¿para qué? ¿Cómo que nunca le había gustado? ¡Sencillamente, no era posible! ¡Dos personas que han vivido media vida juntos, y de repente viene con esas! Frases así solo las decían los actores, en las películas. Pero Margo no estaba en una película, allí no había cámaras, no había arreglos de sonido ni de iluminación, solo estaba esa frase que le había llegado con cierta demora, describiendo antes una parábola. Incluso era posible que esa frase nunca hubiera acabado de llegar a su

destino final, sino que siguiera su trayectoria, siempre adelante, enterrándolo todo a su paso.

Margo podía no comprender sus razones en ciertos momentos, discutir con ella, pelearse. Pero en esta situación concreta, no había nada que preguntar, ni que precisar, ni que explicar, sino que las cosas eran así, como Elina las presentaba. Se quedaron observándose fijamente durante un rato. Por fin, Elina salió de debajo del árbol, cogió sus cosas y se marchó a la ciudad. Margo se quedó en el jardín, con una sensación imprecisa de vacío, y también de fracaso, como si lo hubieran suspendido. Margo ya tenía esa intuición antes, pero ahora se había confirmado del todo.

¿Qué le quedaba por hacer en esta vida, aparte de salsas de carne picada? ¿Qué hace la gente en las películas, cuando se ve en casos parecidos? Y en un sentido más general, ¿qué personaje encarnaba él? ¿Sería el héroe? ¿El perdedor? ¿El luchador? ¿El que se retira con la cabeza bien alta? Margo abrió el congelador y sacó un pegotito de carne picada para la cena. Lo puso en la pila, bajo el grifo, para que se descongelara. Oyó el sonido del teléfono que llegaba desde la mesa de la cocina, era su madre. Porque últimamente, hay que decirlo, sobre todo lo llamaba su madre, pero ella lo hacía a diario, varias veces seguidas.

LEENA

Leena había tomado la decisión de dejar el teatro por voluntad propia. En un momento dado, había comprendido que era hora de abandonar. A pesar de que muchos colegas le decían: ¡pero adónde vas, por qué, no te vayas! Leena se marchó, porque entendió que se le estaba acabando el fuelle, cosa que en realidad también habían entendido los que le decían: ¡adónde vas, por qué! No le agradaba irse, pero al final, el miedo ganó la partida: si alguien le tomaba manía o empezaba a verla como un estorbo, pensaba, podrían acabar despidiéndola. O bien la mantendrían, pero no le darían papeles. De esto último ya había recibido señales evidentes y bien visibles.

La última producción en la que Leena participó fue “La gaviota” de Chejov. Cuando en el teatro se corrió el rumor de que en esa temporada iban a montar “La gaviota” y que ella también estaría en el elenco, de inmediato le cruzó la mente un pensamiento, ¿no le pedirían que interpretara a Irina, verdad? Siempre había soñado con ese papel, e incluso hoy seguía haciéndolo. Algo había en Irina que le resultaba reconocible y próximo, que la cautivaba. Leena comprendía que por razones puramente relacionadas con la edad no iba a poder interpretar a Irina, y pese a todo, ese pensamiento le cruzó la mente. Porque se trataba de un director vanguardista, que a menudo retorcía las cosas hasta darles la vuelta, redistribuía las líneas argumentarles, incluía personajes procedentes de otras obras, recortaba aquí y allá. ¿No podía Irina, tal vez, ser mayor? Ah, eso habría sido tan oportuno, tan simbólico... una actriz que interpreta a otra actriz, y después de ese último papel, Leena abandonaría el teatro con una actitud serena y contenida, sin portazos, sin llantos, sencillamente se iría a su casa un día, y al siguiente no volvería a trabajar.

Cuando se publicó la distribución de los papeles de la obra en el tablón de anuncios, se supo que a Leena le correspondía el papel de Polina Andrejevna. Evidentemente, ella se alegró de que le asignaran ese personaje, porque a ojos de Leena, Chejov era uno de esos autores en cuyas obras uno puede interpretar hasta al postillón que aparece una sola vez, en el umbral de la puerta, o incluso a la puerta misma. En general, Leena idolatraba los clásicos rusos. Solo ellos lograban exponer los misterios del alma humana, la grandeza, la vileza, la tragedia, la felicidad, todo lo que hay dentro de una persona, lo que había dentro de ella misma.

Durante toda la fase de ensayos, Leena padeció a causa de un sentimiento de confusión, sufrió por el miedo a no estar a la altura. Siempre le había pasado, siempre, con cada uno de los papeles que había interpretado. Pero ahora le pasaba algo insólito, el miedo la paralizaba, no conseguía recordar los textos. En casa, o en el autobús, de camino al teatro, repasaba

su papel y lo recordaba todo, sin omitir nada, pero una vez estaba sobre el escenario, perdía el hilo. El director era un extraño para ella, no se atrevía a hablar con él de tú a tú, ni tampoco quería hacerlo. Leena despreciaba a esos actores que perseguían al director, le hablaban con escuchitas y le hacían la pelota. Leena era de la vieja escuela. Cuando estudiaba en el *Estudio*, un docente que a su vez era discípulo de Nevirovitch-Datchenko los había machacado con ciertas consignas, hasta grabárselas a fuego:

—¡Los chanclos de goma, los dejáis detrás de los bastidores! ¡El actor que no quiera formar parte de la troupe, que cree una compañía para dedicarse a los monólogos, o si no, que se pegue un tiro! Si el director da una orden, es para todos, y si un actor le pregunta algo al director, ¡ha de hacerlo en presencia de todos los demás actores! ¡Aquí no hay sitio para las conversaciones por lo bajini, ni hay secretismo que valga!

Leena opinaba que la autoridad del docente era incontestable, por muchos tacos que este soltara al expresar sus ideas, así que siempre se había mantenido fiel a aquellas directrices. Ahora, sin embargo, le habría gustado muchísimo preguntarle al director: ¿todavía voy por el buen camino, soy válida todavía? Por supuesto, Leena lo habría preguntado con delicadeza, consultándole acerca de algún detalle en particular o de alguna línea argumental, a fin de obtener algún tipo de respuesta. Al final no preguntó nada, porque recordó las palabras del docente, lo cual la hizo sentir con más claridad que nunca que ya no pertenecía a ese grupo, que ya estaba fuera. Veía con nitidez que ni el director ni sus compañeros estaban contentos con ella, tendía a mezclar las réplicas y no reaccionaba a las señales pactadas con los demás.

Una actriz joven que interpretaba a Nina coqueteaba descaradamente con el director. Era algo asqueroso, pero ella no conseguía mirar para otro lado: lo veía, y verlo le recordaba a Lilian. En su momento, esta última se había comportado igual, se ponía muy cerca del director y lo trataba con una familiaridad excesiva. De hecho, lo sigue haciendo incluso

ahora. Afortunadamente, Lilian no actuaba en “La gaviota”. El director de actores sabía lo que pasaba entre Leena y Lilian y no las ponía juntas en ninguna producción. ¡Y a pesar de todo, ahí estaba Lilian! Interpretaba a Nina, y se dedicaba a chingar a Leena encima del escenario, sin cortarse, delante de todos:

—No puedo actuar así; si no me dan las réplicas como toca, es imposible.

La chica tenía razón, ¡pero menuda altanería, menuda frescura! Desde luego, la propia Leena pensaba también que era muy importante que los actores se atuvieran exactamente al texto del autor, que no lo modificaran a su antojo a fin de recitarlo más fácilmente. Pues si lo hacían, el personaje perdería precisión y tensión dramática y fuerza. Todo esto era especialmente importante para ella cuando se trataba de clásicos.

Cuanto más se aproximaba el día del estreno, más sentía ella, en todo su cuerpo, que no iba a poder hacerle frente. Una emoción desahogada y el miedo a olvidar los diálogos la paralizaban, literalmente, y el texto se le borraba de la memoria por completo. El director tampoco podía ayudarla, estaba demasiado ocupado atendiendo a Nina y a Masha y a Irina. Por fin, el director recortó el papel de Polina, que pasó a ser prácticamente inexistente. Por un lado, esto redujo el nivel de ansiedad de Leena; por otro, no hay nada peor para un actor que ver cómo le quitan de las manos un papel a causa de su propia incapacidad. ¡Qué avergonzada y humillada se sentía! Leena ya no se atrevía a mirar a sus compañeros. Por lo menos, ya no le correspondía ningún texto, ni tenía la obligación de recitar nada. Mantenía los labios firmemente cerrados, y además, siempre que estaba sobre el escenario cerraba los ojos.

No se quedó para la fiesta del estreno: cogió las flores y se marchó. Hubiera querido dejar el ramo en el guardarropa del teatro, pero eso habría sido una señal inequívoca de su ultraje, de su rencor. Leena llegó al portal de su bloque y antes de traspasar el umbral de la entrada arrojó el ramo a un gran contenedor de basura. Las reseñas que se publicaron valoraron positivamente y con rigor el montaje, lo cual es bastante poco

habitual en la prensa de hoy. También hablaban del trabajo de los actores, pero a Leena no la mencionaban ni una vez. No dijeron nada de ella, ni bueno ni malo. Un silencio como aquel fue lo más difícil de asimilar para Leena. Continuó trabajando en las funciones de “La gaviota” hasta el final de la temporada, y luego presentó su carta de renuncia. El gerente del teatro y el director ejecutivo llegaron a presentarse en casa de Leena para rogarle que les permitiera, al menos, dedicarle una velada de homenaje. En relación con este tema, Leena se mostró inflexible y resuelta:

—¡No habrá ninguna velada!

Lo cual fue un alivio para todos ellos.

Leena siguió yendo a ver las funciones, como siempre. Iba tanto a las obras de otros grupos de teatro que venían de gira, como a las producciones propias. Aunque, claro, ella ya no sentía aquel teatro como propio. Ya no pasaba del patio de butacas, no veía lo que se cocía tras el escenario; la cuarta pared se alzaba ante ella como una muralla. A veces, su hijo la acompañaba al teatro. A decir verdad, las ocasiones en las que Margo iba con ella eran muy contadas. Porque, en fin... Margo no entendía el teatro. Había algo en esa situación que lo alteraba, a menudo se rebullía en el asiento, resoplaba, suspiraba de tedio. También las amigas de Leena habían ido desapareciendo, por un motivo u otro. ¿O acaso nunca las tuvo? Sus amigas habían sido colegas de profesión, y ahora se habían esfumado de su vida a la vez que el teatro. ¡El arte de huir sin dejar rastro! Unas pocas amigas más íntimas de Leena ya veían las funciones desde el más allá, y por eso, ella se había quedado sola en la sala. Veía la obra, veía a la gente, y también ella suspiraba y resoplaba, e incluso farfullaba entre sí, muchas cosas le producían fastidio. En los intermedios siempre había una pausa para tomar café. Esta gente, cavilaba Leena, ¿no vendrá al teatro para tomar café? Porque ahora, lo que pasaba sobre el escenario se le antojaba remoto y ajeno e inerte. El edificio mismo del teatro, con su tamaño y su arquitectura, le resultaba fastidioso. Desde la restauración de la fachada,

aquel edificio le recordaba cada vez más a una fábrica o a algo por el estilo. Y lo que era más curioso todavía: le parecía falaz e incomprensible que allí, sobre las tablas, hubiera alguien encarnando a otra persona, y que ella misma se viera obligada a observarlo:

—¡Pero qué hago yo aquí, mirando a esta gente!—se dijo una vez, indignada, y se marchó después del primer acto. Así se acabó todo: nunca más volvió a poner un pie en el teatro.

Leena empezó a interesarse por otras cosas, se puso a investigar su árbol genealógico. Ya se lo había propuesto en anteriores ocasiones, pero siempre le había parecido una empresa tan grande y de tanta enjundia que sencillamente nunca había encontrado el tiempo necesario. Margo le dijo a Leena que en internet había un sitio web llamado Geni, donde podría encontrar el árbol de su familia. Leena lo comprobó y lo vio tan vacío que decidió recopilar información para completarlo ella misma. Acudió a los archivos, trató de hacerse con censos eclesiásticos, así como con testimonios de parientes, y halló unos cuantos. Cuando Leena llegó a la rama de su marido, un sentimiento inexplicable e inopinado se apoderó de ella. Al final llamó a Margo. Por la mañana ya lo había llamado una vez, pero su hijo no había cogido el teléfono.

—Seguramente estará dando clase—pensó Leena—, o en el jardín. ¿Por qué no puede llevarse el teléfono también cuando sale al jardín?—.

Leena no lo entendía, pero no quería repetir la llamada. Sabía que, de hacerlo, Margo le diría:

—¿Por qué me llamas todo el rato? Si veo que me has llamado, espera a que te llame yo luego.

¡No lo iba a llamar!

Leena esperó media hora exacta y luego repitió la llamada. ¡Nada, seguía sin coger el teléfono! Leena escribió “Margo” en un trozo de papel que había sobre la mesita de café. Añadió el número uno, para saber que ya había llamado una vez. Leena sabía que era posible comprobar cuándo uno había llamado a

otra persona, y cuántas veces, a través del registro del teléfono, pero nunca había conseguido apañarse. Para ser sincera, nunca había puesto demasiado interés en aprender. Leena siguió deslizándose por entre las ramas de su árbol genealógico, sin dejar de sentir la comezón de que su hijo no la llamara. Leena tomó el papel en el que había escrito “Margo” y añadió el número uno. Trató de descifrar si ese número uno seguía significando que ya había llamado una vez a Margo... ¿o bien significaba, por el contrario, que debía llamarlo una vez?

ROMAN

Roman se sentía lleno de un aliento renovado. De un momento a otro sería padre, y eso lo activaba. Todos sus motores estaban ahora en marcha: los antiguos, pero también otros cuya existencia insospechada se le revelaba ahora. Roman notaba a nivel físico, sin bromas, que estaba dispuesto a entregar su vida para defender a su hijo: para él, esa frase había dejado de ser una mera metáfora. Su nivel de empatía, su deseo de proteger, sus ganas de cuidar a otro ser y de amar iban en aumento. Crecían su nerviosismo y su inquietud y su miedo a que algo sucediera, a que todo, quizá, saliera mal.

Iba con Sigrid a la escuela para padres y llevaba a Sigrid con el coche a clase de aquagym. Cuando llegó el momento de hacer la primera ecografía, él estuvo presente. Al ver y oír los latidos del corazón del niño, Roman rompió a llorar; sencillamente, era incapaz de contener el torrente de lágrimas. No había sentido nada parecido desde que Estonia recuperara la independencia. ¡El calado, la potencia de lo que estaba sucediendo eran increíbles! Siempre que acompañaba a Sigrid se quedaba hablando con los médicos durante mucho rato, y lo hacía por un interés genuino, pero también llevado por el deseo de demostrarle a Sigrid lo involucrado que estaba, para convencerla de que debía tener fe en él. Él nunca se convertiría en un padre de los que abandonan a su familia y desaparecen sin dejar rastro.

Todos los días, Roman pasaba por el piso de Sigrid: a veces le llevaba algo, pero otras simplemente iba para hablar, para

estar con ella. En la actitud de Sigrid podía leerse un ligero cansancio, y también, quizá, que los cuidados de Roman habían empezado a importunarla. Roman, ciertamente, se daba cuenta de esto, pero no podía remediarlo, ¡no podía hacer nada que contradijera la llamada de su sangre! Todo dentro de él se había puesto en funcionamiento, todo bombeaba, ¡Roman estaba lleno de sangre y de vida! Aunque si miraba en torno a sí, en la dirección que fuera, no veía nada que lo complaciera. En todos los rincones acechaban peligros potenciales. Últimamente, Roman sentía que su tarea consistía en cambiar el mundo, en tratar de convertirlo en un lugar mejor.

Roman leía todo lo que se colgaba en los foros de la Escuela de Padres acerca de la madre, del niño, de la familia. Lo irritaba ver lo poco que se escribía sobre los padres. Por eso, decidió crear él mismo un hilo nuevo: “El período de gestación en el padre”. Rumiaba constantemente sobre ese tema e invitaba a los demás a que discudiesen con él, a que compartieran sus experiencias sobre lo que hacen y sienten los hombres a lo largo de esos nueve meses. En las bibliotecas y en la web también había poca información sobre estos asuntos. A consecuencia de ello, se centró sobre todo en el feto, en el seguimiento del hijo no nacido; eso era lo fundamental. Roman conocía algunos datos con gran exactitud: cuál es el tamaño del cráneo del niño a los cuatro meses, o qué debe comer una mujer que espera un hijo. Usaba el coche para llevarle a Sigrid cantidades ingentes de fruta y verdura, de carne, de pescado, de vitaminas. Roman ayudó a Sigrid a hacer las bolsas cuando tuvo que prepararse para ingresar en el hospital. Intentó meter de tapadillo en la bolsa el disco de Alo Mattisen con las cinco canciones dedicadas a la patria. Y es que, pensó él, si les iban a dar una habitación familiar, también endrían acceso al aula de música: la música favorece la relajación durante el parto. Roman quería que todo estuviera bien planificado desde el principio, también la música. Cada vez que él se iba de su casa, Sigrid sacaba ese disco de la bolsa.

Roman había reparado en el hecho de que Sigrid ya no estaba simplemente displicente con él, sino que lo rechazaba. Roman entendía a Sigrid, había que ser comprensivo con ella. Para las mujeres, esta etapa supone grandes cambios, tanto físicos como mentales. Todo cambia. Estaba el estrés post-parto, y el estrés pre-parto. Roman procuraba hacer todo cuanto estaba en su mano para mitigar ese estrés.

Traducido del estonio por Consuelo Rubio Alcover

A los editores: Si hemos despertado su interés por publicar este libro en español, les rogamos que se dirijan al Centro de la Literatura Estonia para más información sobre la compra de derechos de traducción: estlit@estlit.ee





Estonia es un pequeño estado del norte de Europa cuya lengua oficial es el estonio. En este libro hemos reunido una selección de textos tomados de nueve novelas en lengua estonia, traducidos al español. Se dirige en primer lugar a los editores que deseen familiarizarse con obras de la literatura estonia a fin de publicarlas, pero también al lector medio que solo busca una primera toma de contacto con las letras estonias.

